

económica que porque no sea del agrado de la familia –además de que Irma, por la enfermedad de su hijo, no compra alimentos enlatados–, mientras que Hilda no lo consume porque ni a ella ni a sus hijos les gusta.

En cuanto a los cereales y leguminosas, hay dos constantes: el arroz y los frijoles, pues aunque estos últimos no aparecen en la lista de los alimentos comprados por Hilda para el consumo de la semana, no lo hizo porque tenía en su casa, pues es un ingrediente de los tacos que vende en la escuela y en ocasiones deja un poco para el consumo del hogar. Las tortillas de maíz también son constantes –con excepción de Hilda, cuya familia consume tortillas de harina– junto con el pan de barra, con excepción del hogar de Julia.

Con el propósito de tener una imagen resumida de los alimentos, en el cuadro 5.6 se muestra el número de productos adquiridos para cada tipo de alimentos, en donde se observa que el hogar de Natalia es el que presenta una mayor diversidad de alimentos, especialmente en el rubro de vegetales y en el de cereales y leguminosas. Por el contrario, destaca la poca variedad de alimentos consumidos por Hilda y su familia, pues es el más alto en consumo de carne pero especialmente pobre en vegetales y frutas, mientras que Irma y Lucía, al menos en la semana de referencia, no adquirieron alimentos procesados; sin embargo, como se mencionó, Irma evita el consumo de ellos, pues la dieta de su hijo enfermo así lo requiere.

Con el propósito de tener un criterio un poco más riguroso que permita valorar la alimentación de las familias de las mujeres entrevistadas, se efectuó un ejercicio consistente en estimar el consumo de uno de los nutrientes requeridos para que una persona se mantenga saludable: la ingesta de proteínas. Para tal fin se seleccionaron los alimentos que son más frecuentemente consumidos en los hogares y que presentan un mayor contenido del nutriente en cuestión. Sin embargo, cabe destacar que sólo se trata de una aproximación, pues se partió del supuesto de que las cantidades adquiridas fueron consumidas en su totalidad y, además, que su ingesta se distribuyó a lo largo de la semana (pues en el cuadro 5.7 se reportan promedios de consumo diario); por otro lado, la estimación no considera el tamaño de las porciones ni tampoco el peso neto de los alimentos;⁶⁴ debido a esto último, el cálculo de proteínas consumidas pueden estar sobreestimado. Con estas salvedades, el cuadro 5.7 muestra la estimación del promedio diario del déficit en la ingesta de proteínas por hogar.

⁶⁴ Por ejemplo, el contenido de proteínas correspondiente a 100g de pollo supone que esos cien gramos no incluyen el hueso, cantidad que no fue descontada del pollo que las entrevistadas declararon haber adquirido.

Cuadro 5.5. Alimentos adquiridos para el consumo de la semana en que se realizó la entrevista.

Tipo de Alimentos	Producto	Unidad Medida	Cantidad comprada (o consumida) para el hogar de:						
			Irma	Hilda	Julia	Leticia	Lucía	Natalia	Pilar
Productos de origen animal	Carne	Kg	1.5	3	1		3/4	1	1
	Pollo	Kg	2	3	2	2	1	1	1 ½
	Huevo	Pieza	45	15	60	30	7	60	30
	Leche	Galón	2	3	3	1	1	3	1 ½
	Atún	Lata				2	2	3	1
	Bolonia	Lb				2			
	Chorizo	Kg							1/2
	Jamón	Kg							1/2
	Salchichas	Lb				2			
Cereales y leguminosas	Arroz	Kg	1	3	2	2	1/2	1	1
	Frijol	Kg	3		3	2	1/2	2	1
	Cereal de caja	Caja		2			1	2	
	Pan de barra	Barra	2	2		1	1/2	1	1
	Pastas	Paquete	1		2	5		4	1
	Tortillas maíz	Kg	14		14	6	1	8	5
	Tortillas harina	Kg		4			1/2	1/2	1
Vegetales frescos	Apio	Mazo				1		1	
	Calabacita	Pieza	3			5	3	6	
	Cebolla	Pieza	2	2	5		1	5	4
	Chile		10 pzas	n.c.	1/4 kg		5 pzas	10 pzas	10 pzas
	Chile poblano	Pieza					4		
	Col (repollo)	Pieza						1	
	Lechuga	Pieza	1	1	1	2	1	2	1
	Nopal	Paquete			1				
	Papas	Kg	2	1 ½	4	4 ½	1	2	3
	Pepino	Pieza				5	2		3
	Tomate	Kg	1	1	2	2	1/2	3/4	1
	Zanahoria	Pieza	4		10	10	5	10	
Frutas frescas	Limón	Kg	1	1/2	1	1	1/2	1	2
	Manzana	Pieza				6	3	6	
	Naranja	Pieza	8		1	12	8	10	10
	Plátano	Kg	2		1	1	3 pza		1
Alimentos procesados	Elote en grano	Lata				2			
	Puré de tomate	Lata		1	4*	2		8	2
	Salsa del pato							2	
Grasas	Aceite ¹	Lt	1	1	2	1			1
	Manteca	Kg						1	
Bebidas	Agua	Garrafón	4	4	4	6	2	4	4
	Refrescos	Lt		14	14	4		14	
	Jugos	Lata							10

Fuente: Elaborado con la información recopilada en las entrevistas en la colonia Hidalgo, mayo de 2005.

* Sustituye al tomate fresco cuando el precio está muy alto, como en las semanas anteriores a la entrevista.

1 La frecuencia de la compra de aceite es quincenal.

Cuadro 5.6. Número de alimentos consumidos por los hogares de las entrevistadas según tipo de alimentos.

Tipo alimentos	Irma	Hilda	Julia	Leticia	Lucía	Natalia	Pilar
Total de alimentos	19	13	19	24	23	26	23
Productos de origen animal	4	4	4	6	5	5	7
Cereales y leguminosas	5	3	4	5	5	7	6
Vegetales frescos	7	4	7	7	9	9	6
Frutas frescas	3	1	3	4	4	3	3
Alimentos procesados		1	1	2		2	1

Fuente: Elaborado con la información del cuadro 5.5.

Lo primero que llama la atención en el cuadro 5.7 es que todos los hogares son deficitarios en la ingesta de proteínas. El mayor déficit lo presenta la familia de Lucía, pues en promedio comen alrededor de un poco menos de dos terceras partes de las proteínas recomendadas. Le siguen en orden decreciente los hogares Pilar y Leticia (con déficits de 33% y 29% respectivamente) y, con déficits similares a los de Leticia las familias de Julia y Natalia (28% y 27% respectivamente), mientras que las menores deficiencias en la ingesta de proteínas corresponden a las familias de Irma y de Hilda (15% y 6% respectivamente).

De lo anterior destaca: 1) que los hogares más pobres obtienen proteínas principalmente de la ingesta de cantidades elevadas de tortillas de maíz (Irma, Julia, Natalia y Pilar), mientras que en las familias de Hilda y Leticia las fuentes principales son la carne y el pollo, que a su vez es indicador de su situación económica en comparación con el resto; 2) si bien la familia de Hilda presenta el menor déficit en este nutriente, muestra una dieta poco balanceada, por el bajo consumo de vegetales y frutas ya mencionado; 3) si bien el hogar de Irma aparentemente presenta un déficit bajo, ello se debe a que se partió del supuesto de que los alimentos comprados se consumen en cantidades iguales a lo largo de toda la semana, pues son promedios diarios; sin embargo, como ella declaró, la carne de la semana la comieron en un día (desayunaron, comieron y cenaron albóndigas), lo que se traduce en un exceso de proteínas uno o dos días y ausencia de éstas, o una baja sensible, el resto de la semana; 4) no se observan diferencias en el consumo de alimentos entre los hogares donde los hombres administran el dinero y aquellos en los que esta tarea la realiza la mujer, pues los cónyuges de Leticia y Natalia se hacen cargo de efectuar directamente las compras, mientras que el esposo de Pilar la acompaña al mercado para pagar la cuenta; sin embargo, los consumos de alimentos de estos tres hogares son los que presentan una mayor variedad de productos y déficits en proteínas similares al hogar de Julia e inferiores a los de Lucía.

Cuadro 5.7. Estimación del promedio diario de la ingesta de proteínas por hogar.

Concepto	gr de proteínas	Irma	Hilda	Julia	Leticia	Lucía	Natalia	Pilar
A. Requerimiento diario de proteínas de cada hogar¹	Recomendadas:							
niños ambos sexos	Total	435	287	549	388	154	392	340
2 a 3 años	32			32			32	
4 a 6 años	40				40			
7 a 10 años	52	52			52			52
<i>Hombres</i>								
11 a 13 años	60		60				60	
14 a 18 años	75	75	75		75		75	
19 en adelante	83	166		166	83	83	83	83
<i>Mujeres</i>								
11 a 18 años	67			67	67			134
19 y más años	71	142	71	284	71	71	142	71
Embarazadas	81		81					
B. Contenido de proteínas de alimentos seleccionados²	En cada 100g de alimento³	369.5	270.4	395.9	273.8	93.4	285.9	228.5
Carne	21.4	45.9	91.7	30.6	61.1	22.9	30.6	61.1
Pollo	18.2	52.0	78.0	52.0	52.0	26.0	26.0	39.0
Huevo	11.4	36.6	12.2	48.9	24.4	5.7	48.9	24.4
Leche	3.5	37.9	56.8	56.8	18.9	18.9	56.8	28.4
Tortilla de maíz	5.9	118.0		118.0	50.6	8.4	67.4	42.1
Arroz	7.4	10.6	31.7	21.1	21.1		10.6	10.6
Frijol	16.0	68.6		68.6	45.7	11.4	45.7	22.9
C. Déficit (A-B)		65.5	16.6	153.1	114.1	60.6	106.1	115.0
Porcentaje		15%	6%	28%	29%	39%	27%	33%

Fuente: Elaborado con información procedentes de las entrevistas realizadas en la colonia Hidalgo de la ciudad de Mexicali, mayo de 2005.

- 1 Corresponde a la ingesta diaria de proteínas recomendada por el Instituto Nacional de Nutrición (INN) según edad y sexo, en: Coplamar, 1982. *Necesidades Esenciales en México. Vol. 1 Alimentación*, Coplamar-Siglo XXI Editores, México, 1982, cuadro 3.5, p. 48.
- 2 Corresponde al consumo promedio diario de los alimentos adquiridos en la semana de la entrevista, los cuales fueron convertidos a unidades equivalentes a los de la tabla del INN (i.e. unidades de 100g).
- 3 Corresponde al contenido de gramos de proteína por cada 100g de alimento. Esta información se obtuvo de la tabla "Valor nutritivo de los alimentos en 100 gramos de peso neto", INN, mimeo.

Finalmente, es razonable pensar que las mujeres presenten un déficit mayor que los demás miembros de la familia, puesto que, en general, comen menos veces al día que ellos.

b) Vestido

En lo que se refiere a la ropa, en general su adquisición está determinada por el desarrollo de los hijos, por la necesidad de su reposición y por la disponibilidad de recursos. Así por ejemplo, Irma comentó sobre la ropa que compra:

GOV: ¿Y para la ropa y los zapatos cómo le hace usted, señora?

Irma: Mire, la mera verdad, y no me da pena, yo voy y busco de segunda en el sobre ruedas, de 5 pesos. Mire, este pantalón, pues ya con la lavadora se me ha hecho así [mostrando que estaba flojo], es de 5 pesos; la blusa... A veces lo más caro son 10 pesos, y entre para mí o para mi niños... camisas pa' la escuela o algo.

GOV: ¿Todo es de ahí, del sobre ruedas?

Irma: Sí, ni para qué... y pues no me da... pena. Pero ya le digo, y mis hijos pues cuando trabajan o que pueden, pues ellos los compran.

Como se observa en su declaración, los recursos de que dispone Irma son muy escasos, y reconoce que la única forma de vestirse ella y su familia es recurrir a la adquisición de ropa usada, aunque esto no es frecuente y siempre dando prioridad al miembro del hogar cuya ropa presente el mayor deterioro.

Julia, por su parte, aunque sí compra ropa nueva, ésta generalmente no es para ella, sino para sus hijos:

GOV: ¿En ropa cuánto gasta?

Julia: No pos casi no, como me dan uniforme.

GOV: ¿Y para sus hijos?

Julia: Le voy apartando y poco a poco, o con el bono que me dan [vales de despensa].

Los gastos en ropa también son minimizados por la vía de la dádiva, como en el hogar de Pilar, ya que su madre la apoya con ropa para sus hijas, pues le regala de la que vende en un puesto que en ocasiones atiende los domingos en el mercado sobre ruedas; mientras que en el caso de Natalia, ella y su familia se visten de la ropa que le regalan a su hija mayor, quien trabaja como empleada doméstica.⁶⁵

⁶⁵ Se trata de la hija mayor de Natalia, a quien tuvo antes de unirse a su esposo actual, pero quien siempre ha sido tratada en el seno familiar como una hija más de la pareja. Ella está casada y ya no vive con Natalia, y es la madre del nieto a que se refiere Natalia en las transcripciones de la entrevista.

GOV: ¿Como cuánto gasta en ropa, señora?

Natalia: ¿En ropa para mí? Pos ahí donde trabaja mi'ja en veces me la regalan, nos las da la señora ahí.

GOV: ¿Para toda la familia se la regala?

Natalia: Sí, rara vez. Pero así que ocupe... como a la que va a la escuela pues sí le compré el uniforme nuevo esta vez, porque según ya no le quedaba el otro, el del año pasado que le había comprado, esta vez le compré y le compré zapatos. A la niña [apuntando a su hija de casi dos años que estaba en el patio] le compré como 3 trajecitos de tiempo de calor nomás, pero ahí... le digo, me da ropa la muchacha.

En los hogares cuya situación es más desahogada, las compras extraordinarias como la ropa no obedecen a caprichos de los hijos, sino más bien a compromisos sociales; por ejemplo Lucía declaró que ella se compraba ropa cada tres meses para asistir a la asamblea (es Testigo de Jehová), mientras que a su cónyuge le había comprado un traje para tal fin hacía dos años. Por su parte, Hilda mencionó que a su hijo mayor le tuvo que comprar ropa porque salió de chambelán de una quinceañera —ocasiones en las que compra a crédito en una tienda del otro lado—, y Leticia compra la ropa según la vayan necesitando sus hijos, para lo cual le pide dinero a su pareja y/o gasta de lo que él le da.

Debido a que en la mayoría de los hogares la fuente de ingresos proviene de ocupaciones informales —intensivas en trabajo o de atender un negocio propio pequeño—, en general, los aportadores de ingresos no requieren de la ropa especial como parte de la presentación en el trabajo, como los albañiles (entre ellos: el cónyuge de Pilar, el hijo que trabaja de Diana, y era la ocupación hasta hace seis meses del esposo de Natalia), lo que facilita que no haya preferencias o exigencias en la adquisición de ropa para el varón, pues se visten de la ropa usada que les regalan sus parientes o de la que sus mujeres les compran de segunda en el tianguis o en el mercado sobre ruedas; la excepción corresponde al esposo de Leticia, pues si bien en su trabajo como asalariado le dan uniforme, sus otras ocupaciones sí le demandan que asista bien vestido (ya sea como mesero o cuando da el servicio de carne asada). Por su parte, Irma viste a su marido igual que a toda su familia (ropa usada, comprada en el sobre ruedas), pues como él trabaja en un rastro en Estados Unidos, también le exigen uniforme y accesorios especiales.

c) Uso compartido y uso individualizado de bienes

Como se mencionó en el capítulo anterior, además de la vivienda, hay bienes que son usados colectivamente, en especial aquellos que son parte del equipamiento básico del hogar (como el refrigerador, la lavadora y la televisión). Los alimentos y los artículos de aseo personal y del hogar también tienen esta característica; aunados a estos, se identificó que la ropa también es de uso compartido, particularmente en los hogares en los que hay personas del mismo sexo y la diferencia de edad y talla lo permite, como sucede con las hijas de Pilar y con los hijos de Diana.

Otro ejemplo lo constituye la computadora de los hijos de Hilda, quienes establecen horarios para hacer uso de ella, pero en general en este hogar predomina el uso individual de ciertos bienes y de espacios de la vivienda; así, sobre el tema Hilda respondió lo siguiente:

GOV: ¿Hay algo que sólo sea de tus hijos?

Hilda: ¿Qué es de ellos?, pues la recámara de ella, pues su cama con todo; la recámara de los muchachos; yo tengo la mía... y pues la cama y los muebles de cada quien.

GOV: ¿Y de aparatos, por ejemplo electrónicos que están de moda?

Hilda: Ah pues él tiene su grabadora [señalando con la mirada a su hijo mayor].

Hija: El celular.

Hilda: El celular es personal. Eso sí, aquí hasta el gato tiene celular [riéndose].

GOV: ¿Son artículos personales que nadie puede usarlos?

Hilda: Yo no puedo usarlo ni nadie. [...] Vamos, cuando eran más chicos, si venía un niño y pedía un color, «que si tiene un plumón o un diccionario que me preste» siempre les dije «sabes qué, no está mi hija o mi hijo, yo no puedo prestártelo», y teniéndolo en mis narices, pero no. Siempre les respeté su espacio, sus cosas. Y hasta la fecha, no soy de las mamás esculconas ni nada de eso.

GOV: ¿Sólo con permiso alguien puede usar las cosas de otros?

Hilda: Así es.

GOV: ¿La computadora?

Hilda: Ésa es de todos, ahí se rolan.

GOV: ¿Hay problemas o discusiones por el uso de la computadora?

Hilda: No.

Además de los celulares, también se detectó el uso exclusivo de bienes como el automóvil –por ejemplo el del hijo mayor de Irma, aunque en ocasiones lo usa para trasladar a su hermano al laboratorio y a consultas médicas, o el automóvil del hijo mayor de Leticia– y los aparatos electrónicos, generalmente cuando fueron adquiridos por alguno de los hijos con los recursos por ellos generados –como el reproductor de discos compactos del hijo de Natalia–, o bien, cuando se trata de regalos personales.

El uso de los bienes genera desavenencias entre hermanos, por ejemplo entre las hijas de Pilar por el uso de la ropa; también entre los hijos adolescentes de Natalia por el uso de aparatos electrónicos, por el volumen con que uno de ellos escucha el radio y el otro la televisión al mismo tiempo o porque desean programación diferente ya sea de radio o de televisión. En esas situaciones sus respectivas madres entran inmediatamente en escena a “ponerlos en paz”, como Natalia:

GOV: ¿Y generalmente por qué discuten sus hijos cuando pelean?

Natalia Aquí, en este cuarto, como tiene el estéreo de él pues, en veces a onde toca los CDs se oye, le da por enchufar el ese pa’ las bocinas grandes, ¡ah! pues uno quiere estar con el otro o así; o en veces quiere estar jugando Nintendo y oyendo el radio.

GOV: Entonces se pelean por...

Natalia: En veces ésta o la otra la más grande le dice «quítate» o «apaga el radio» o así, o ella pone una música y él quiere estar viendo la televisión acá. Le digo «vete a la otra tuya allá», así; o si están allá [en el puesto donde trabaja la familia] se están aventando agua o con el hielo. Ya no hayan ni qué hacer, ya le digo «Fernando vete pa’ allá tú, y a ésta déjala aquí».

Ninguna de las mujeres consideró que existieran problemas o conflictos graves entre hermanos, al menos no por el uso de los bienes, ni tampoco en sus comentarios se percibió preferencia por alguno de sus hijos o hijas. Además, en los hogares en los que hay hijos mayores de 15 años, es común que ellos trabajen para sostener sus estudios y/o sus gastos personales (como la hija de Irma, los hijos de Natalia, el hijo mayor de Leticia y una hija y un hijo de Julia).

Una vez analizado el tema de la obtención, distribución y uso de los recursos en los hogares de las entrevistadas, a continuación se aborda este mismo tema, pero desde la perspectiva del bienestar logrado por sus familias.

5.3. Bienestar y consumo en las unidades domésticas

El bienestar es “estar bien”, como lo plantea Amartya Sen: “el «bienestar» se relaciona con los logros de una persona: ¿qué tan «bien» está él o ella?” (Sen, 1987: 3). Aunque el concepto puede resultar muy amplio, este autor plantea que un primer acercamiento al bienestar se podría alcanzar mediante la valoración de los funcionamientos de una persona (lo que ésta puede realizar), en tanto formas diferentes de hacer, de ser o de estar; es decir, sus logros, que

pueden consistir en actividades o en estados de existencia. Aunque la propuesta de Sen va más lejos de la valoración de logros o realizaciones personales, se realizó un ejercicio que se orienta en esa dirección mediante el uso de un método directo de medición de la pobreza, pues éste valora algunas dimensiones tangibles del bienestar: la satisfacción de las necesidades básicas, es decir, el logro de satisfacerlas. En este sentido, aunque pobreza y bienestar no son dos conceptos opuestos, hay un componente del bienestar que sí es opuesto a la pobreza: el que se refiere a la satisfacción de las necesidades básicas o elementales, pues no lograr su satisfacción implica malestar o pobreza; de aquí que sí exista una relación entre ambos conceptos.

El tema del bienestar se trae al análisis por dos razones: la primera, tiene que ver con búsqueda de comportamientos que puedan ser comunes –o no– en las unidades domésticas de las mujeres entrevistadas a la luz de algunas características asociadas al consumo. La segunda razón obedece a que la inclusión de este tema sirve como antecedente de aquellos que se abordarán en el capítulo siguiente y que constituyen dimensiones intangibles del bienestar no consideradas en este capítulo. Por tal motivo con base en la información cualitativa proporcionada por las mujeres entrevistadas, se construyó una jerarquía en términos de bienestar de sus hogares, pero sólo referido a los logros en términos de satisfacción de las necesidades básicas. El propósito de tal procedimiento no fue “medir” su pobreza, sino obtener una posición relacional que las diferenciara al interior del grupo, de la que resultaron las siguientes posiciones de los hogares –de menor a mayor pobreza–: 1) Diana, 2) Irma, 3) Natalia, 4) Pilar, 5) Julia, 6) Lucía, 7) Hilda y 8) Leticia.⁶⁶

Los resultados en materia de bienestar de estos hogares son producto –además de la forma como se insertan en el mercado laboral los proveedores de recursos, entre otros factores–, de las historias individuales y familiares, a la vez que del contexto en que han transcurrido sus vidas. Así, por ejemplo, el que Julia no haya terminado la primaria se debe a las características del lugar donde vivió buena parte de su vida. Diana y Leticia suspendieron sus estudios para ponerse a trabajar debido a las dificultades económicas de sus familias, mientras que Natalia abandonó la escuela porque su padre así lo decidió, como ella relata:

GOV: ¿Por qué dejó de estudiar?

⁶⁶ El procedimiento seguido para la construcción de esta jerarquía se presenta en la nota metodológica.

Natalia: Yo porque... bueno, ya sabes, los papás cómo nos cuidaban y eso. Como yo iba a la secundaria en la noche, mi apá iba por mí, y luego yo una vez me encontré con un muchacho que según me venía acompañando y mi apá se enojó y dijo «ya no vas a ir a la escuela».

GOV: ¿Porque se puso celoso su papá dejó de estudiar?

Natalia: Ajá. Era bien celoso mi apá, y ya... y en eso mi hermano, el más grande, se casó y tenía un niño de un mes, y le dice mi amá: «no pues llévatela», porque los dos trabajaban pues, yo les cuidaba al niño, y ya, pues ya dejé de estudiar... Y luego ya ve que antes pedían los libros y pues...

GOV: ¿Y usted no se quedó con ganas de seguir estudiando?

Natalia: Pues ya... ya no. No pues no.

GOV: Pero, ¿entonces fue su papá el que dijo que ya no estudiara?

Natalia: Ajá.

Así, el ambiente familiar también es un factor que influye en el bienestar, pues favorece o limita las oportunidades a que puede tener acceso una persona, en este caso en la asistencia a la escuela y culminación de los estudios básicos.

En el logro del bienestar, además de las historias individuales y del contexto, el consumo también tiene un papel central, especialmente el consumo de bienes y servicios que intervienen directamente en el logro de la satisfacción de las necesidades socialmente consideradas como básicas; aunque evidentemente el consumo está atado a disponibilidad de recursos y/o a la existencia de oportunidades y medios para obtenerlos, así como a la disponibilidad y acceso a los servicios los proporcionados por el Estado (como los servicios públicos). En este sentido, la suspensión de los estudios de Julia, por ejemplo, obedece a situaciones del contexto, ajenas a su voluntad o a la de su familia; pero en este caso, la falta de oportunidades para estudiar están vinculadas a la falla del Estado en el aseguramiento del acceso a los servicios educativos mínimos para la población, según comentó:

GOV: Si usted pudiera cambiar algo de niñez, ¿cambiaría algo?

Julia: Mmm... ¿Pos qué sería? Había casas de piedra [se rió]... El rancho se llamaba, o se llama, El Pedregal [se rió]. No había nada. No había luz, no había nada nada.

GOV: ¿La escuela estaba allí, cerca del rancho?

Julia: Mmm... Sí, pos sí... si se decía escuela, nomás un cuartito así [ríndose y señalando las dimensiones de un cuarto más pequeño que el dormitorio donde se realizó la entrevista].

GOV: ¿Por qué no siguió estudiando?

Julia: Se fue el profesor y ya no mandaron otro.

Por otra parte, en una economía de mercado, el contexto económico facilita o dificulta la obtención de recursos en el desempeño de una actividad productiva, pues algunas de las desventajas de los hogares de las entrevistadas están asociadas a la falta de puestos de trabajo en el sector formal de la economía, particularmente cuando la oferta de dichos puestos es

limitada por el estancamiento de la economía en general, como sucede en la ciudad de Mexicali (v. capítulo 2). Tener que desempeñar actividades informales hace que estas unidades domésticas sean vulnerables, puesto que no hay seguridad en la obtención de ingresos que son los que se convierten en los bienes y servicios consumidos –aquellos que son valiosos o estratégicos en términos de logros del bienestar–, así como tampoco les permite el acceso a prestaciones como servicios médicos, vales de despensa, aguinaldo, entre otras, que inciden directamente en el consumo y en bienestar individual y familiar, al ser también fuente de recursos valiosos.

Es precisamente el contexto de Mexicali, ciudad fronteriza con Estados Unidos, abierto a los productos de segunda procedentes de ese país como una forma de reciclaje, el que hace que la pobreza de Mexicali parezca contradictoria: familias o individuos pobres pero provistos de una cierta abundancia de bienes. En este sentido, cabe reconocer que mucha razón tiene Amartya Sen al afirmar que “al juzgar el bienestar de una persona sería prematuro limitar el análisis a las características de los bienes poseídos. Tenemos que considerar los «funcionamientos» de las personas” (Sen, 1987: 6),⁶⁷ pues, a pesar de que los ocho hogares cuentan con equipamiento básico del hogar,⁶⁸ e incluso algunos de ellos disponen de bienes “modernos”,⁶⁹ la precariedad se hizo presente en todos los hogares en el rubro de la alimentación, agudizada en algunos casos más que en otros, pero en especial en las mujeres, pues cinco de las ocho acostumbren a comer dos veces al día (Julia, Hilda, Leticia, Natalia y Pilar) aunque sus hijos e hijas lo hagan tres.

En lo que se refiere al equipamiento del hogar, destaca la importancia de los mercados de segunda para abastecer a las unidades domésticas de mobiliario, aparatos electrodomésticos, electrónicos y de otros bienes cuya disponibilidad no incide directamente en el bienestar o en la disminución de su pobreza. De aquí que esta última no se pueda identificar sólo por la cantidad de bienes de que disponen las familias, sino primero por un conjunto de atributos, como la alimentación o el estado de salud, entre otros.

⁶⁷ Para Amartya Sen (1987: 7), un “funcionamiento es un logro de una persona: lo que él o ella se las arregla para hacer, ser o estar. Aparece como si fuera una parte del «estado» de esa persona.”

⁶⁸ Es decir, estufa, refrigerador, lavadora, televisión y algún aparato para enfriar la vivienda en verano (*cooler* y/o refrigeración), aunque no sirva, como el de Diana.

⁶⁹ Como el Nintendo y el reproductor de discos compactos del hijo de Natalia, la computadora de los hijos de Hilda y la del hijo de Lucía, el automóvil del hijo de Irma y el del hijo de Hilda, y la videocasetera de que disponen Pilar y su familia (que no usan).

Ahora bien, si se relaciona el bienestar, el trabajo femenino y la intervención de los hombres en la administración de los recursos del hogar, se obtienen los resultados del cuadro 5.8; de cual se desprenden varias conclusiones, algunas ya mencionadas. La primera es que los hogares monoparentales no son los más pobres de este pequeño grupo de ocho familias; de estos la situación menos desfavorable es la de Hilda, que se explica por las aportaciones que regularmente le hace su ex pareja y porque sus hijos –y ella mientras no se divorcie– tienen acceso a servicios médicos derivados del trabajo de su esposo, situaciones que no se presentan en el hogar de Julia; no obstante, la pobreza de este último hogar no es de las más intensas. En segundo lugar, la obtención de ingresos en Estados Unidos no es garantía de no pobreza (hogar de Irma) como ya se había identificado en los resultados de la encuesta, pues los ingresos y las condiciones con que se desempeña una actividad productiva responden a la segmentación de los mercados de trabajo de ese país.

Cuadro 5.8. Bienestar, tipo de asignación masculina de recursos y trabajo femenino.

Hogar de:	Modalidad de entrega de los recursos por parte del varón	Posición en bienestar*	Actividad prod. femenina	Cónyuge retiene rec.
Hogares nucleares				
Diana	No aporta	1	No	No aplica
Irma	Fija en forma de dinero	2	No	Sí
Natalia	Fondo común, mayormente en especie	3	Sí	Sí
Pilar	Mínima en dinero, mayormente en especie	4	No	Sí
Lucía	Fija en forma de dinero	6	Sí	No
Leticia	Mínima en dinero, mayormente en especie	8	No	No especific.
Hogares monoparentales				
Julia	No aporta	5	Sí	No aplica
Hilda	Fija en forma de dinero	7	Sí	No aplica

Fuente: Elaborado con información de las entrevistas realizadas en la colonia Hidalgo, 2005.

* Los números indican la posición en de menor a mayor bienestar, *i.e.* de la dimensión tangible del bienestar (o de mayor a menor intensidad desde la perspectiva de la pobreza).

En tercer lugar, no hay una asociación clara entre bienestar y el manejo del dinero por parte de los varones (hogares de Leticia y Pilar), como tampoco lo es la situación opuesta; es decir, entre bienestar y la administración de los recursos por parte de las mujeres (Irma y Lucía). Sin embargo, la retención de dinero por parte del varón sí se asocia con menores logros de bienestar (hogares de Irma, Natalia y Pilar), a los que se añade el de Diana, cuya pareja no contribuye en el sustento del hogar y además es el más pobre de todos. Los cuatro hogares en las posiciones inferiores en términos de bienestar –los más pobres del conjunto–

se caracterizan por la informalidad en el empleo; además, en tres de ellos el consumo de bebidas alcohólicas es frecuente (cónyuges de Diana, Irma y Pilar), a la vez que las mujeres no realizan actividad productiva alguna de manera permanente.

Por último, aunque ya se mencionaron las desigualdades en el consumo entre los miembros del hogar, conviene presentarlas de manera resumida. Para tal fin se elaboró el cuadro 5.9. En él se evidencia la mayor atención dada a la alimentación de los niños, así como el consumo inferior de alimentos de algunas mujeres en comparación con el resto de la familia, independientemente de la posición que en materia de bienestar tenga el hogar.

Cuadro. 5.9. Hogares según jerarquía en el bienestar y características del consumo en favor o en contra de alguno de sus integrantes.

Hogar	Jerarquía bienestar*	Consumo de alimentos	Uso de bienes "modernos"	Uso de ropa	Gastos especiales fijos
Diana	1	Diana come menos que el resto de la familia. Come más el hijo que aporta recursos.	No disponibles.	Colectivo entre los hombres.	
Irma	2		Carro de uso exclusivo del hijo mayor.	Colectivo entre los hombres.	200 pesos a la semana para gasolina de hijo. Atención médica p/hijo enfermo.
Natalia	3	Hija menor come más veces que el resto de la familia.	Electrónicos de uso exclusivo del hijo mayor (comprados por él).		
Pilar	4	Pilar come menos veces que el resto de su familia.		Colectivo entre las hijas.	
Julia	5	El nieto come más veces.	No disponibles.	Colectivo entre las hijas.	
Lucía	6		Carro es de uso exclusivo de Lucía.		
Hilda	7		Uso colectivo de computadora. Uso exclusivo de electrónicos y carros.		
Leticia	8	Leticia come menos veces que el resto de su familia.	Carro y computadora de uso exclusivo de hijo mayor (él los compró).		

Fuente: Elaborado con información de las entrevistas realizadas en la colonia Hidalgo, 2005.

* Los valores altos significan mayor bienestar y viceversa. El procedimiento para la obtención de la jerarquía en el bienestar se presenta en la nota metodológica.

También destaca el carácter colectivo de la ropa en los hogares más pobres, cuyos miembros del mismo sexo no presentan diferencias marcadas en edades ni en tallas, mientras que esto no sucede en los tres hogares cuya situación es menos precaria, aunque hay que

mencionar que la edad y el sexo de los integrantes de estas familias no favorece el uso compartido de la ropa.

Un comportamiento opuesto al antes mencionado se observa, en general, en el uso individualizado de los bienes “modernos”, es decir, aparatos electrónicos (videojuegos, radio-casetera, reproductor de discos compactos, computadora) y en el uso del automóvil, situación que se observa independientemente de la intensidad de la pobreza de los hogares. Estas prácticas son resultado del proceso de individuación de los miembros del hogar (Jelin, 1998), que se manifiesta en la toma de decisiones independientes de la colectividad representada por la familia; en particular, de las decisiones sobre el destino de los recursos que fueron obtenidos al margen del presupuesto doméstico, ya sea como ingresos propios procedentes del trabajo o como regalos personalizados (como el automóvil del hijo de Hilda). Sin embargo, estas prácticas también pueden ser manifestación de la necesidad o del deseo de participar en la vida de una comunidad, pues, como señala Sen, ello “podría inducir la demanda de equipo moderno (televisor, videgrabadora, automóvil, etcétera) en un país donde dichos productos son más o menos universales, lo cual ejerce presión sobre una persona pobre en términos relativos, [...] la paradoja de que haya hambre en países ricos (incluso Estados Unidos) tiene algo que ver con las presiones competitivas de estos gastos” (Sen, 2003: 423).

En este sentido, aunque México no es un país rico, el carácter fronterizo de la ciudad Mexicali, que tradicionalmente ha estado abierta a las importaciones procedentes de Estados Unidos, favorece la generalización de esos bienes y crea los deseos y expectativas en cuanto a su disponibilidad. Así, no es extraño que sean los hijos mayores de estas familias –esto es, aquellos que tienen edad para trabajar de manera remunerada y, por tanto, pueden decidir sobre el destino de sus ingresos– quienes tienen exclusividad en el uso de los bienes comprados con sus recursos.

Qué tanto empuja a los jóvenes a trabajar el deseo de disponer de recursos para la adquisición de ropa, calzado, aparatos electrónicos o para esparcimiento, es una pregunta difícil de responder a partir de la información captada; sin embargo, éste puede ser el motivo por el cual el hijo y la hija de Natalia decidieron no estudiar más una vez que terminaron la secundaria.

GOV: ¿Y a usted o a su esposo no le exigen cosas sus hijos? Como grabadoras o CDs.
 Natalia: No. Él [refiriéndose a su hijo], no le digo que antes, cuando trabajaba con su papá en eso de las parabólicas esas poniendo, a él le pagaban también su mismo sueldo pues.
 GOV: ¿Qué estudió su hijo?
 Natalia: Terminó la secundaria y la otra también terminó la secundaria.
 GOV: ¿Y ya no siguieron estudiando?
 Natalia: Ya no quisieron entrar a la prepa.
 GOV: ¿Ya no quisieron?
 Natalia: No.
 GOV: ¿Sus hijos le ayudan con lo del gasto?
 Natalia: No, pero en veces les quito [soltó la risa].

Aunque del relato de Natalia no se pueden saber las razones de sus hijos para no continuar sus estudios, sí queda claro que en sus proyectos de vida la etapa escolar estaba concluida, pues, según comentó Natalia, en su momento les preguntó si iban a entrar la preparatoria y en ambos casos la respuesta fue negativa. Si bien sus dos hijos trabajan, incluso desde antes de que la familia se hiciera cargo del puesto en los campos deportivos, es evidente que no lo hacen para aportar recursos al hogar, sino para aumentar su consumo personal.

5.4. Síntesis y reflexiones sobre los hallazgos

La información proporcionada por ocho mujeres permitió conocer algunos aspectos de la organización de la familia en torno al tema de los recursos, su distribución y su consumo. En materia de la obtención de recursos, estos proceden casi en su totalidad de la retribución al trabajo –formal o informal– en forma de dinero; aunque hay hogares que también obtienen recursos no monetarios como ropa y objetos diversos, generalmente usados, ya sea como regalos y, en menor medida, como pagos en especie. Por otro lado, en los hogares de núcleo completo, el principal proveedor es el cónyuge, con excepción de un hogar en donde él no trabaja.

Las unidades domésticas¹ obtienen recursos principalmente de la realización de actividades informales y sólo en dos de los seis hogares nucleares la mujer realiza regularmente actividades productivas que generan ingresos y dos obtienen ingresos ocasionales y muy magros. Por su parte, las mujeres que encabezan los dos hogares

monoparentales ambas trabajan regularmente, una con empleo formal y la otra no, pero la segunda obtiene ingresos superiores a la primera.

En las familias nucleares destaca la intervención del varón en el manejo del dinero, pues en tres de los cinco hogares que reciben aportaciones del cónyuge es él quien paga no sólo los recibos de los servicios, sino también las compras en el mercado; por ello a este arreglo aquí se le denomina como “asignación mínima”. Este comportamiento de los cónyuges puede deberse a diversas situaciones, pues puede ser un mecanismo de control del dinero por parte de los hombres. Sin embargo, también hay otras posibles respuestas, como por ejemplo, que sea manifestación de una especie de orgullo masculino el hacer patente su carácter de proveedor del hogar; otra situación posible es que se trata de una forma de paseo y convivencia familiar, pues en Mexicali no es extraño ver a hombres en los supermercados, ya sea solos o en compañía de la familia –sobre todo en fin de semana, en especial en verano, pues los establecimientos comerciales cuentan con refrigeración–; o bien, puede ser resultado de la combinación de varias de las posibles respuestas enunciadas; sin embargo, el porqué de este comportamiento es un tema que requiere investigarse más detalladamente en los varones.

Lo que sí es claro es que esta forma de arreglo doméstico en torno al control y manejo de los recursos por parte del varón afecta el consumo del hogar de manera diferenciada, pues si bien el nivel del consumo de alimentos de estos hogares no es inferior al de aquellos en donde la mujer administra el dinero, sí impide mejorar ése u otros rubros del consumo de la familia, o da pie para que los hombres impongan el destino de esos recursos. Así, por ejemplo, el cónyuge de Natalia retiene dinero en cantidades variables para imponer su criterio en la determinación de las necesidades, pues él decide qué se va a hacer con esos recursos (ahorrar para ampliar la vivienda), en detrimento de otras áreas del bienestar de la familia, en particular de Natalia aunque ella no lo perciba, pues esos ahorros se podrían destinar al pago de la intervención quirúrgica que ella requiere.

Como se comentó, si bien la administración del dinero por parte del varón es un medio de control de los recursos, ésta tiene al menos una ventaja para las mujeres, pues ellas no tienen que “estirar” el dinero para garantizar el mismo nivel de consumo debido a que la inflación es absorbida por el bolsillo de sus cónyuges. Además, si bien no manejen el dinero, ellas deciden qué y cuánto se compra semanalmente para el consumo del hogar (como se verá en el capítulo

siguiente), aunque dentro de ciertos límites presupuestales, lo que de cualquier forma implica que ellas deben hacer rendir los alimentos y demás bienes adquiridos.

Otra particularidad de los hogares de las mujeres entrevistadas es que en aquellos en los que el varón acostumbra tomar bebidas embriagantes, el gasto a ello destinado no es motivo de conflicto conyugal abierto o constante –con excepción de Diana–, aunque sí de estrés porque el dinero no alcanza. La conformidad de las mujeres obedece a que ellas no sienten que la bebida afecte el presupuesto familiar, pues el dinero que sus cónyuges les entregan y/o que gastan en satisfactores del hogar ya lleva el descuento o la retención para el pago de sus cervezas, como si fuera un impuesto que se deduce de los ingresos, de manera tal que ellas no sienten la falta de ese dinero y consideran que esa retención es mínima. Sin embargo, el gasto en el consumo de cerveza sí tiene un impacto negativo en el bienestar de la unidad doméstica, pues bien se podría mejorar la ingesta de proteínas de los miembros del hogar al aumentar el consumo de carne o satisfacer de mejor manera el vestido y el calzado de la familia.

Por otro lado, tres de las ocho mujeres entrevistadas presentaron dificultades para estimar los ingresos, gastos y consumo del hogar –especialmente de alimentos–, pues la economía familiar y la de su actividad productiva no están separadas.

En general, las dos mujeres que reciben una cuota fija de dinero, en su gasto semanal dan prioridad a garantizar la alimentación de la familia y a reservar un poco de dinero para enfrentar los pagos periódicos de los servicios (agua, luz, gas), a los que se añaden los de la renta de la vivienda y de los médicos y medicinas en el hogar de Irma.

En materia de alimentación no se identificaron tratos diferentes entre hombre y mujer, ya sea entre la pareja conyugal o entre los hijos, y en ningún hogar se prepara comida especial para el varón o para algún otro miembro de la familia. Sin embargo, sí se captaron dos situaciones de excepción: en algunas familias la prole come más veces al día que los adultos, en especial que la madre, sobre todo si son niños pequeños; además, en un hogar (el de Diana) se privilegia la alimentación del único aportador de recursos. Tampoco se detectaron problemas por el uso de los bienes, que, en términos generales, se reducen a pugnas o discordias entre hermanos por la ropa o por los electrónicos.

Por otro lado, aunque el tema del consumo se aborda a lo largo de este capítulo, conviene hacer alusión a tres situaciones: el consumo transfronterizo, las estrategias de reproducción en torno a éste y las desigualdades en el consumo entre los integrantes de la familia. Así, en

relación con el consumo transfronterizo, como se mencionó en los capítulos anteriores, éste se asocia en primer lugar con la situación económica de los hogares y, en menor medida, con el acceso a redes familiares a través de las cuales las unidades domésticas se proveen de bienes adquiridos en Estados Unidos. Las familias de Hilda, Leticia y Lucía, son las tres que presentan mejores indicadores de bienestar o la pobreza menos intensa, y son las únicas que concurren al mercado estadounidense para adquirir productos para el hogar. Además de ellas, Julia también tiene pasaporte, pero todas sus compras las realiza en México. Por su parte, de los cuatro hogares más pobres, sólo dos consumen ocasionalmente bienes procedentes de ese país, pero por medio de la dádiva; ni siquiera el hogar de Irma, cuyo esposo labora en ese país, consume producto alguno adquirido allá.

En lo que se refiere a las estrategias de reproducción relacionadas directa o indirectamente con el consumo, además de las reportadas en el capítulo anterior, se identificaron las siguientes, las cuales pueden clasificarse en tres grupos:

- a) *Obtención de recursos monetarios.* En este rubro –además de la prolongación de la jornada laboral mencionada en el capítulo anterior– se detectó: 1) la realización de dos o más actividades productivas y la combinación de actividades a lo largo del año; 2) la venta de artículos usados que ingresan al hogar vía redes familiares en calidad de ayuda; y 3) la realización ocasional de actividades productivas que generan ingresos adicionales, aunque escasos, a las mujeres que se dedican principalmente a las actividades domésticas.
- b) *Obtención de recursos no monetarios.* Esto a través de dos vías: 1) mediante los bienes adquiridos como pagos en especie, y 2) el acceso a servicios médicos, ya sea mediante el mantenimiento de una ocupación formal, o bien, mediante el registro de los padres como dependientes económicos por parte de algún hijo que ya no vive con la familia de origen.
- c) *Optimización de los recursos.* Ocho estrategias se identificaron en este grupo: 1) el consumo abundante de tortillas de maíz para suplir la falta de otros alimentos; 2) ingerir alimentos sólo dos veces al día (lo que confirma los hallazgos de la encuesta); 3) guardar los sobrantes de los alimentos preparados para su posterior consumo; 4) el almacenaje de bienes no perecederos, principalmente alimentos y

artículos de aseo, que funciona como un ahorro en especie; 5) el mantenimiento de una economía común en las actividades productivas y domésticas; 6) el reingreso a la economía del hogar de los sobrantes no vendidos en el negocio, los cuales son consumidos por la familia; 7) el uso colectivo de la ropa; y 8) la adquisición de ropa usada.

- d) *Privilegio del consumo de los integrantes del hogar que son menores de edad.* Esta estrategia está dirigida a privilegiar la alimentación, y en menor medida el vestido, de los hijos, en especial de los más pequeños, ya sean bebés o que estén en edad de cursar estudios básicos.

Así, de los objetivos planteados en esta investigación queda por analizar el papel de las mujeres en torno a algunos ámbitos del consumo –como por ejemplo su participación en la toma de decisiones– y de las relaciones de género que mantienen en el seno familiar, que son elementos que también influyen en la reproducción de la unidad doméstica y que se entrecruzan con aquellos de carácter sociosimbólico de la reproducción social, temas que se abordan en el capítulo siguiente.

6. GÉNERO, BIENESTAR Y CONSUMO

En el capítulo anterior se reportaron las estrategias de reproducción identificadas mediante las entrevistas realizadas a mujeres, así como los mecanismos de asignación, distribución y uso de los recursos materiales del hogar; asimismo se introdujo el tema del bienestar como un marco de referencia adicional en el análisis.

En este capítulo se analiza el consumo desde una perspectiva diferente, pues éste es uno más de un conjunto de indicadores orientados a avanzar en el tema del bienestar abordado en el capítulo anterior, sólo que ahora el análisis se centra a nivel individual, es decir, de las mujeres. En particular se analizan las relaciones de género de las entrevistadas a la luz de otra dimensión del bienestar: el empoderamiento femenino, que aquí se analiza en dos ejes que manifiestan dos ámbitos de sus vidas: el doméstico –o colectivo– y su autonomía –como individuo independiente de la colectividad familiar–. Para concluir el capítulo, se hace un esfuerzo por sintetizar los resultados reportados en este capítulo con los presentados en el anterior, en donde se analiza la dimensión material del bienestar junto con aquella menos tangible, en este caso el empoderamiento femenino.

6.1. Género y empoderamiento

Como se mencionó en el capítulo uno, el poder es la capacidad del agente social para movilizar recursos para conseguir resultados. Independientemente de si el poder es algo “almacenado” en espera de ser usado –como lo concibe Giddens (1997)– o si circula y fluye –según Foucault (1979)–, lo que interesa indagar son las manifestaciones de su ejercicio en las relaciones entre los miembros de la familia, especialmente entre la pareja conyugal; en este sentido, en este capítulo no se intenta responder la pregunta acerca de quién detenta el poder y qué busca quien lo ejerce, pues aquí se parte del principio de que las mujeres tradicionalmente han tenido menos poder que los varones (Bourdieu, 2005; Chafetz, 1991, entre otros), sino más bien se intenta identificar qué tan asimétrica es la posición de la mujer

respecto del hombre en las relaciones intradomésticas para, posteriormente, ver si se asocian con el consumo.

El tema del poder viene a colación porque en toda relación social el poder está presente (Giddens, 1997) y, como tales, las relaciones entre hombre y mujer son relaciones de género, puesto que este último “es un elemento constitutivo de las relaciones sociales basadas en las diferencias que distinguen los sexos y el género, es una forma primaria de relaciones significantes de poder” (Scott en: Lamas, 1996: 330).

Las relaciones de género constituyen una dimensión más a tomar en cuenta en la valoración del bienestar. Por ello, en este capítulo se intenta avanzar en dicha dirección, al incluir algunos aspectos menos tangibles del bienestar de las mujeres y, con ello, ampliar el conjunto de las necesidades básicas más allá de las tradicionalmente analizadas. Como bien afirma Kabeer: “Una definición de las necesidades básicas más incluyente abarcaría por lo tanto niveles culturalmente definidos de bienestar físico (salud, vivienda vestido, higiene), en tanto que si el concepto se amplía hasta cubrir los aspectos más intangibles de la privación –carencia de poder, dependencia, aislamiento–, el resultado es una definición aún más amplia” (Kabeer, 1998: 152).

En este trabajo, el abordaje de esos aspectos menos tangibles de bienestar –a la luz de los cuales posteriormente se analizan algunos aspectos del consumo– se hace a partir de la noción de *empoderamiento*. Aunque no existe una definición única, parece haber consenso en que se trata de un proceso de cambio, individual o grupal, orientado hacia la obtención del control de diferentes aspectos de la vida. Según Johnson: “El empoderamiento de las mujeres implica ganar una voz; tener movilidad y establecer una presencia pública. Aun cuando las mujeres pueden empoderarse a sí mismas al obtener algún control sobre los diferentes aspectos de su diario vivir, el empoderamiento también sugiere la necesidad de obtener algún control sobre las estructuras de poder, o cambiarlas” (Johnson en: Soria y Montalvo, 2003: 121); mientras que Kabeer (1999: 437), lo concibe como el “proceso por el cual aquellos a quienes se les ha negado la habilidad de hacer elecciones adquieren tal habilidad”.

La alusión de Kabeer acerca del empoderamiento en tanto habilidad de hacer elecciones obedece a que esta autora concibe el bienestar (o su opuesto, la pobreza) desde la perspectiva de Amartya Sen, según la cual el bienestar consiste en el logro de formas valiosas de ser, estar y hacer para el individuo; por ello, hay “una asociación lógica entre pobreza y

desempoderamiento, porque la insuficiencia de medios para alcanzar las propias necesidades básicas con frecuencia descarta la habilidad de tomar una elección significativa” (Kabeer, 1999: 437). Así, como bien afirman Soria y Montalvo (2003), el empoderamiento implica la generación u obtención de poder para transformar las condiciones de vida; no para dominar, sino para ser democráticos.

Por otro lado, cualquier intento por evaluar o “medir” el empoderamiento presenta dificultades, no sólo porque se trata de un proceso, sino también porque al operacionalizar el concepto las diferencias de enfoques y de contextos socioculturales donde se realizan los estudios han conducido a una variedad de indicadores (v. Kabeer, 1999; García, 2003). Al respecto cabe hacer tres aclaraciones: en primer lugar, aquí interesa el empoderamiento femenino en tanto una dimensión del bienestar de las mujeres que permite valorar dos aspectos de su vida: el doméstico y el individual; en segundo lugar, más que analizarlo como proceso, aquí se valoran las manifestaciones del empoderamiento en los dos ámbitos mencionados; por último, con el propósito de minimizar el riesgo de valorar el empoderamiento con indicadores que no corresponden con el contexto sociocultural de las mujeres en estudio o que no son significativos en la vida de éstas –problemas que identifica y de los que previene con especial énfasis Kabeer (1999)–, aquí se recurre a los hallazgos de investigaciones realizadas en diferentes latitudes del territorio nacional, en particular aquellas referidas a los sectores populares, puesto que constituyen los referentes más próximos para el caso de las mujeres entrevistadas. Así, los hallazgos de otros estudios se rescatan como aspectos clave o temas hacia los cuales orientar el análisis en la búsqueda de continuidades y cambios en las relaciones de las mujeres en el ámbito doméstico, en particular se exploran los indicadores constitutivos de lo que se ha denominado como el “patrón de dominación patriarcal”, pues en diversas regiones del país se han documentado arreglos domésticos que difieren de dicho modelo (Bastos, 1999a; Chant, 1999) e indicios de su debilitamiento o transformación, aunque en grados desiguales, de las cuales los estados del norte del país no han sido la excepción (v. Vega B., 2002; Ribeiro F., 2002).

Los cambios en la estructura productiva, la creciente incorporación de la mujer al trabajo asalariado, el descenso de la natalidad, el creciente proceso de individuación que implica la gestación y el afianzamiento de la autonomía de los miembros del hogar, el acceso a medios masivos de comunicación, entre otros, han permeado el modelo tradicional aunque no

homogéneamente, pues se ha observado que las mujeres jóvenes, residentes en centros urbanos, con más años de estudio, que trabajan y que pertenecen a los sectores medios y altos son más proclives a mantener relaciones de género menos desiguales con sus parejas que sus contrapartes (López B., 2000; Oliveira, 1998; 2000; Salles y Tuirán, 1998, entre otros), de aquí el interés por indagar sobre el tema en las mujeres de los sectores populares, que se espera sean los más tradicionales, como lo señalan algunos estudios (v. García y Oliveira 1994; García, 1998; Oliveira, 2000).

La idea subyacente en el ejercicio que aquí se realiza son las relaciones de género, en las cuales históricamente a la mujer le ha correspondido la parte subordinada. Por tal motivo, el análisis se orienta a identificar la posición de la mujer respecto del varón en términos del empoderamiento manifestado en dos ámbitos de su vida: el primero atañe a las actividades domésticas (roles de género en el ámbito doméstico); mientras que el segundo está asociado con las prácticas orientadas a mantener una vida propia –independiente de su familia–, en tanto expresión de su autonomía. Estos dos ámbitos o ejes de análisis atienden a dos aspectos de la vida de las mujeres: como miembro de una colectividad (familia) y como individuo independiente de aquella.

Como se mencionó, los estudios en nuestro país han tipificado la organización familiar –en particular en los sectores populares– como tradicional, o como patriarcal autoritaria, cuyas características fueron descritas en el capítulo uno; sin embargo, conviene aquí destacar algunas de ellas. Así, la familia patriarcal es aquella en la que el hombre tiene el poder para controlar a, y decidir sobre, los otros miembros; la autoridad del jefe-varón descansa precisamente en su papel proveedor de recursos y en ser el jefe de la familia (Chant, 1988; Jelin, 1998); además, “las decisiones respecto de los bienes de consumo durables (desde la vivienda y el coche hasta el televisor o los muebles) están en mayor medida en manos de los hombres o son decisiones compartidas” (Jelin, 1998: 63).

Por su parte, la mujer en su carácter de madre-esposa-ama de casa, ha ocupado una posición subordinada respecto del varón. En general, entre sus actividades y comportamientos se han documentado los siguientes: se hace cargo de la organización de gran parte de las tareas de la reproducción cotidiana, es decir, de las labores domésticas que permiten el mantenimiento y la subsistencia de los miembros de su familia, como la preparación de

alimentos y la limpieza del hogar; asimismo realiza las tareas dirigidas al mantenimiento del sistema social mediante el cuidado y la socialización temprana de los hijos.

Además, entre las mujeres de los sectores populares, aunque no exclusivamente, se han identificado los siguientes comportamientos:

- a) Tiene un papel muy limitado en términos de autoridad y toma de decisiones Decide el volumen e intensidad de las obligaciones que puede exigir a los hijos (permisos para jugar o ayuda en las tareas domésticas, o combinar estudios con algún trabajo ligero). Cuando decide adquirir artículos relativamente costosos tiene que consultarlo con el hombre o comprarlos a escondidas.
- b) Realiza en forma creciente tareas productivas en el mercado de trabajo y participa en las actividades productivas de iniciativa familiar, así como en aquellas situaciones en que la actividad productiva no está separada espacialmente de la doméstica, las cuales generalmente lleva a cabo como ayuda.
- c) Suele esconderse de su marido para tomar medidas anticonceptivas.
- d) Con frecuencia es sujeta a violencia doméstica, que se manifiesta en el encierro en el hogar, la prohibición de salir, de trabajar en actividades extradomésticas o de ver a los familiares sin permiso del cónyuge; violencia que también incluye agresiones verbales, maltratos físicos o lesiones, entre otras (Bastos, 1999b; Benería y Roldán, 1992; González de la Rocha et al., 1990; Jelin, 1998; Oliveira, 1998).

Para analizar la posición de las mujeres entrevistadas, se construyó un *continuum* de indicadores (*i.e.* modalidades de realización de una misma actividad) para cada una de las dimensiones consideradas en cada eje de análisis, las cuales intentan captar buena parte las actividades y comportamientos antes mencionados. Así, para valorar los roles de género en el ámbito doméstico se consideraron cinco dimensiones: tres corresponden al trabajo doméstico (limpieza del hogar, preparación de alimentos y crianza de los hijos) y dos se refieren al ámbito de decisión sobre el consumo doméstico (gastos menores y mayores).

Por su parte, el eje correspondiente a la apropiación de la vida personal, o autonomía, valora la independencia de la mujer y su capacidad de actuar en la búsqueda de sus intereses propios (García, 2003). Este eje consta de cinco dimensiones: 1) libertad de movimiento, en tanto que se ha documentado que mujeres, incluso las residentes en los grandes centros urbanos del país, tienen que pedir permiso para salir de la casa (Casique, 2001; García, 2003);

2) realización de una actividad productiva, como un indicador de generación de recursos e independencia económica; 3) decisión en el número de hijos, en tanto decisión estratégica para la salud y la vida de la mujer; 4) uso de recursos propios; y 5) uso del tiempo libre.

Los indicadores que integran el *continuum* para cada una de las dimensiones de ambos ejes se muestran en el cuadro A6.1 del anexo; con el *continuum* de indicadores de cada dimensión se construyeron tres tipos jerarquizados para cada eje, mismos que sirven como referentes para ubicar la posición de las mujeres entrevistadas (v. Velasco Ortiz, 2001). No obstante, cabe reconocer que si bien las dimensiones consideradas (o temas de análisis) toman como punto de referencia los hallazgos para el caso mexicano arriba mencionados, la construcción de los indicadores correspondientes a cada dimensión se ajustó con las situaciones observadas entre las entrevistadas, en este sentido, la tipología resultante no es puramente teórica.

Los supuestos de los que se partió –tanto para la elaboración de los indicadores como de los tipos– fueron, por un lado, la vigencia del modelo tradicional o “patrón de dominación patriarcal” y, por el otro, su debilitamiento o transformación. Los tipos contruidos que sirven de referencia para valorar el empoderamiento en el ámbito doméstico de las mujeres (roles de género) se muestran en los cuadros A6.2 a A6.4, mientras que los cuadros A6.5 a A6.7 (v. anexo) corresponden a los tipos que sirven de marco del segundo eje de análisis del empoderamiento: la autonomía o control de la vida propia.

Los tipos contruidos para los roles de género en el ámbito doméstico perfilan tres conjuntos de prácticas diferenciadas que van de mayor a menor proximidad con el papel de subordinación tradicionalmente asignado a las mujeres. Así el tipo 1 responde a una organización familiar patriarcal o tradicional autoritaria; el tipo 2 manifiesta una dinámica intradoméstica no autoritaria pero dentro de un esquema tradicional; mientras que el tipo 3 corresponde a un modelo más democrático, no autoritario, que tiende hacia la igualdad entre hombre y mujer.

Por su parte, los tipos contruidos para la autonomía también reflejan tres conjuntos de prácticas de van de mayor a menor dependencia de la mujer, pues el tipo 1 corresponde a una situación de subordinación intensa, el tipo 2 está asociado a una subordinación moderada, mientras que el tipo 3 tiende hacia una posición más autónoma y más libre en relación con el hombre.

Una vez ubicada la posición de las mujeres en todos los indicadores, los resultados se contrastan con las características sociodemográficas que la literatura ha identificado como influyentes en el proceso de empoderamiento (como las ya mencionadas: edad, escolaridad, trabajo extradoméstico, ámbito de origen, condición de pobreza), junto con otras que pueden apoyar el análisis (relación con su pareja y características del hogar de origen).

6.1.1. Roles de género en el ámbito doméstico

Con el propósito de dar elementos que sirvan de base para ubicar las prácticas femeninas en los tipos construidos, así como también para darles voz a las entrevistadas, a continuación se presenta lo que declararon las mujeres respecto de este primer eje de análisis.

a) Limpieza del hogar

El rol de ama de casa implica la realización de una serie de actividades como la limpieza de la casa y de la ropa, preparación de alimentos, entre otras. Estas actividades están comprendidas en lo que conoce como trabajo doméstico, que Bruschini y Cavašin definen como

un conjunto de actividades necesarias para el bienestar de los miembros de la familia, que son realizadas principalmente por la mujer en el ámbito de la casa. La posición de la mujer en la familia define una relación de trabajo que se establece entre ella y esas actividades, en la medida en que son concebidas como funciones naturales de la esposa, son ejecutadas *gratuitamente* por ellas para los demás miembros de la unidad familiar (Bruschini y Cavašin en: Ariza y Oliveira, 2002: 55; énfasis añadido)

El único inconveniente de la definición anterior es que, en opinión de quien esto escribe, la “gratuidad” del trabajo doméstico no se puede generalizar, al menos no entre las ocho mujeres entrevistadas. Es gratuito en los hogares monoparentales y por supuesto en el de Diana, pero es pagado en el de Leticia, pues así lo asume ella.

Lo que sí continúa siendo cierto es el hecho de que en los casos de estudio el trabajo doméstico relativo a la limpieza del hogar es realizado predominantemente por las mujeres, ya sea con o sin ayuda de sus hijos; como Lucía, quien realiza estas tareas sin ayuda, pues su hija tiene apenas seis meses y su esposo rara vez colabora en esas tareas.

GOV: ¿Cómo le haces con el trabajo en la casa? ¿Lo haces todo tú o te ayuda él o le pagas a alguien para que te ayude?

Lucía: No, yo lo hago. Él de vez en cuando, los domingos, me ayuda, pero casi nunca. Yo lo hago entre semana, como ahorita, está trabajando, no me puede ayudar.

GOV: ¿Trabaja todos los días?

Lucía: Sí, menos el domingo.

GOV: ¿Y cuando te ayuda, a qué te ayuda, qué es lo que hace?

Lucía: A trapear o a barrer.

GOV: ¿No has tenido problemas porque no te alcance el tiempo para limpiar la casa y atender tu negocio?

Lucía: Sí, pero pos no la limpio, la limpio otro día.

GOV: ¿Tu esposo te exige que la casa esté limpia?

Lucía: No.

Hilda, por su parte, también declaró que ella se hace cargo por completo de la limpieza del hogar, lo que constituye para ella una doble jornada, igual que para Lucía. Sin embargo, aunque Hilda sí tiene hijos que le podrían ayudar, argumentó que no deseaba que sus hijos le ayudaran, salvo que fuera a iniciativa de ellos, porque no desea que padezcan lo que ella cuando era niña. Por su parte, Irma también se hace cargo sola de la limpieza del hogar y, aunque ella no realiza una actividad productiva, justificó la falta de ayuda de sus hijos por los mismos motivos que Hilda.

Las mujeres restantes (Julia, Lorena, Natalia y Pilar) reciben ayuda, en mayor o menor grado, de sus hijos. De ellas, Julia es quien menos labores domésticas realiza, pues no hace la limpieza de la casa ni la comida porque sus hijas se hacen cargo de esas labores. Al respecto, Julia verbalizó:

GOV: ¿Cómo le hace para trabajar y organizar el trabajo de la casa? Lavar los trastes, la comida, la limpieza, ¿le ayudan?

Julia: Las muchachas. Pues yo de hecho ya casi no hago, así... trabajo aquí, no.

GOV: ¿Usted les dice lo que tienen que hacer o ellas solas lo hacen?

Julia: No, ellas; hacen comida, hacen todo.

GOV: ¿Quién le ayuda con el trabajo de la casa?, ¿quién trapea, por ejemplo?

Julia: Pues la Prieta, o la Lili, Laura también.

GOV: ¿Sus hijos hombres no le ayudan?

Julia: Sí también, el Juanito sí, también limpia.

GOV: ¿No lo hace de mala gana, a regañadientes?

Julia: Mm... se enoja porque le dicen. Él solo... pero que no le digan.

Leticia recibe buena ayuda de sus hijos –con excepción del mayor que trabaja y estudia–, pues les tiene tareas asignadas permanentemente. A Natalia, igual que a Leticia, sus hijas le ayudan con la limpieza del hogar, pues ella también trabaja en el negocio de la familia.

Lo que sí cabe destacar es que parece no haber presión por parte de los cónyuges en lo que a limpieza se refiere, en especial si ellas trabajan, como sucede con Lucía y con Natalia. No obstante, con excepción de Leticia, la ayuda en las tareas del aseo del hogar sigue siendo de una mujer a otra, pues tanto en el caso de Natalia como en el de Julia –ambas con al menos un hijo varón mayor de 15 de edad– la descarga del trabajo doméstico recae en sus hijas, lo cual confirma los hallazgos de muchos otros estudios (Benería y Roldán, 1992; García y Oliveira, 1994; entre otros).

b) Preparación de alimentos

La preparación de alimentos es otra de las tareas domésticas que continúa siendo una carga femenina. En este sentido, Benería y Roldán (1992) reportaron que no encontraron ningún hogar en el que el marido colaborara en la limpieza de la casa o en la preparación de alimentos, excepto cuando la mujer estaba enferma. Sin embargo, Gutmann, con información más reciente, encontró que los hombres de la ciudad de México sí colaboran en las tareas domésticas, “desde lavar los platos hasta ir de compras. Sin embargo, son muy raros los hombres que cocinan en la capital mexicana, salvo en ocasiones festivas, cuando deciden preparar una comida especial para agasajar a sus invitados. Esta generalización se aplica a todas las clases y generaciones” (Gutmann, 1999: 168).

Algo similar se encontró en los hogares de las mujeres entrevistadas, quizá con la salvedad de que sus cónyuges participan más frecuentemente en la preparación de alimentos o al menos aligeran esa carga a sus mujeres, como ya se mostró en una de las transcripciones de la entrevista con Leticia, cuyo cónyuge cocina o compra comida los fines de semana (v. capítulo anterior). El esposo de Pilar, por su parte, se hace cargo del desayuno los domingos y también, aunque con menos frecuencia, de la cena de sus hijas cuando él está en casa, ocasiones en que les prepara algo ligero (les sirve cereal, les prepara sándwiches, o lleva tacos); como dice Pilar: “él hace el desayuno los domingos, a veces trae tacos para la cena, yo sólo hago el desayuno y la comida y el lonche de mi viejo”.

Como se mostró en el inciso anterior, Julia no es quien regularmente prepara la comida, sino sus hijas; mientras que Natalia regularmente prepara la comida de mediodía, y el desayuno de su hija menor y el de su esposo.

A Irma también le ayuda su esposo a preparar los alimentos, generalmente el fin de semana y en ocasiones cuando llega temprano del trabajo. Otro ejemplo de descarga de esta tarea lo constituye Lucía, quien prácticamente sólo prepara una comida al día –la de mediodía–, sin que ello le represente problemas con su cónyuge.

GOV: ¿Tu esposo come dos veces aquí en tu casa o come dos veces en todo el día?

Lucía: A veces dos en todo el día, es que no le doy desayuno.

GOV: ¿No le haces lonche tampoco?

Lucía: No, soy una floja.

GOV: ¿Regularmente qué desayuna tu marido?

Lucía: Pues un vaso de leche o a veces sí le hago huevo.

GOV: ¿Pero a veces es una vez a la semana o cada cuándo?

Lucía: Dos veces por semana.

No obstante, contrasta la situación de Lucía con la de Natalia, pues si bien ambas realizan una actividad productiva, Lucía sólo prepara la comida de mediodía mientras que Natalia tiene una mayor carga; sin embargo, esta diferencia se puede deber a que la familia de Natalia es más numerosa y tiene dos hijas pequeñas, una en edad escolar y otra de dos años, que posiblemente sean más demandantes que la bebé de Lucía.

c) Crianza de los hijos

El rol de madre engloba las actividades correspondientes al cuidado y crianza de los hijos, que se ha identificado como poco vulnerable o susceptible a modificación (Oliveira, 1998). En este sentido, esta dimensión de los roles de género valora, además de la participación masculina en la socialización temprana y cuidado de los hijos, la actitud mantenida por la madre con sus hijos en el trato cotidiano que propicia la reproducción de esquemas tradicionales en las relaciones de género entre iguales –hijos e hijas– o por el contrario, si el trato con ellos es indistinto, orientado hacia relaciones más igualitarias entre ambos.

Así, las mujeres entrevistadas siguen jugando un papel central en la reproducción social, en tanto que son responsables de la socialización temprana de los hijos y transmisora de patrones de conducta aceptados y esperados, como sucede con Lucía y con Natalia, pues

ambas se encargan de dichas tareas con sus respectivas hijas pequeñas –la de Lucía de seis meses de edad, y la de Natalia de un año ocho meses–, así como también en su momento lo hicieron el resto de las entrevistadas.

Por otro lado, algo que destaca entre las entrevistadas es que la mayoría declara tener el mismo trato con sus hijas e hijos. Diana, por ejemplo, a pesar de la dureza con que crió a sus hijos, afirmó no haber hecho distinciones entre ellos:

GOV: ¿Usted hizo diferencias entre sus hijos hombres y sus hijas mujeres?

Diana: No hacía distinción, que porque eres mujer o eso, no. No hacía distinción. Fui muy dura con todos.

GOV: ¿Y su esposo?

Diana: Nunca le importó.

Leticia también es quien mayormente se hace cargo de la socialización temprana de sus hijos; además, Leticia reconoce que ella es menos condescendiente que su pareja en cuanto a permisos o exigencias de sus hijos, lo que considera que es una ventaja de ella y defecto de él.

GOV: ¿Y para la crianza de los hijos?, ¿cómo se organizan para educarlos?, ¿él te deja la responsabilidad de que tú los eduques, que tú les digas cómo portarse?

Leticia: Pos aquí, aquí somos los dos, pero más yo que él, porque como que me tienen más... un poquito más de miedo. Ahora yo estoy como mi amá, porque él es... es más buenazo pues.

GOV: ¿Educas igual a tus hijas que a tus hijos, hombres y mujeres?

Leticia: Pos yo los miro igual a todos, o sea para mí no hay uno...

GOV: ¿No eres más blanda con las hijas?

Leticia: No, con todos soy igual.

GOV: ¿Y tu marido?

Leticia: Él también, yo lo noto que él también.

GOV: ¿No tienen más permisos u horarios de salidas más flexibles los hombres que las mujeres?

Leticia: ¡Ah no!, no, no. De hecho mi hijo [el mayor] ahora que había ido a unos bailes que lo habían invitado y ya le estaba dando por llegar a las 4 de la mañana, 5 de la mañana, [...] duró como 3 semanas saliendo así, y ya hasta que le dije, lo agarré y lo senté y le dije: [...] «tienes 3 semanas llegando a las 4-5 de la mañana. Vas a los bailes y el baile se termina a las 2 de la mañana más tardar, ¿por qué duras tanto en regresar aquí?», «mira amá, llevo a fulano, a sutano, a mangano», «¡ah qué obligación de llevar cabrones! Pos yo no sé cómo le vas a hacer pero a más tardar aquí a las 2:15 aquí te quiero, o te suspendo el carro de noche» –le digo–. Y sí, el sábado salió; yo llegué de bailar... eran las 2:15 cuando llegué –la hora que tenía él–, y [...] ya estaba estacionado su carro y estaba aquí en la sala, [...] pero porque le jalé la rienda, si no se la jalo te puedo asegurar que me llega hasta las 6 de la mañana del día siguiente.

GOV: ¿Tu esposo ha hecho diferencias con él [porque no es su hijo]?

Leticia: No, no. Es igual, con todos es igual.

Del relato de Leticia destaca que ni ella ni su marido tienen trato diferente entre hijos e hijas, particularmente no hay diferencias entre el hijo mayor (sólo de ella) y el resto (de ambos). Hilda, por su parte, respondió en el mismo sentido que Leticia: tarea mayoritariamente de ella, más estricta y rígida que su esposo y sin diferencias entre hombres y mujeres. En este sentido, su hija comentó sobre el tema:

GOV: ¿Así era tu mamá de respetuosa con ustedes y las apoyaba en sus decisiones cuando tu papá estaba con ustedes?

Hija: Yo creo... Es que ambos. Yo creo que en eso coincidían mucho, en que respetaban la decisión que cada quién tomaba.

GOV: ¿Él también, tu papá también?

Hija: Mi papá también, nunca se mete. O sea, sí pueden decirnos o dar una opinión acerca de algo, pero nosotros tomamos la decisión.

Hilda comentó que, dada la experiencia que tuvo en su hogar de origen, ella ha tratado de crear un ambiente de confianza, buena comunicación y respeto con sus hijos (aunque no siempre fue así, como se verá más adelante). Las respuestas de Julia fueron las mismas, sin preferencias ni distinguos entre sus hijos(as) y ella principalmente como responsable, aunque declaró que su esposo también participaba en la crianza de los hijos.

El caso de Pilar es igual al de Julia: es tarea de ambos, pero más de ella porque está más tiempo en casa con sus hijas; asimismo afirmó que no había diferencias en el trato con ellas:

GOV: ¿Tiene usted trato diferente con alguna de sus hijas, alguna que sea la consentida?

Pilar: No.

GOV: ¿y su marido?

Pilar: Pues yo digo que no, pero mi amá dice que sus ojos son la Génesis, la de en medio, pero yo digo que no es porque tenga trato diferente, sino que ella es bien barbera; bueno, las tres, porque la más chica le dice «apá te doy un besito casi churri» y le chupa el cachete aunque venga todo lleno de cemento. Las tres son bien barberas con él.

Debido a que Pilar sólo tiene hijas, no es posible captar diferencias de género en el trato entre hombres y mujeres. Natalia, sin embargo, sí fue la única que declaró diferenciar el trato con sus hijos:

GOV: ¿Usted cree que haya diferencia en el trato o la forma como educó a sus hijos hombres y a sus hijas mujeres?

Natalia: Pos yo digo que él, como él tiene más... por él pues, porque es el único hombre [refiriéndose a su hijo varón de 18 años]

GOV: ¿Es su consentido?

Natalia: Yo le digo a él «tú encárgate de él y yo me encargo de éstas».

GOV: Entonces, ¿él se encarga de educar al niño y usted a las mujeres?

Natalia: Sí porque... Entre los dos pues, así. Pero yo digo... por él, que es hombre pues.

GOV: ¿Lo controla su esposo?

Natalia: Pos más... como ahora que me dice que tiene novia: «¡ah qué novia ni que nada!», le digo, «¡que venga pedirte permiso aquí a la casa!» [empezó a reírse].

En el relato de Natalia se advierte que ella fue quien delegó en su marido la responsabilidad de la formación de su hijo; sin embargo, lo hizo hasta que su hijo estaba en la secundaria “porque es hombre”, dando a entender que ella, en su calidad de mujer, no es apta para orientarlo.

Así, entre las mujeres entrevistadas, las tareas de socialización y cuidado de los hijos han recaído mayoritariamente en ellas, con una incipiente participación del cónyuge en los hogares de Julia, Leticia y Pilar.

En síntesis, es evidente que el trabajo doméstico sigue siendo una responsabilidad atribuida a la mujer, ya sea que ella lo realice o que organice la ayuda que recibe en su realización –principalmente de las hijas–; no obstante en el rubro de la preparación de alimentos hay cierta colaboración, aunque mínima, de algunos de sus cónyuges, ya sea porque se hacen cargo de una de las comidas del día o del fin semana, o bien, porque no exijan a sus mujeres la elaboración de alguna de éstas.

e) Decisiones sobre gastos menores y mayores

En general, sobre este tema las mujeres se comportan igual que como se ha reportado en otros lugares del país (González de la Rocha *et al.*, 1990), pues las decisiones sobre los gastos menores –como alimentos, artículos de aseo y otros satisfactores básicos– constituyen un ámbito casi exclusivo de las mujeres, con algunas excepciones en las que en ocasiones los cónyuges también participan, como en el hogar de Pilar:

GOV: Usted me comentó que su marido le da 100 pesos diarios.

Pilar: Sí, pero eso es exclusivo para la comida. Los demás gastos él los paga, él sabrá.

GOV: ¿Y quién decide qué se compra de mandado?

Pilar: Entre los dos, en veces los dos vamos, y cuando él anda en la obra y ve algo barato, por ejemplo ayer precisamente, él trajo como dos kilos de limón, un kilo de papa, chorizo, él es que en veces también.

GOV: ¿Van al mandado seguido?

Pilar: Los domingos al sobre ruedas.

GOV: Y él es el que (no dejó terminar la pregunta).

Pilar: Él es el que gasta el dinero.

GOV: ¿Usted decide qué se compra?

Pilar: Ah no. Sí.

La participación masculina en las decisiones de las compras menores también se observó en los hogares de Leticia y Natalia; sin embargo, en estos casos la decisión es indirecta, pues si bien son los cónyuges quienes concurren al mercado a hacer las compras para el consumo doméstico, son las mujeres quienes hacen la lista de los satisfactores, de manera que la “decisión” de ellos se reduce a escoger los productos solicitados por las mujeres y los bienes adicionales a la lista que ellos deseen adquirir.

En materia de gastos mayores hay un comportamiento diverso:

- 1) Los hogares que no hacen este tipo de gastos, como los de Pilar y el de Diana: en el primero, porque no se compran muebles ni se hacen gastos mayores desde que se casaron hace aproximadamente 20 años; y en el de Diana, porque nunca se han hecho gastos mayores, puesto que todas sus posesiones son regaladas.
- 2) Las familias donde se toman las decisiones de común acuerdo, como en los hogares de Lucía, Irma e Hilda, cuando esta última aún vivía con su pareja.
- 3) Los hogares donde se presentan decisiones individuales y colectivas, como en las familias de Leticia y de Natalia. Sin embargo, hay una diferencia entre ambas:

GOV: Cuando hacen alguna compra grande, por ejemplo un mueble o cualquier cosa; ¿quién decide dónde y cuándo se compra?

Leticia: Pues si yo quiero ese mueble y a mí me gusta y él me dice «¿sabes qué?, no. Ahorita no se puede, esto y lo otro», yo si puedo, yo lo compro, yo lo pago de lo que él me da. Yo le digo, «¡ah sí!, yo doy el abono», pero cuando me veo ya que no alcanzo, él me da. O de hecho a veces también, aunque él me diga «no, no» y si me aviento la deuda me dice «¿ya distes el abono?», «no, no», «vamos a darlo». Siempre me lo he de chingar [riéndose].

Así, aunque Leticia declaró que en general los gastos mayores se deciden entre ambos, en su relato destaca que a iniciativa propia –e independientemente del consentimiento de su cónyuge–, ella toma ese tipo de decisiones; mientras que en el hogar de Natalia hay más flexibilidad, pues ambos deciden hacer gastos mayores ya con o sin la intervención de la pareja:

GOV: Cuando tiene que comprar un mueble o algo caro, ¿quién decide si se compra o no?

Natalia: Pues... esta lavadora [apuntando a una de las dos lavadoras que estaban en el exterior de la casa] la compré pos cuando trabajaba ahí en el tianguis, porque el señor vendía lavadoras, colchones, todo eso vende, ésa se la compre a él ahí. Y él esa vez [refiriéndose a su esposo], como antes trabajaba ahí poniendo antenas... de la Movistar y compró aquel refrigerador y ésa [apuntando a la otra lavadora] según por 500 pesos, «por si se lleva mi'ja esa lavadora», me dijo; «ora que le den su casa», le digo, «pos ya tengo ésta».

GOV: Pero nadie decide en especial, ¿o a usted le preguntó si traía la lavadora?

Natalia: No, yo cuando ya venía de trabajar ya la había traído él.

GOV: ¿Él la trajo?

Natalia: Él. Cuando se le ofrece, se lo pone, él.

GOV: ¿Y si usted dice «bueno, quiero esto», ¿lo tiene que convencer o él no le hace caso?

Natalia: No pues... si ocupara así, algo así, yo creo si le digo «cómprame esto».

GOV: ¿Y si se lo compra?

Natalia: Sí.

- 4) Finalmente, Julia declaró que a ella esposo la proveía de todo sin siquiera ella pedirlo.

GOV: Cuando había que comprar un mueble o algo grande ¿quién decidía si se compraba o no?, ¿usted o su esposo?

Julia: Él. Él casi compraba siempre todo.

GOV: ¿Usted no le decía qué necesitaba?

Julia: No. Él miraba lo que hacía falta y lo traía. Todo traía sin que yo le dijera. Llegaba con cacerolas, que plancha, que... y así.

Como se muestra en sus relatos, en general, en las seis familias que sí hacen gastos en bienes duraderos predominan las decisiones consensadas y aquellas donde coexisten las decisiones individuales y compartidas.

6.1.2. Autonomía femenina

El segundo eje considerado en el análisis del empoderamiento corresponde a las dimensiones para valorar la autonomía de las mujeres entrevistadas, a saber: libertad de movimiento, realización de una actividad productiva, decisión sobre el número de hijos, uso de recursos propios y uso del tiempo libre.

a) Libertad de movimiento

La libertad de movimiento, junto con la decisión de realizar una actividad productiva, es uno de los atributos que generalmente se asocia con la autonomía, en el sentido del control que una persona tiene sobre su propia vida (Casique, 2004). Sobre el tema de la libertad de movimiento las mujeres entrevistadas presentan un comportamiento semejante, pues en todas

es suficiente con avisar que van a salir, como se muestra a continuación, aunque en el caso de Diana no siempre ha sido así a lo largo de su vida conyugal, pues al respecto comentó:

GOV: ¿Cuándo era más joven le tenía que pedir permiso a su esposo para salir?

Diana: Sí, y si se me hacía tarde... pos ya sabrá.

GOV: Y ahora, cuando usted se va a vender ¿le pide permiso a su marido?

Diana: No.

GOV: Cuando va con sus amigas o platica con las vecinas, o va a la iglesia, ¿le tiene que pedir permiso a su esposo?

Diana: No. Ya nomás le digo «ahorita vengo», y ya.

GOV: ¿Y antes sí?

Diana: Sí. Es que mire, uno se va integrando... Y a como la tratan a uno, ya... no quiere nada, hasta quisiera que se fuera, aunque Dios que le ayude; no le deseo ningún mal, pero le deseo la muerte.

Con el paso del tiempo y el desgaste de la relación entre ella y su esposo, pero sobre todo con el hecho de que sus hijos ya estaban grandes, la violencia física fue desapareciendo de la vida de Diana; sin embargo, las agresiones verbales son parte de su cotidianidad.

El resto de las entrevistadas cuando van a salir sólo le avisan a su pareja, y si él no se encuentra en casa ellas salen sin ningún problema, ya sea que le digan a alguien que se queda en la vivienda que le pase el recado a su pareja o le dejen un recado escrito indicando el lugar al que fueron. Como ilustración, se muestran los comentarios de Irma:

GOV: ¿Y usted cuando sale le pide permiso a su marido?, por ejemplo para hacer alguna visita.

Irma: «Ah» digo, «ahorita vengo, voy a tal lado, ahorita vengo», «ah, está bien».

GOV: ¿Siempre ha sido así?

Irma: Sí

GOV: ¿Sí? ¿No ha habido cambios en ese sentido?

Irma: No, no ha habido cambios.

Como se observa en la narración de Irma, esta práctica no es reciente, como tampoco lo es en el resto de las mujeres, de las cuales Leticia es la que tiene más libertad de movimiento:

GOV: ¿Tú cuando sales le pides permiso a tu marido?

Leticia: No le pido permiso, pero cuando regreso... ¡no te creas! [riéndose]. No, yo sí le digo, porque él me dice: «o sea, no es un permiso, o sea, a mi nomás avísame que vas a salir y ya». Yo nomás le digo, por decir si se va a ir a meserear, le digo «sabes qué gordo, ahora voy a salir», «ah ta' bien», y ya se va, me da mi [hizo señas de dinero] y se va, y ya me dice: «nomás ya sabes ¿eh?», porque él, lo único que le gusta es que cuando él ya esté aquí yo ya esté aquí, a menos que yo me vaya y él esté aquí, que no va a trabajar, entonces ahí ya no. Pero más tardar él me da hasta las 2 de la mañana, hasta esa hora, hasta esa hora me da.

Esta práctica de sólo avisar que van a salir la llevan cabo las mujeres independientemente de que realicen o no una actividad productiva, como Irma y Leticia, aunque esta última, como

ya se ha mencionado, colabora con una de las actividades de su esposo haciendo las tortillas de harina; además, salvo Diana, todas dijeron que siempre había sido así en la relación con su pareja. Este comportamiento es diferente a los hallazgos reportados en otras ciudades del país, incluso de los más recientes (García, 2003), lo que sugiere que, al menos en este aspecto, las mujeres entrevistadas mantienen relaciones menos subordinadas que en otros lugares del país, y plantea la posibilidad de que ésta sea una práctica usual de las mujeres de los sectores populares de esta ciudad.

b) Realización de una actividad productiva

Sobre este tema de la incorporación al mercado laboral hay diferentes perspectivas. Irma, por ejemplo, cuando recién llegó a Mexicali venía embarazada, y para tener acceso a servicios médicos entró a trabajar a Wal-Mart, en donde laboró un año y ocho meses, pero dejó el empleo porque uno de sus hijos estaba constantemente enfermo de amibiasis, lo que le generó problemas en el trabajo por sus inasistencias, situación que coincidió con el hecho de que su esposo recién había conseguido empleo y le dijo que ya no trabajara; desde entonces no ha tenido intenciones de trabajar a fin de poder atender a sus hijos, en especial al que padece lupus. Pilar, por su parte, trabajaba antes de casarse y continuó trabajando alrededor de un año, pero dejó el empleo de común acuerdo con su esposo cuando quedó embarazada, pues se fue a Estados Unidos para que su hija naciera allá; desde entonces no ha realizado actividad productiva alguna fuera de casa; sin embargo, desde que se casaron, acordaron que ella dejaría de trabajar al momento de quedar embarazada, acuerdo que desde entonces han cumplido. En contrapartida, Lucía empezó a trabajar a los 17 años y desde entonces no ha dejado de trabajar ni se plantea hacerlo (aunque cuenta con la aprobación de su pareja), porque le gusta su trabajo en la estética y lo disfruta; además, le permite combinarlo con los cuidados de su hija.

Natalia, por su parte, empezó a trabajar en una fábrica a los 16 años para poder mantener a su hija, pero cuando se casó dejó de trabajar porque de nuevo estaba embarazada; reanudó actividades hace cuatro años, como ayudante en varios puestos del tianguis los fines de semana, y dejó ese empleo para dedicarse al negocio que desde hace seis meses atiende con su familia en unos campos deportivos, pero sus entradas y salidas del mercado laboral han estado

en función de los hijos y de las necesidades del hogar, pues ella ha tomado la decisión de buscar empleo cuando la situación económica se ha tornado crítica; sin embargo, ella decide cuándo va a realizar alguna actividad productiva, según sus palabras:

GOV: ¿Usted le pide permiso a su esposo cuando quiere trabajar o cuando busca trabajo?

Natalia: No.

GOV: ¿No?, ¿nomás le avisa?

Natalia: [respondió riéndose y moviendo la cabeza afirmativamente].

Julia e Hilda tuvieron problemas con sus cónyuges por su incorporación al mercado laboral; sin embargo, ambas continuaron trabajando a pesar de la oposición de ellos –aunque no fue ése el motivo de la separación, sí les generó conflictos en la relación con sus parejas–. En este sentido Julia comentó:

GOV: ¿Su esposo nunca le dijo que no trabajara?

Julia: Ajá... No pos sí.

GOV: ¿El no quería que trabajara?

Julia: No.

GOV: ¿Y por qué se puso a trabajar?, ¿cómo le hizo para convencerlo?

Julia: O sea de que primero, pos ya habíamos quedado que trabajábamos los dos para sostenernos [cuando recién llegaron a Mexicali].

GOV: ¿Luego ya no quiso?

Julia: Luego ya después decía que no, que ya no fuera.

GOV: ¿Y usted dejó de trabajar?

Julia: No.

En el caso de Hilda, ella continuó trabajando para poder disponer de recursos propios, pues, como se comentó en el capítulo anterior, su esposo controlaba y administraba el dinero. Diana, por su parte, trabaja cuando puede y porque tiene que hacerlo, pues el dinero que le da su hijo no es suficiente para adquirir alimentos ni para solventar los gastos de la casa, ya que su cónyuge no realiza actividad productiva alguna ni tiene intenciones de hacerlo.

GOV: ¿Trabaja usted?

Diana: Yo trabajé de muy chica. Cuando yo comencé a trabajar la señora tenía que ponerme una reja de esas de sodas para alcanzar el lavabo, yo estaba bien chiquita, también a barrer. Sufrimos mucho. Hasta pizqué maíz, fíjese; pizqué maíz, pizqué manzana, frijol. Yo creo que por eso tengo los huesos así como los tengo, porque mucho frijol pizcaba. He vendido nopales... en mi tierra. Si mi tierra hablara ... ahí sí trabajé, pepenaba frijol re'lejos. Ahorita no puedo caminar, estoy muy mal.

GOV: Hasta qué edad dejó de poder trabajar todos los días.

Diana: Hasta que me vine p'acá [hace aproximadamente 20 años].

GOV: ¿Aquí ya no trabajó?

Diana: Nada más trabajo liviano como vender, o libro [catálogo Fuller] o así.

GOV: ¿En dónde vende ropa?

Diana: En el sobre ruedas, ropita que me regalan, la vendo; hay veces que vendo, hay veces no vendo. Vendo el Fuller, del libro, ya voy a cumplir dos años, también en veces que vendo

y en veces que no vendo, y hay veces en que batallo hasta pa' que me paguen, porque ya ve que está carajo. [...] Ahorita no puedo caminar, estoy muy mal.

GOV: ¿Qué tan seguido va al sobre ruedas a vender?

Diana: Cada ocho días.

GOV: ¿Cuándo fue la última que se fue a vender al sobre ruedas?

Diana: Ya hace tiempito... No puedo caminar y con la lluvia... hará unos dos o tres meses.

Leticia es un caso atípico, en el sentido de que su pareja le “paga” para que permanezca en el hogar cuidando a sus hijos y realizando las tareas domésticas. Según comentó, ella no tiene inconveniente alguno en realizar una actividad productiva:

... y aparte que él tampoco quiere que yo trabaje [refiriéndose a su hijo mayor], o sea «Aquí, aquí estate con los chamacos» dice, «ahorita ya te ocupan más los chamacos que nosotros y mi apá», dice. Si pues es su papá, según para él, es su papá. Entonces pues ya mi'jo va a cumplir 19 años, ya no me mortifica nada pues. Hay veces sí que le digo: «me voy a ir a trabajar», «¿a qué vas? A ir a ganar 600 pesos si vas a pagar tanto por cuidar al chamaco, no, no, no, no, aquí quédate, mi apá te paga bien», me dice [riéndose]. Porque me paga mil pesos por estar aquí en la casa pues. Dice: «mi apá te paga bien», «¡ah! pues aquí me quedo». Sí, porque es como dice mi'jo: «amá, son 800 pesos los que te pagan en una fábrica ahorita, ¿cuánto te van a cobrar por cuidar a éste y al otro?». Dice: «no, no, el día que... Dios guarde, ¿qué les vayan a hacer? No», dijo. «Aquí déjalos, aquí estate», dijo «no»... Ni él ni mi esposo son del agrado de que trabaje.

Si Leticia no trabaja, más allá de hacer las tortillas de harina para los tacos que su pareja vende en la agencia de autos, es porque su cónyuge le paga más de lo que ella ganaría como empleada y porque su hijo menor —el sobrino que adoptó que tiene cuatro años de edad— ha tenido problemas para adaptarse a la vida en familia, como se percibe en sus declaraciones.

GOV: ¿Tu hermana sabe que te quedaste con él [el sobrino que adoptó]?

Leticia: Sí, de hecho mi hermana firmó, delante de mí firmó. Yo esperaba que cuando le dijeran que yo lo estaba peleando en adopción que dijera «no, o esto o lo otro». Y no, firmó como si nada, pero lo que no me gustó que le dieron permiso de venir a verlo a él. Yo estoy en contra de eso, porque, digo yo, cada que ella viene... como que me lo desubica, y yo hasta eso que lo agarro a él y hablo con él, y le doy su coscorroniza también a veces, porque cuando recién llegó no te creas no que batallé. Verás que me hizo lo que no me han hecho llorar mis hijos, me hizo llorar él, porque él venía bien desubicado pues. Vivía en la Robledo, él llegaba a su casa... si le daban ganas de llegar a dormir llegaba y si no, no llegaba.

Así, se observan comportamientos distintos entre las entrevistadas en torno a la realización de una actividad productiva: Lucía trabaja por vocación y no tiene intenciones de dejar de hacerlo; Hilda y Julia trabajan por necesidad, pero también reconocen las ventajas que les brinda su trabajo en el plano extraeconómico (como la convivencia con otras personas fuera del ambiente doméstico); mientras que Natalia muestra una incorporación intermitente al trabajo remunerado según la situación económica del hogar. Diana y Pilar realizan actividades esporádicamente —esta última dentro de su vivienda—; mientras que Leticia en su

casa apoya a su pareja en uno de sus negocios, el de la venta de tacos, pues ella prepara las tortillas de harina.

c) Decisión en el número de hijos

En ambientes familiares caracterizados por la violencia, donde el trato del varón es autoritario o despótico, es común que el varón le niegue a la mujer el derecho de decidir no embarazarse, lo que las obliga a usar métodos anticonceptivos a escondidas (González de la Rocha *et al.*, 1990). Sobre este tema de la decisión de la mujer acerca del número de hijos que desea tener se observan comportamientos diferentes entre las entrevistadas, como se verá a continuación, en los que la edad de la mujer, así como su origen, parecen ser determinantes; como Diana, la mayor de las ocho mujeres, que nunca planeó el tamaño de su familia.

GOV: ¿A qué edad se casó?

Diana: Me casé a los 14 años y a los 15 nació el primer chamaco.

GOV: ¿Cuántos años tenía cuando nació el segundo?

Diana: Cada dos años tenía uno.

GOV: Los hijos que usted tuvo, ¿usted los planeó, estuvo de acuerdo su esposo para tener tantos hijos?

Diana: No. Yo era bien ignorante, no sabía ni qué, ni cómo [se rió]. Era bien ignorante, no sabía nada. Era bien ignorante... ni siquiera nada... nomás ya, ya estuvo, y ya... otro hijo. Era una ignorante, no platicaba, no tuvimos comunicación, no tuvimos... nada.

GOV: ¿Su esposo no le decía nada?, ¿si eran muchos o pocos hijos?

Diana: Nada, nada.

GOV: ¿Y su pareja qué dice de tantos hijos?

Diana: Nada, a él no le importa nada, no dice nada. No se preocupa por esto, no se preocupa por el otro, él anda. Pide comida y no sabe de dónde y él duerme.

Julia, igual que Diana, tuvo sus ocho hijos conforme se embarazó. Sin embargo, a diferencia de ellas, hay un grupo de mujeres que después de que nacieron sus hijos mayores (uno o dos de ellos) empezaron a usar métodos anticonceptivos, como Irma:

GOV: ¿Usted y su esposo planearon a todos sus hijos? O sea, ¿los tuvo cuando ustedes como pareja decidieron, cuando usted quiso o cuando quedó embarazada?

Irma: Pues de la primera no, pues. Y luego ya el segundo que es mi hijo, pues él... no sabía uno nada y... a los 3 meses me volví a embarazar que fue mi hijo, y ya me cuidé, y ya fue mi hija, pero de ella sí la planeamos, y ya de estos otros también.

GOV: ¿Y él estuvo de acuerdo en que se cuidara?

Irma: Ajá, sí, que me cuidara.

GOV: Pero, ¿él no le decía que no?

Irma: No, estábamos de acuerdo los dos.

El comportamiento reproductivo de Hilda y de Natalia es semejante al de Irma; Hilda después del nacimiento de su primer hijo recurrió al uso de métodos anticonceptivos –aunque no con los resultados que ella esperaba, pues tuvo dos hijos más–; mientras que los primeros tres hijos de Natalia llegaron sin ser esperados (los de 22, 19 y 18 años) y después hizo uso de varios métodos anticonceptivos, pero, igual que Hilda, quedó embarazada en dos ocasiones más (de su hija de 12 años y tiempo después de la más pequeña).

Pilar tuvo tres hijas, pero ella se cuidaba a escondidas de su esposo, según comentó: “Él quería seguir buscando el niño, pero yo me cuidaba sin decirle. Me decía: «Tú sólo sirves cada cuatro años», pero yo le dije: «si quieres más hijos búscalos afuera, aquí ya no»”.

Leticia planeó el nacimiento de todos sus hijos con acuerdo de su pareja en turno; Lucía igual, ella y su pareja decidieron que ya era tiempo de tener a su hija y actualmente utiliza métodos anticonceptivos y sólo desea tener otro hijo más. Así, mientras que las dos mujeres de más edad y ambas de origen rural (Delia y Julia) nunca se plantearon la posibilidad de decidir acerca del número de hijos que deseaban tener, las más jóvenes de origen urbano sí hacen uso de métodos anticonceptivos para controlar el tamaño de su familia.

d) Uso de recursos propios

A continuación se trata un tema que también está asociado con el poder: la influencia de los hombres en el destino de los ingresos generados por las mujeres. La importancia del tema reside en lo que al respecto declararon las mujeres entrevistadas frente a los hallazgos reportados para otros lugares del país, pues se ha documentado que, proporcionalmente, las mujeres destinan más recursos al hogar que los varones, o bien, que al ingresar a un fondo común, una fracción variable de dichos recursos pasa a manos de ellos (Benería y Roldán, 1992, González de la Rocha, 1994). Sobre el tema, en este trabajo sólo se hace alusión a las mujeres que generan ingresos y cuyo hogar es nuclear, es decir, donde hay un hombre que puede influir en el destino de sus ingresos, como en el caso de Lucía:

GOV: ¿Y tus ingresos?, ¿los gastas en la casa o es dinero para tus gastos personales?

Lucía: Pos es para mí; pero sí, a veces sí compro cosas para la casa, pero es porque yo quiero, él no me dice «mete el dinero» y esto, no.

GOV: ¿No te pide cuentas de lo que tú ganas?

Lucía: No, nada. Nunca sabe lo que gano, ni se lo pienso decir [riéndose]. Él sí me tiene que dar cuentas a mí, pero yo a él no.

De acuerdo con las declaraciones de Lucía, es evidente que ella no comparte sus ingresos con su pareja y los maneja ella sin intervención alguna de su esposo.

Pilar, por su parte, obtiene ingresos muy modestos de manera irregular de lo que cobra por poner inyecciones (diez pesos por inyección) y últimamente también de la ropa que cose para clientas de la colonia; sin embargo, su cónyuge no interviene en el uso del dinero que ella obtiene de sus actividades:

GOV: ¿Usted también coopera para el gasto de la casa?

Pilar: ¡Ah no! Nunca, yo uso todo mi dinero [se rió]. Él me dice, «tú no me convienes», porque... Sí le presto, por ejemplo ahorita que coso, me dice: «me prestas diez pesos», «Sí, pero me los vas a pagar», y que «me prestas esto». Y sí, sí me lo devuelve, si no, pobre de él.

Con los mil pesos que semanalmente recibe Leticia para sus gastos, destina 20 dólares para la gasolina de su automóvil, paga el abono mensual de una enciclopedia que ella decidió comprar para sus hijos, sus artículos personales, sus gastos de esparcimiento y también gasta en sus hijos. De las mujeres con pareja que obtienen ingresos propios, ya sea regular u ocasionalmente, Natalia es la única que utiliza todos los recursos que retiene del negocio para hacer frente a los imprevistos del hogar, pero ese dinero no es compartido con su esposo –al menos no en forma monetaria– ni es motivo de explicación de su uso.

En realidad, lo que destaca de los ingresos obtenidos por las cónyuges es la independencia que tienen para decidir el destino de su gasto sin intervención de sus cónyuges, lo que no niega que una fracción variable de dichos recursos se utilice en los demás miembros del hogar, como en el caso de Diana, cuyos escasos ingresos son en su totalidad para la manutención de su familia.

e) Uso del tiempo libre

La otra cara de la moneda del trabajo la constituye la disponibilidad y uso del tiempo libre dedicado a al descanso o al esparcimiento, ajeno a las labores productivas y domésticas. En general, las mujeres entrevistadas disponen de muy poco tiempo libre; su distracción es ver televisión o escuchar el radio una o dos horas diarias, aunque Irma lo hace mientras realiza las

tareas domésticas; Delia se dedica a descansar y a ver televisión; Hilda, por su parte, casi no dispone de tiempo libre, pues sólo los viernes por la tarde deja de trabajar.

GOV: ¿Cuánto tiempo libre te queda al día, después de la casa y del trabajo?

Hilda: No tengo tiempo.

GOV: Y para distraerte, ¿qué haces?

Hilda: Busco trabajo, me cae una comida, porque aparte hago comidas para fiestas, ahora que es el día de las madres tengo mucho trabajo.

GOV: ¿No descansas nunca?, ¿no te sientas a tomarte un café con una amiga?

Hilda: Sí, descanso los viernes, con mi papá a veces que nos tomamos unas cervecitas; bueno, él no, pero yo sí.

La doble jornada de Hilda le absorbe todo el día, por lo que no dispone de tiempo para ella, pues, como se mencionó, ella también realiza el trabajo doméstico sin ayuda alguna. Esta doble jornada no se observa en Julia –quien tampoco tiene pareja–, quien está más liberada de las tareas de limpieza y preparación de alimentos, por eso dispone de un poco de tiempo libre para descansar viendo la televisión o conviviendo con su familia.

GOV: ¿Qué hace usted en sus ratos libres?

Julia: Pues... me gusta la televisión. Poquito, pero casi no.

GOV: ¿Como cuántas horas ve televisión al día?

Julia: Uu no... bien poquito, o sea casi no. Cuando estaba una novela que era la me gustaba mirar... ahora no, no me llaman la atención.

Por otro lado, si bien Irma y Pilar se dedican al hogar, la primera dispone de menos tiempo libre que la segunda, pues su familia es más numerosa y ella hace todo el trabajo doméstico, mientras que Pilar sí se da tiempo para descansar:

GOV: ¿Usted no sale de visita por ejemplo con vecinas?

Pilar: No. No me gusta. Mis únicas salidas son de la casa a la escuela, de la casa al mandado, al sobre ruedas los domingos. No me gusta andar de casa en casa.

GOV: ¿Qué acostumbra hacer en su tiempo libre?

Pilar: Me gusta leer, me gusta mucho ver el programa de *Laura en América* y el otro ¿cómo se llama?, orita estamos viendo, nos sentamos todas a ver lo de *La vida es una canción* y *Lo que callamos las mujeres*.

Sólo dos entrevistadas del grupo de las mujeres unidas sí tienen por costumbre salir a distraerse fuera de casa, sin que ello esté asociado al trabajo productivo: Lucía y Leticia. Al respecto, Lucía comentó:

GOV: Me dices que de repente vas con tus amigas al cine o sales con ellas, ¿qué tan seguido sales?

Lucía: Cada tres semanas.

GOV: ¿Qué tan seguido salen en familia?

Lucía: ¿Los tres?

GOV: Sí, los tres.

Lucía: Como una vez por semana, o si no podemos, una cada dos semanas.

GOV: ¿Y a dónde van?

Lucía: A cenar, por lo general, pues es que al cine ya no podemos ir. Con la niña no se puede, y pues a bailar, tampoco, así que nomás a cenar.

A diferencia de Lucía, quien muestra que su esparcimiento está dividido entre el tiempo que pasa con su familia y el que le dedica a su vida social, Leticia cuando sale a distraerse fuera de casa lo hace sola:

[Refiriéndose a su pareja] ... porque no quiere salir, él quiere nomás su trabajo, trabajo y trabajo. Es raro cuando me dice «voy con mis amigos al billar», es raro; cuando me dice, casi casi lo estoy aventando pa' que se vaya. Casi lo empujo pa' que se salga, porque tú sabes que ocupas una distracción; porque yo le digo: «cuando yo dejo de ir a bailar, yo siento que me estoy asfixiando en la casa», y hasta mis hijos me dicen, mi hijo el mayor me dice: «amá vete a bailar, no has ido a bailar, ya tienes mucho que no vas». «Dices bien, me voy a largar», le digo, y me voy, busco amigas o mi comadre, es la que todo el tiempo me acompaña, y es con la que me voy, nos vamos a bailar. Le digo a mi esposo: «vamos ir a bailar, ¿no vas?», «no, aquí me quedo» o «me vo'ir a trabajar», «ah bueno».

Leticia también comentó que son raras las ocasiones cuando salen todos juntos a pasear, pues su cónyuge generalmente está trabajando incluso los fines de semana; sin embargo, ella sí sale con sus hijos, pues mencionó que ocasionalmente los lleva al cine o al parque, como la semana anterior a la entrevista, en que los había llevado al bosque de la ciudad para festejarles el día del niño.

De los comportamientos observados a través de los relatos de las mujeres, es claro que el descanso y el esparcimiento se realiza cuando disponen de tiempo, aunque en la mayoría de ellas son actividades dentro de la vivienda –en parte porque la situación económica del hogar no permite salir–, pues sólo Leticia y Lucía salen ya sea solas o en familia, pero su situación es más desahogada que la del resto. En este sentido, la selectividad en el tipo de esparcimiento está dada por la disponibilidad de recursos –tiempo y dinero–, pues las mujeres de los hogares más pobres (Delia, Irma, Natalia, Julia y Pilar), estén unidas o no, descansan o se distraen realizando actividades en sus casas; mientras que en aquellos hogares en donde se dispone de un poco más de recursos económicos (Hilda, Leticia y Lucía), sólo las mujeres que viven con pareja tienen tiempo y dinero para salir de casa a distraerse con o sin su familia, pues la doble jornada de Hilda sólo le permite descansar un rato los fines de semana.

6.2. Resultados del empoderamiento femenino

Una vez que se han presentado los comportamientos de las mujeres en relación con las dimensiones de los dos ejes del empoderamiento aquí utilizados (roles domésticos y autonomía), el cuadro 6.1 muestra la ubicación que mejor describe las prácticas de las mujeres en el *continuum* de indicadores para cada una de las dimensiones consideradas en ambos ejes. Con el propósito de distinguir los indicadores correspondientes a cada tipo, en el cuadro en cuestión aparecen sombreados los indicadores que correspondientes al tipo 2 –o tipo central– de ambos ejes de análisis. Así, las prácticas de las mujeres cuyos nombres están en los recuadros antes de los sombreados se ubican en el tipo 1 de cada eje, los nombres que están después de los recuadros sombreados corresponden a las mujeres con perfiles del tipo 3, mientras que quienes están en las áreas sombreadas muestran comportamientos del tipo 2.

En el cuadro 6.1 se observa que, en lo que a trabajo doméstico se refiere, las prácticas de las entrevistadas muestran un comportamiento mayormente del tipo 1 (tradicional autoritario), mientras que en el resto de las dimensiones consideradas tienden a agruparse en el tipo 2 (tradicional no autoritario), con excepción de una actividad que se perfila en el tipo 3 (democrático), aunque en realidad es un comportamiento esperado, pues diversos estudios han documentado que las compras menores –como alimentos y otros satisfactores básicos– son ámbitos de decisión predominantemente femeninos.

En contrapartida, el tipo 3; es decir, el menos tradicional, está prácticamente vacío en los rubros de trabajo doméstico –si se excluye a Julia, cuyas prácticas no reflejan las llevadas a cabo cuando estaba unida– y en el de trato con los hijos, lo que implica que si bien no hay diferencias entre hijos e hijas, la participación del hombre en la crianza de la prole es mucho menor que la correspondiente a la mujer (v. cuadro A6.3 para la descripción de los indicadores correspondientes al tipo 2 de los roles de género en el ámbito doméstico).

En lo que se refiere a las dimensiones de autonomía, una primera característica es que las mujeres también tienden a concentrarse en el tipo 2; sin embargo, en general, hay una mayor presencia de ellas en el tipo 3 en comparación con el desempeño de sus roles domésticos.

Cuadro 6.1. Ubicación de las mujeres en el *continuum* de cada dimensión de los ejes de análisis del empoderamiento.

Indicador del <i>continuum</i> de la dimensión ¹	Dimensiones de los roles de género en ámbito el doméstico					Dimensiones de la autonomía				
	Limpieza del hogar	Preparación alimentos	Crianza hijos	D.gastos menores	D.gastos mayores	Libertad de mov.	Decisión de trab.	Decisión núm.hijos	Uso rec. propios	Tiempo libre
1	Diana Irma Hilda Lucía	Diana Irma	Diana		Julia		Irma	Diana Julia		Irma Hilda*
2	Pilar	Pilar Lucía Natalia	Natalia		Natalia		Pilar	Pilar		Diana Julia* Natalia Pilar
3	Natalia Leticia	Hilda* Leticia	Pilar Julia Hilda Leticia Irma	Pilar	Irma Lucía Hilda	Diana Hilda Irma Julia Leticia Lucía Natalia Pilar	Diana Leticia Lucía	Hilda Irma Leticia Lucía Natalia	Diana Natalia	
4	Julia*	Julia*		Diana Irma Julia Leticia Hilda Lucía Natalia	Leticia		Hilda Julia Natalia		Hilda Leticia Lucía Pilar	Leticia Lucía
No aplica o no especificado			Lucía		Diana Pilar				Julia Irma	

Fuente: Elaboración propia con información de las entrevistas realizadas en la Colonia Hidalgo, Mexicali, 2005.

¹ Estos números corresponden al último dígito de cada uno de los indicadores de las dimensiones del cuadro A6.1 (en las columnas de este cuadro).

* Corresponde a su situación actual y no al periodo en que vivieron con pareja.

Por otro lado, hay dos actividades de tipo 3 que están en blanco: libertad de movimiento y la toma de decisiones de la mujer en el número de hijos; sin embargo, estas ausencias lo que evidencian es el deseo de las mujeres de no generar conflictos con sus cónyuges, puesto que ellas no condicionan su libre movimiento a la voluntad del hombre (aunque sí le notifiquen de sus salidas); además, manifiestan la búsqueda de consenso con su pareja en lo que se refiere al tamaño de la familia, al menos en aquellas ubicadas en el tipo 2. Asimismo destaca que no hay términos medios entre las entrevistadas en cuanto al uso del tiempo libre, pues su prácticas están concentradas en el tipo 1 y no hay comportamientos en el tipo 2, pero sí dos casos en el tipo 3 (v. cuadro A6.6 para de descripción del tipo 2 de autonomía).

Con el propósito de tener un resumen de las prácticas de cada una las mujeres, a la vez que su posición relacional, se elaboraron los cuadros A6.8 y A6.9 (ver anexo), correspondientes a cada uno de los ejes del empoderamiento aquí considerados. En dichos cuadros, los valores más altos corresponden a posiciones más altas de empoderamiento en relación con el resto de las entrevistadas en el eje correspondiente (relaciones de género en el ámbito doméstico y en el individual o autonomía).

Una primera característica que se observa en los cuadros A6.8 y A6.9 es que todas las mujeres muestran prácticas que se ubican en dos o más tipos en ambos ejes, es decir no hay una correspondencia exacta entre comportamientos y tipos; sin embargo, en lo que a roles domésticos se refiere (cuadro A6.8), se observa que la mayoría de las mujeres unidas sólo registra un indicador en el tipo 3, que es la toma de decisiones en los gastos menores, lo cual no es novedad, pues, como se mencionó, es un ámbito de decisión que en México tradicionalmente ha sido femenino.

Así, en relación con los roles domésticos de las mujeres unidas, Diana y Pilar son las que presentan mayor subordinación de las seis, aunque más intensa en la primera que en la segunda; mientras que Natalia e Irma, aunque con características diferentes –pues la primera realiza una actividad productiva mientras que la segunda no–, presentan un puntaje igual. Lucía ocupa la quinta posición, y la última corresponde a Leticia, quien no sólo es la menos subordinada de las mujeres unidas, sino de las ocho entrevistadas. Por su parte, los resultados de Hilda y Julia sugieren que el haberse separado de sus cónyuges se ha traducido en una posición mejor en términos de sus roles domésticos en relación con sus contrapartes, es decir, las mujeres unidas –con excepción de Leticia (v. cuadro A6.8 en el anexo).

En cuanto a la posición que entre ellas guardan las mujeres en el ámbito de su autonomía (cuadro A6.9), destaca que esta dimensión tiene un comportamiento un poco diferente del anterior (roles de género en el ámbito doméstico), pues el orden se altera, y las diferencias están menos diversificadas, ya que en el eje correspondiente al ámbito doméstico se obtuvieron siete puntajes (o posiciones) diferentes mientras que en autonomía sólo resultaron cinco.

Así, las mujeres que tienen menos control sobre sus vidas son: Irma, seguida por Julia y en tercer lugar por Diana y Pilar; por su parte, Natalia e Hilda ocupan la cuarta posición; mientras que Lucía y Leticia son las mujeres que gozan de más autonomía de las ocho. Estos resultados sugieren que la autonomía no está claramente asociada a la realización de actividades productivas, pues Julia, Natalia e Hilda no son las más autónomas –y las tres realizan actividades productivas fuera de casa–; tampoco indica que el hecho de no estar unidas les represente a las mujeres un mayor control sobre sus vidas, pues mientras que Hilda sí es de las más autónomas (superada sólo por Leticia), Julia obtuvo un lugar inferior al de Hilda y al de otras mujeres unidas, como Diana y Pilar (v. cuadro A6.9 en el anexo).

En contrapartida, las mujeres que gozan de mayor autonomía, Lucía y Leticia, ambas están unidas; la primera trabaja la mayor parte del día en actividades productivas realizadas en casa (pues la estética está en su vivienda); mientras que Leticia destina más tiempo a las actividades domésticas, lo cual no permite identificar un perfil claro que se asocie a esta dimensión del empoderamiento.

En relación con las dos mujeres separadas, en general, Hilda es más autónoma que Julia, esto porque la primera jugó un papel más activo en la determinación del tamaño de su familia, aunque cabe mencionar que también en el proceso de separación, pues si bien en ambos casos el motivo fue el mismo (infidelidad del marido), Hilda tomó la decisión de separarse mientras que a Julia la dejó su esposo. Esto último, si bien no está considerado en la valoración, ha resultado en comportamientos diferentes: Hilda disfruta su autonomía y a Julia le pesa, pues aún no puede asumir su nueva situación de jefa de familia. Sin embargo, cabe destacar dos diferencias más entre Hilda y Julia: la primera es 13 años menor que la segunda; además, nació y se crió en un medio urbano, a diferencia de Julia, quien llegó hace 14 años procedente de un pueblo de Guanajuato, cuando ya todos sus hijos habían nacido.

El cuadro 6.2 muestra los puntajes y las posiciones de las entrevistadas en los dos ejes y la síntesis de estos. Al comparar las posiciones o rangos de cada una de las mujeres en ambos ejes, se observa que, en general, coinciden o sólo se mueven una posición, con excepción de Diana –que se mueve dos lugares– y de Julia –que se mueve cuatro–, lo que sugiere que, en general, las dos manifestaciones del empoderamiento se relacionan entre sí. Sin embargo, hay más variación entre las mujeres que ocupan las posiciones inferiores que en las superiores, lo que sugiere que hay una menor correspondencia en la diada roles domésticos-autonomía en las mujeres que ocupan las cinco posiciones inferiores.

Cuadro 6.2. Posición de las mujeres en ambos ejes del empoderamiento.

Eje 1. Roles domésticos			Eje 2. Autonomía			Resumen de empoderamiento		
Posición	Nombre	Puntaje	Posición	Nombre	Puntaje	Posición	Nombre	Puntaje ¹
1	Diana	6	1	Irma	6	1	Diana	14
2	Pilar	7	2	Julia	7	2	Pilar	15
3	Irma	9	3	Diana	8	2	Irma	15
3	Natalia	9	3	Pilar	8	3	Julia	19
4	Lucía	8	4	Natalia	11	4	Natalia	20
5	Hilda	11	4	Hilda	11	4	Lucía	20
6	Julia	12	5	Lucía	12	5	Hilda	22
7	Leticia	13	5	Leticia	12	6	Leticia	25

Fuente: Elaborado con la información de los cuadros A6.8 y A6.9 del anexo.

1 Es la suma de los puntajes obtenidos por cada mujer en ambos ejes.

Al considerar en conjunto los dos ejes del empoderamiento aquí analizados (última columna del cuadro 6.2) se obtiene una clasificación de seis posiciones diferentes, en donde Diana es la más desempoderada, seguida por Irma y Pilar, aunque cabe destacar que no obstante que el puntaje final de ambas es igual, entre ellas hay diferencias, pues Pilar es más autónoma que Irma, y si esta última obtuvo nueve puntos en el ámbito doméstico –dos más que Pilar–, es porque a Pilar sólo se le consideraron cuatro dimensiones y no cinco (como a Diana, pues las decisiones en gastos mayores no se registraron porque en estas unidades domésticas no se realizan dichos gastos).

En términos de empoderamiento, Julia, Natalia y Lucía ocupan los lugares centrales, aunque el puntaje de Lucía también está incompleto, pues a ella no se le valoró la dimensión de la crianza de los hijos, ya que ella y su pareja apenas se inician en sus nuevos roles de madre y padre. Finalmente, Hilda y Leticia son las más empoderadas de este grupo de ocho

mujeres. En la siguiente sección se analizan dichos resultados a la luz de algunas las características de estas mujeres.

6.2.1. Hacia la comprensión de los resultados del empoderamiento femenino

Un primer paso hacia la comprensión del empoderamiento de las mujeres entrevistadas es analizar la posición que ocupa cada una de ellas entre sí a luz de las características sociodemográficas individuales que los estudios sobre el tema han asociado a posiciones más –o menos– favorables en relación con el hombre, como la escolaridad y la condición de ocupación (ver cuadro 6.3). En este sentido, llama la atención que las mujeres de mayor edad (40 años y más) están entre las menos empoderadas –Diana y Julia, la primera realiza una actividad productiva ocasional y la segunda permanente– y también entre las más pobres; resultados que confirman los hallazgos reportados por Oliveira (2000). En sentido opuesto, las mujeres más empoderadas dentro del grupo son las más jóvenes (*i.e.* menores de 40 años) y que desempeñan de manera permanente una actividad productiva –salvo Leticia sólo le dedica una o dos horas diarias.

Cuadro 6.3. Empoderamiento, bienestar y algunas características de las mujeres.

Nombre	Características actuales					Hogar de origen		
	Empodera- miento*	Pobre- za*	Edad	Escolari- dad	Actividad Product.	Origen	Ambiente familiar	Pobreza
Diana	1	8	64	1° primaria	Ocasional	Rural	Tradic./violento	Extrema
Pilar	2	5	43	C.técnica	Ocasional	Urbano	Tradicional	Severa
Irma	2	7	43	Prim.comp.	No	Rural	Tradicional	Extrema
Julia	3	4	51	1° primaria	Sí	Rural	Tradicional	Extrema
Natalia	4	6	37	2° secund.	Sí	Urbano	Tradicional	Extrema
Lucía	4	3	23	C.técnica	Sí	Urbano	No tradicional	Moderada
Hilda	5	2	38	Lic incomp	Sí	Urbano	Tradic./violento	Moderada
Leticia	6	1	37	2° secund.	Parcial	Urbano	No trad./violento	Severa

Fuente: Elaboración propia con información proporcionada por las mujeres entrevistadas.

* Se refiere a la posición que guardan entre sí. La posición de pobreza es la jerarquía invertida del bienestar.

2 El orden en la intensidad de la pobreza, de mayor a menor, es: extrema, severa y moderada.

En relación con el logro de estudios –i.e. la escolaridad–, no parece que esta característica se asocie claramente con el empoderamiento. Así, por ejemplo, Julia y Diana cursaron sólo primero de primaria, pero la segunda está más desempoderada que la primera; Pilar, quien culminó una carrera técnica (comercio), ocupa una posición de menor empoderamiento que Natalia, quien no terminó la secundaria. De igual manera, tanto Leticia como Natalia sólo terminaron el segundo año de secundaria, pero la primera goza de una mejor posición en sus relaciones de género que la segunda (v. cuadro 6.3).

Por otro lado, la pobreza y el empoderamiento femenino mantienen una evidente relación inversa, pues Lucía, Hilda y Leticia son las mujeres que ocupan los lugares más altos en lo que a empoderamiento se refiere y los más bajos en pobreza, mientras que Diana e Irma están en la situación opuesta. Estos resultados indican que si bien los estudios en nuestro país han encontrado que en los hogares pobres las relaciones entre géneros son menos igualitarias que en los sectores medios (García, 1998), dentro del grupo de hogares pobres –al menos de las mujeres entrevistadas– hay matices cuya comprensión va más allá de sus condiciones materiales de existencia. De esta forma, si bien algunas características individuales –como la edad y el lugar origen (urbano o rural)– ayudan a entender las diferencias en el empoderamiento de las mujeres entrevistadas, no son suficientes, ya que hay otros ámbitos de sus vidas que tienen una influencia decisiva en su situación actual. A continuación se hace alusión a cuatro de ellos: la familia de origen, sus relaciones de pareja, las normas y valores socialmente aceptados, y su capacidad transformadora o agencia.

a) Familia de origen

Además de los factores mencionados, hay otros elementos que influyen en las relaciones de género de las entrevistadas. Oliveira destaca que “la pertenencia de clase, vista por medio de las condiciones económicas prevalecientes en las familias de origen durante los años formativos, también puede tener influencia sobre las actividades y las relaciones de género que las mujeres establecen durante la vida adulta” (Oliveira, 2000: 152). Aquí, sin embargo, además de las condiciones económicas, lo que se desea destacar son las relaciones familiares

en el hogar de origen de las entrevistadas, pues son comportamientos aprendidos que posteriormente ellas reprodujeron en la familia que formaron.

En primer lugar, destaca que las mujeres procedentes de un ambiente rural presentan posiciones de menor empoderamiento que aquellas que siempre se han desenvuelto en un medio urbano, con excepción de Pilar (v. cuadro 6.3). En cuanto a las condiciones económicas del hogar de origen de las entrevistadas, se observa que éstas parecen influir tanto en la situación de pobreza actual como en el empoderamiento de las mujeres, pues tres de las cuatro mujeres más pobres proceden de hogares que vivieron en condiciones de pobreza extrema, lo que parece indicar que hay una reproducción generacional de la pobreza. Aunque cabe mencionar que –a pesar de la precariedad de algunas de las unidades domésticas de las entrevistadas–, en comparación con sus hogares de origen, la totalidad de las mujeres presentan una mejoría en sus condiciones materiales de vida.

En lo que se refiere a la influencia del ambiente familiar del hogar de origen en la situación actual de las mujeres, la información del cuadro 6.3 muestra de manera clara que éste se asocia con el empoderamiento de las mujeres y con su pobreza actual. Así, Diana, Pilar, Irma, Julia y Natalia son las menos empoderadas y todas proceden de hogares cuyas formas de organización se encuadran en el “modelo tradicional” o “patrón de dominación patriarcal”, con el agravante de que Diana, además, padeció violencia física.

GOV: Cuando los regañaban, ¿quién los regañaba?, ¿su mamá o su papá o los dos?

Diana: Los dos eran... pero más mi mamá, y yo saqué lo mismo y ora me arrepiento ¿me entiende?

GOV: ¿Cómo que sacó lo mismo?

Diana: Sí, pos maltratar a mis hijos, yo también les pegaba. Sería por la desesperación, por la pobreza o... no sé, pero yo también y ora estoy arrepentida.

Hilda, por su parte, reprodujo en su relación matrimonial los comportamientos de su madre en la forma como se administraban los recursos, así como los comportamientos de sumisión que Hilda manifestó durante su infancia y adolescencia ante el autoritarismo de su padre:

GOV: ¿Tu mamá trabajaba?

Hilda: Mi mamá no, no. En el hogar y lo mismo que yo, que vendiendo que... «¿no se ofrece nada?», que vende joyería, que productos y que eso. A eso nos dedicábamos; yo también me dedicaba antes a vender cosas.

GOV: ¿Quién decidía cómo se distribuía el gasto?, ¿iban juntos al mercado o tu papá le daba el dinero a tu mamá?

- Hilda: Mi papá nunca le dio dinero a mi mamá. Siempre, siempre, no sé. Era el hábito de pedirle «y dame para esto», y «dame para esto», pero tenía que decir el «para esto».
- GOV: O sea, tu mamá no administraba dinero.
- Hilda: No, no, no, él nomás. [Su mamá] hacía cundinas, pues de ahí también nos solventaba la carrera.
- GOV: ¿Cómo era la relación con tu esposo?, por ejemplo ¿tú le tenías que pedir permiso para salir o tenías libertad de movimiento?
- Hilda: Es que lo que pasó ahí, es que más bien ya son hábitos, o sea «apá, ahorita vengo voy con fulanita» o «voy al mercado», y ya con él también fue: «ah, ahorita vengo, que voy allá», y llegaba y «voy con mi mamá» y «voy para allá».
- GOV: O sea, ¿lo empezaste a tratar como te portabas con tu papá?
- Hilda: Yo creo que sí, ajá. Yo pienso que ahí era... era como tomarle parecer en todo, en todo. Hasta cómo se me ve el vestido o los zapatos. Yo creo que tal vez lo involucre también en algo que tal vez no debía ser.
- GOV: Pero, ¿tenías libertad de movimiento, tú podías ir y venir a donde quisieras?
- Hilda: Pues siempre diciendo como te digo.
- GOV: Una cosa es avisarle y otra cosa es pedirle permiso, una cosa decirle: «¿sabes qué?, ahorita vengo voy con la vecina o a donde sea» y otra cosa es decirle «¿me dejas?», «¿puedo?»
- Hilda: El «puedo» más bien.
- GOV: ¿Puedo?, ¿era de «puedo»?
- Hilda: Era de «puedo», ajá.
- GOV: ¿Cómo organizaban el gasto cuando estabas casada?, ¿él te daba dinero diario o semanalmente o él pagaba?
- Hilda: No, igual [que su papá], él pagaba todo. Igual, la misma historia, él pagaba todo.

La práctica de Hilda de allegarse dinero adicional para sufragar sus gastos personales también es reproducción de comportamientos aprendidos en su hogar de origen: su madre no administraba el dinero del gasto del hogar, pero vendía joyería de fantasía o productos diversos y organizaba cundinas (tandas) para cubrir sus necesidades personales y pagar los gastos de la escuela de sus hijos, igual que Hilda lo hizo durante el tiempo que estuvo unida.

Por su parte, Pilar también reproduce en sus hijas el trato que recibió de su abuela, pues ella no tenía obligación de ayudarla con el trabajo doméstico, como dijo: “No las pongo por obligación, más bien las pongo para que se vayan enseñando porque a mí nunca me pusieron, será por eso que yo nunca las he puesto, así, que sea una obligación. Para mí una obligación es la más es que estudien, es la única obligación”. Las tareas domésticas que eventualmente Pilar impone a sus hijas son más una manifestación de su labor de socializarlas a la domesticidad que de la imposición del trabajo doméstico, como ocurrió con ella cuando era niña.

El ambiente familiar en el hogar de origen también ayuda a comprender la relación que mantienen las mujeres con sus parejas. Así, por ejemplo, para comprender por qué Natalia y

Leticia, a pesar de sus similitudes (ver cuadro 6.3), juegan roles de género muy diferentes, es necesario recurrir a las conductas aprendidas en la familia en que crecieron. Al respecto Natalia comentó:

GOV: Cuando usted vivía con sus papás ¿Quién tomaba las decisiones importantes?

Natalia: Pos yo creo mi apá [riéndose].

GOV: ¿Y los gastos de la casa quién los manejaba?

Natalia: Mi apá.

GOV: ¿Cómo se llevaban sus papás?

Natalia: Pues regular, muchas veces se peleaban así pues, mi apá era bien gruñón.

GOV: ¿Y su mamá?

Natalia: No pos por otro lado.

GOV: ¿Entonces era más bien de pleitos la relación entre ellos?

Natalia: No, no. No todo el tiempo, mi apá sí se enojaba, o sea, si nos miraba en la calle: «ya están en la calle», la regañaba a mi amá, no sé. O si mi amá regaba: «ya estás con tu charquero».

GOV: ¿Su mamá le pedía su opinión a su papá?

Natalia: No, porque... ira... si salíamos, le decíamos: «amá, ahorita venemos», «ánde le pues», y pos nomás mirábamos que ya venía mi apá y nos regresábamos para acá.

Del relato de Natalia emerge una figura paterna dominante que prefería mantener a la familia confinada en la vivienda; además, en el capítulo anterior se transcribió el segmento de la entrevista con Natalia donde ella narra cómo los celos de su padre fueron el motivo por el cual ella dejó de estudiar (más adelante se transcribe otro segmento de la entrevista con Natalia en donde se observa que la relación con su pareja es semejante a la que tenían sus padres, aunque ella considera que mantiene una buena relación con su esposo, incluso mejor que la de sus padres).

Las relaciones familiares en el hogar de origen es una diferencia entre Natalia y Leticia, pues mientras que la familia de origen de Natalia era de tipo tradicional autoritario, en la de Leticia la madre era la parte dominante, según comentó:

GOV: ¿Cómo se llevaban tus papás?

Leticia: Pos fijate que yo a mis papás nunca los miré pelear, siempre se la llevaron bien.

GOV: ¿No discutían?

Leticia: No, tampoco. Yo nunca los miré pues. [...] Yo me acuerdo que mi mamá le decía a mi hermano el mayor, «llévame a la Robledo». ¡Ah! y le decía a mi apá: «allá me voy a quedar dos días», porque pos estaban de paracaidistas mi hermana, pos se quedaba con mi hermana. Y yo decía «qué concha de mi amá», decía yo entre mí, decía: «qué concha de mi amá, dos días, ¿y mi apá qué?», mi amá nomás se iba y decía: «le hacen lonche a tu papá, pa' que se vaya a trabajar, le alistan la ropa y le hacen lonche», como si nosotros fuéramos las esposas de mi apá pues.

GOV: Cuando estabas en casa de tus papás, ¿quién tomaba las decisiones importantes?

Leticia: En la casa mi mamá [riéndose].

GOV: ¿Tu mamá era la que llevaba la batuta?

Leticia: Sí, mi mamá todo el tiempo.

GOV: ¿Por qué dejaste de estudiar?

Leticia: Dejé de estudiar porque se murió mi papá, precisamente por eso [...] y había más hermanos míos, y para que los demás terminaran la secundaria; [...] más bien mi amá nos distribuyó a trabajar, pues éramos muchos.

Además de que Natalia y Leticia presentan el mismo perfil en edad, escolaridad y lugar de nacimiento, también tienen otras características en común: el hogar de origen de ambas era numeroso y las dos crecieron en un ambiente de privaciones, ambas fueron madres a los 16 años y las dos formaron hogares reconstituidos. La situación económica en el hogar de origen estas dos mujeres fue muy difícil, pues el padre de Natalia limpiaba un mercado y allí le regalaban alimentos que llevaba al hogar o vendía en una carreta, mientras que su madre se dedicaba al hogar (integrado por nueve personas); por su parte, el padre de Leticia era albañil y su madre también se dedicaba al hogar (integrado por 16 personas). Así, a pesar de sus similitudes, son las diferencias en las relaciones entre los padres en el hogar de origen de Natalia y de Leticia las que ayudan a comprender las diferencias observadas en términos de empoderamiento.

De las seis mujeres unidas que fueron entrevistadas, Lucía y Leticia son las que mantienen relaciones de menor subordinación; sin embargo, en el caso de Lucía eso no sólo es atribuible a su origen urbano, su juventud y/o a su escolaridad, sino también a que su madre no sólo no era sumisa, sino que también era quien tomaba las decisiones –igual que la madre de Leticia–, según ella misma reconoció:

GOV: ¿Quién tomaba las decisiones más importantes en tu casa? ¿Quién era el jefe del hogar?

Lucía: Mi mamá.

GOV: ¿Tu mamá trabajaba?

Lucía: No.

GOV: Y tu mamá era la que... (no dejó terminar la pregunta)

Lucía: Ajá.

GOV: ¿Ella decidía lo que se hacía, cuándo se hacía y cómo se hacía?

Lucía: Casi siempre.

GOV: ¿Casi siempre?, ¿y tu papá no se quejaba?

Lucía: No, dice que él vive feliz. Él dice que entre menos responsabilidades mejor. Todas quisiéramos, ¿verdad?, tener un esposo así.

Lucía es la mayor de tres hijos, su padre siempre ha trabajado como chofer (antes trailero y ahora taxista) y su madre, igual que la de Leticia, nunca ha desempeñado actividad productiva alguna. Así, a pesar de las diferencias de escolaridad y de edad entre Leticia y

Lucía –14 años–, ambas tienen en común que sus madres, sin ser proveedoras de recursos económicos, eran las jefas *de facto* en el sentido de autoridad y poder de decisión, situación que se reproduce en sus hogares actuales.

Una diferencia de edad menor que la que hay entre Lucía y Leticia corresponde a la existente entre esta última y Pilar (37 y 43 años respectivamente), ambas son de origen urbano; sin embargo, Pilar, a pesar de tener mayor escolaridad que Leticia, fue criada por sus abuelos, en un hogar patriarcal tradicional, en el que la autoridad y poder de decisión recaía completamente en la figura masculina, de ahí que Pilar –aunque su posición en el hogar no sea de total sumisión– tenga interiorizado un rol más tradicional que Leticia. Así, es clara la importancia del hogar de origen en las relaciones de género que mantienen las mujeres en su hogar actual.

b) Relaciones de pareja

Cabe reconocer que los hombres también tienen un papel importante en la posición de subordinación de las mujeres y en la manera como las relaciones de género se manifiestan en las relaciones conyugales y en los conflictos entre la pareja. Sobre el tema del conflicto hay diferencias muy marcadas en las relaciones de pareja que mantienen las mujeres entrevistadas, en las cuales también influyen sus concepciones acerca de la vida matrimonial, especialmente de la maternidad. En el hogar de Diana, por ejemplo, los motivos de los conflictos y de la violencia son el alcoholismo de su esposo y el no cumplimiento del rol esperado de proveedor.

GOV: ¿Cómo creía que iba a ser su vida de casada?

Diana: Yo creía que iban a acabarse las chingas que me daban, pero no, resultó peor.

GOV: ¿Cuáles han sido los principales problemas que le ha traído su matrimonio?

Diana: ¡Uu...! Yo siempre he trabajado y mi esposo nunca... Muy borracho... siempre, desde muchacho, bien borracho, y como le digo, no sé cómo he sobrevivido yo [...] Tengo que darle yo comida, tengo que ponerle la cuchara, tengo que ponerle la sal, tengo que servirle y él puro dormir, no quiere saber nada. Y vienen las cuentas de la casa y él no sabe nada. En veces no hay comida y yo tengo que lavar los trastes, tengo que barrer y que limpiar y todo, y nadie me ayuda oiga. Nomás quiere el taco y se duerme, o se va a pasear y en veces viene un poco borracho, ¿y yo qué? Es que no l'importo.

En el hogar de Irma los conflictos también son motivados porque su esposo es bebedor; sin embargo, a diferencia de Diana, su esposo sí aporta recursos al hogar, además de que él evita el enfrentamiento y la discusión:

- GOV: ¿Cuáles cree usted que han sido los principales problemas que ha tenido en su matrimonio?
- Irma: Que él toma.
- GOV: ¿Toma mucho?
- Irma: Pues ahora que trabaja pues ya no tiene tiempo, pero sí, su tomada, y no nos ofende, no nos dice nada pero a mí me... No me gusta verlo tomar. [Toma cerveza] cada 8 días. Sí, el día que descansa. Como trabaja nada más hasta el viernes, entonces ese día o el sábado, sábado y domingo.
- GOV: ¿Toma aquí en la casa o sale con sus amigos?
- Irma: Aquí.
- GOV: ¿Toma mucho entonces?
- Irma: Pos, ni es mucho, nomás que como ya le gana, yo creo, la cerveza a él... Unas seis caguamas, se queda dormido, pero ¡ay! a mí se me... Más antes no, lo consentía y todo, y ahora no, me da mucho coraje verlo tomar.
- GOV: ¿Y porqué antes no era así señora?
- Irma: Yo creo tenía paciencia o no sé, y ahora... todo me molesta, todo me molesta.
- GOV: ¿Y con su marido discute?
- Irma: No. Nomás cuando toma, pero él dice: «¿te estoy molestando en algo?, ¿te estoy ofendiendo?», así me dice porque yo le reclamo. Dice «si no te estoy diciendo nada». Así es que... «Te estoy ofendiendo, te estoy molestando en algo, te digo algo», y ya, pues sabe que ya con eso, «no, pos no», ya ni para qué decirle algo.
- GOV: Entonces casi no discute usted con su marido.
- Irma: Pues cuando toma... ¡No!, y ya me..., porque mis hijos dicen: «vieras qué mal me siento que le estés reclamando, eso hubiera sido desde el principio no hasta ahora», «está bien, ya no le digo nada», se enojan porque... Uno, el que está enfermo, él lo defiende mucho, y los demás dicen «ya para qué le reclamas si todo el tiempo ya lo conocistes que así le gusta tomar», y pues ya mejor me quedo así [hizo señas de callada]. Le hago mala cara y le doy comida o no le doy a veces, porque sí, ¿viera cómo me ha cambiado el carácter?, yo me imagino que ya la edad, no sé... ¿verdad que sí?

La situación económica del hogar de Irma no es motivo de conflicto abierto entre la pareja, pues su pobreza es menor que la que ella padeció durante su infancia; sin embargo, tener que hacer rendir el dinero que su esposo le da sí le ocasiona estrés, pues implica una presión para ella, a la que se añade la constante preocupación por la salud de su hijo y su inconformidad por la frecuente bebida de su esposo. No obstante, en su relato destaca que los recursos de su pareja para evitar discusiones con ella y continuar con su estilo de vida son argumentos que Irma no ha encontrado la forma de rebatir —a los que se suma el desconcierto de sus hijos por el cambio de actitud de Irma respecto de la bebida de su esposo—, lo que hace

que ella se doblegue ante una situación que ha dejado de tolerar, como se observa en la transcripción anterior.

En el caso de Pilar, cuyo marido también es bebedor, no hay conflictos ocasionados por la bebida, sino más bien por las diferencias de caracteres y, según declaró, es muy raro que discutan pues su pareja –como el marido de Irma– no se presta para ello. Al respecto Pilar comentó:

Casi no discutimos, yo soy la que grita y dice cosas, pero él sólo me oye y no dice nada. Yo soy más desesperada, yo quisiera que las cosas se hiciera cuando digo ya, ¡ya!, y él no, él como que la vida la mira más... calmada. Ya con el paso de los años, pos ya son veinte años conviviendo con él, y yo como que ya... pero todavía no me acoplo a su forma de ser de que él es bien calmado.

Además, cabe mencionar que Pilar se considera a sí misma una persona feliz, y está satisfecha con la vida que lleva, jugando su rol tradicional de esposa-madre-ama de casa, y dejando la responsabilidad de la manutención de la familia en manos de su marido, pues, como ella mencionó: “eso es exclusivo para la comida. Los demás gastos él los paga, él sabrá”, en alusión a los cien pesos diarios que él le entrega y refiriéndose a cualquier otro gasto no alimentario que surja en el hogar, ocasiones en las cuales ella le presta o simplemente le comunica a su esposo y “él le busca”.

Los conflictos de Natalia forman parte del *modus vivendi* con su pareja, pues, más que conflictos, la dinámica de la pareja gira en torno al afán de estarse molestando mutuamente por nimiedades.

GOV: ¿Se pelea con su esposo?

Natalia: Sí. Pues sí hay regañones, pleitos así, pero... que nos dejemos así, no.

GOV: ¿Se llevan bien?

Natalia: Sí. Será como la canción, «ahora lo aguanta» [riéndose].

GOV: Y cuáles son las principales satisfacciones que le ha traído su matrimonio?

Natalia: Estarlo aguantando oiga [riéndose].

GOV: ¿Y por qué son los pleitos entre usted y su marido señora?

Natalia: Pos sale con que, «apúrate», o que «cuándo va a terminar la novela de las 2», le digo: «ahorita en cuanto se acabe la novela me meto a bañar», o algo así.

GOV: Pero, ¿no hay pleitos por cosas más serias?

Natalia: No.

GOV: ¿No?, ¿nomás por estarse fastidiando?

Natalia: Sí. Como tengo un nieto: «nana, ven, quiero agua», «pos ven acá», y luego sale [su esposo] «dile a tu nana que haga tortillas, ándale», «nana quiero tortillas», «tú y tu tata cómo joden» le digo [riéndose], o así pues se la llevan. Luego en veces dice el niño: «nana, dice mi tata que quiere *hot cakes*», «¡ah! dile que vaya, venga y haga él». Ahí los dos mandan, según ellos.

GOV: ¿Usted cree que es mejor su relación ahora que cuando recién se casó o no?

Natalia: Yo creo sí.

GOV: ¿Por qué?

Natalia: Mmm... No sé... Vivo a gusto.

Posiblemente el tipo de relación que entabló con su cónyuge se deba a que ésa era la forma como se trataban sus padres, como se mostró antes. Además, en la comparación que hizo de su vida con la de su madre, sale a luz su concepción acerca de sus roles de género:

GOV: ¿Usted cree que su situación como mujer es mejor que la que tenía su mamá?

Natalia: Pos yo digo que yo.

GOV: ¿Por qué?

Natalia: Porque mi mamá... pues ira, ella no iba a la tienda, casi comida no sabía hacer, teníamos que andar... mi apá guisaba, mi apá hacía comida.

GOV: ¿Es mejor el trato que usted tiene con su esposo que el que tenía su mamá con su papá?

Natalia: Pues yo creo que sí

GOV: ¿Por qué?

Natalia: Porque con mi amá pos mi apá se iba a la hora que se iba, venía a la hora que le daba su gana, así.

GOV: ¿Y con usted no?

Natalia: Pos no. Y si mi apá llegaba ponle 12, 1 de la madrugada mi apá guisaba, se hacía de comer solo, hacía tortillas de harina, todo eso. Te digo que mi amá... sí hacía tortillas de harina, hacía comida, pero que menudo, pozole, tamales, todo eso no sabía hacer.

GOV: ¿Quién le enseñó a usted?

Natalia: Yo sola.

GOV: ¿Qué problemas le ha traído su vida de casada, su vida matrimonial, cuáles son los principales problemas que usted cree que tiene como casada, con su pareja?

Natalia: Problemas pues... ¿que serán?, pos yo creo la batalla de los chamacos yo creo que eso.

GOV: ¿Se considera usted una persona feliz?

Natalia: Pos sí.

GOV: ¿Qué necesitaría usted para sentirse muy muy feliz?, algo que usted quisiera que pasara que la haría sentirse muy feliz.

Natalia: ¿Yo?, que me quitaran esta enfermedad que tengo.

GOV: ¿Qué enfermedad tiene?

Natalia: Yo tengo asma, y así unas cosas quisiera, y como me salió una hernia en el ombligo por eso también... ¿le digo qué quisiera?, este... garrar el seguro popular pues pa' operarme. Hasta andaría mejor, porque si ando así no me puedo poner pantalón. Me siento no sé qué, como desesperada, cansada, no se qué me da.

Así, es evidente que Natalia está satisfecha porque pudo superar las deficiencias de su madre, pues ella sí sabe cocinar, atiende a su marido y no permite que llegue tarde. Además, sus problemas matrimoniales no los centra en la relación con su cónyuge, sino con sus hijos, y la felicidad extrema la cifra no en la solución de problemas conyugales o familiares, sino en su salud, lo cual indica que mejorar su relación de pareja o familiar no está entre sus prioridades.

Por su parte, las relaciones de pareja y los conflictos son diferentes en el caso de las dos mujeres unidas que mantienen relaciones de género menos desiguales con sus cónyuges. Los problemas de Lucía con su esposo son por el apoyo económico que él le da a su familia, en especial a su suegra:

GOV: ¿Cuáles son los principales problemas que te ha traído tu matrimonio?

Lucía: Mi suegra

GOV: ¿Tu suegra?

Lucía: Que me peleo con mi esposo porque él todavía piensa... a veces como que su mamá y él se imaginan que sigue soltero, entonces él quiere... Después del trabajo se va primero para allá o que mi suegra quiere que p'al teléfono que para esto y pa' lo otro. Teniendo como 6 solteros en su casa todavía quiere que los casados le ayuden y eso a mí no me parece, y esos son los únicos pleitos, con él no tengo ningún problema. Es que ellos, mis suegros, dicen que ellos tuvieron hijos para que los mantuvieran cuando fueran grandes, y pos eso no es cierto, como si fueran... Yo no tengo esa mentalidad en la cabeza.

GOV: ¿Te consideras una persona feliz?

Lucía: Sí, a veces.

GOV: ¿A veces?, ¿qué es lo que necesitarías para ser completamente feliz?

Lucía: [riéndose] ¡No tener suegra!

Leticia, igual que Pilar, afirmó que es muy raro que ella discuta con su pareja porque él es muy tranquilo.

GOV: ¿Discutes seguido con tu marido?

Leticia: Pos es lo que te digo, ojalá que hubiera motivo pa' discutir. No, en veces lo quiero hacer enojar y no.

GOV: No se deja.

Leticia: No, no.

GOV: Qué tranquilidad.

Leticia: Sí, pos fíjate que sí.

GOV: ¿Tú te consideras una persona feliz?

Leticia: La verdad sí, ahorita sí.

En relación con la aparente ausencia de conflictos, Giddens afirma que la relación entre el poder y el conflicto es contingente. Este autor asocia el conflicto al concepto de interés: "Si poder y conflicto frecuentemente van juntos, no es porque el uno implique lógicamente al otro, sino porque el poder se enlaza a la persecución de intereses, y los intereses de la gente pueden no coincidir. Todo lo que quiero decir con esto es que mientras que el poder es un aspecto de toda forma de interacción humana, la división de intereses no lo es" (Giddens, 1997: 138-139). Esta diferencia de intereses es manifiesta en la relación de Lucía con su pareja por el apoyo económico que él brinda a su madre (suegra de Lucía). Sin embargo, además del conflicto de intereses planteado por Giddens, en la perspectiva de Bourdieu dicha

ausencia puede ser una manifestación de la violencia simbólica ejercida sobre las mujeres, en tanto “sumisión dóxica a las conminaciones del mundo que es obtenida cuando las estructuras mentales de aquel a quien van dirigidas las conminaciones están en sintonía con las estructuras implicadas en la conminación que le es dirigida” (Bourdieu, 2002, 173), es decir, labor del *habitus*, como sucede por ejemplo con Irma o con Natalia. Sin embargo, cabe reconocer que las relaciones de pareja también están influidas, entre otros factores, por el carácter de las personas y por los problemas que enfrentan en su vida cotidiana –como el alcoholismo de los cónyuges de Irma, Pilar y Diana, o la drogadicción de los hijos de esta última–, así como por la interiorización de roles de género tradicionales, o bien, por sus decisiones orientadas a cambiar su situación.

c) Interiorización de roles de género tradicionales

La violencia simbólica –aludida en el párrafo anterior– no niega aquella que tiene manifestaciones físicas, como en el caso de Diana, quien, a pesar de los golpes y malos tratos recibidos, no ha sido capaz de separarse de su esposo y sigue aguantando agresiones verbales. En este sentido, su máxima rebelión se reduce a ya no pedirle permiso para salir de casa y a autodeclararse “jefa del hogar” (cuando se realizó la encuesta ella se declaró jefa), sugiriendo con ello que no reconoce a esposo como autoridad –ni proveedor– en el hogar, que Oliveira denomina resistencias sin llegar a la confrontación. Diana, sin embargo, no es capaz de explicar por qué razón permanece unida a su pareja, a pesar de que sus hijos le han planteado la alternativa de dejarlo.

GOV: ¿Por qué lo ha aguantado tanto tiempo [a su esposo]?

Diana: No sé por qué lo he aguantado.

GOV: ¿No cree que le hubiera ido mejor a usted sola con sus hijos?

Diana: Pues sí, mucha gente me lo ha dicho. No sé por qué aguanté tanto [...] No sé por qué aguanté, no sé. Como que los papás les decían a uno que casarse era pa’ toda la vida, y a aguantar. Así estoy yo ahorita. Nomás él mandaba.

La violencia simbólica, en tanto interiorización de esquemas mentales tradicionales, dificulta el rompimiento con las normas y conductas inculcadas, que en el caso de Diana, ya sea por la edad o por costumbre, la ha confinado a una vida de frustración y amargura.

La asunción de concepciones tradicionales acerca del matrimonio y de la maternidad parecen ser una explicación plausible ante el no reconocimiento de conflictos por parte de las entrevistadas, así como el hecho de que, en realidad, sus condiciones materiales de vida sí han mejorado, de aquí que Pilar, Natalia e Irma consideren que sus relaciones de pareja no son conflictivas, pues –junto con Diana– son las que mantienen relaciones más apegadas al modelo tradicional de las ocho mujeres. Estas tres mujeres están conformes con la vida que llevan; valoran especialmente la maternidad y la vida en familia, incluso Irma, a pesar de la enfermedad de su hijo y del hábito de la bebida de su esposo, considera que tiene un buen matrimonio y que su vida ha mejorado.

GOV: ¿Cuáles son los principales cambios que usted ha notado en su vida con su esposo?

Irma: Pues ha mejorado ahora, tiene su problema de la tomada, pero sí ha cambiado porque está más con sus hijos, ya convive más, tomado juega con ellos. [...] Pero sí, ahora como que hay más convivencia.

GOV: ¿Cuáles son las principales satisfacciones que le ha traído su matrimonio señora?

Irma: Mis hijos, porque cuando me he embarazado de ellos ha sido con amor, con deseo de tener mis hijos.

GOV: ¿Usted cree que su vida como mujer es mejor que la que llevó su mamá?

Irma: Sí.

GOV: ¿Por qué?

Irma: No pues... porque... pobrecita mi mamá ella nunca... pues puros hijos tuvo y nunca tuvo nada de comodidades. Yo digo que estoy cómoda porque tengo televisión o porque tengo una cama, y ella no. Ella siempre enferma y luego con muchos hijos que tuvo, 11 nomás que se le murieron 6 y 5 vivimos [...] Fuimos yo creo los más humildes de ese pueblo, porque yo que me acuerde... pues no, no teníamos nada, nada. Sí, porque yo en mi época no le digo que... No sé, agarraba una tortilla que estaba haciendo mi mamá y le decía «póngale queso rallado», y el queso rallado era sal, y se hacía una la ilusión que era queso rallado. O sea Dios que... o sea lo más... [empezó a llorar] y mis hijos cuando menos... si a este niño se le antoja «ay que quiero esto», y le digo: «sí mi'jo», si lo tengo «cómprelo», le digo, y puede comprar algo que él quiera comer y nosotros allá no... [no pudo seguir hablando porque empezó a llorar]

Pilar, aunque no es sumisa, manifiesta algunos comportamientos tradicionales, pues deja por completo la responsabilidad de la manutención de la familia en manos de su cónyuge, y cifra en la maternidad buena parte de su felicidad, igual que Irma.

GOV: ¿Cuáles han sido los mejores momentos de su vida?

Pilar: Los momentos más felices fueron cuando nacieron mis hijas.

GOV: ¿Usted se considera una persona feliz?

Pilar: Yo sí.

GOV: ¿Cómo considera que es su vida como mujer comparada con la vida de su abuelita?, que es con quien vivió usted de niña.

Pilar: Yo creo que es mejor.

GOV: ¿Por qué?

determinación de las necesidades, es decir, de lo que se debe comprar, es de las mujeres–, práctica que, al menos en las entrevistadas, no está orientada a la disminución de alimentos y artículos de aseo para el disfrute de la familia, y 2) al democratizar las decisiones de los gastos mayores.

Así, si bien es cierto que las mujeres desempeñan sus roles domésticos tradicionales, lo hacen en un ambiente que apunta, si no hacia la mayor participación masculina, sí al menos a una cierta disminución de las exigencias en algunos ámbitos del trabajo doméstico, por ejemplo en el aseo del hogar o en aligerar la carga de la preparación de alimentos de las mujeres. Por otro lado, las mujeres muestran ciertos rasgos que apuntan hacia mayores espacios de autonomía y de corresponsabilidad en la toma de decisiones. ¿Cuál es la explicación de ello?, es una pregunta difícil de responder, porque estoy convencida de que la respuesta no es monocausal, sino que responde a procesos en los que entran en juego la historia de las mujeres, la reflexividad característica de las sociedades contemporáneas –como las concibe Giddens–, el acceso a la información facilitada por los medios masivos de comunicación cuyos mensajes permean a toda la sociedad –incluyendo a los varones–, el intercambio de ideas con otras personas, el carácter de las mujeres, además de aquellos que han sido mencionados por la literatura (como el origen y la edad); en este sentido, destaca que las mujeres más desempoderadas son muy pobres, lo que tiende a confirmar la relación entre pobreza y desempoderamiento planteada por Kabeer.

Esta relación entre pobreza y desempoderamiento entre las entrevistadas parece obedecer a una combinación de situaciones, pues las más desempoderadas son las de mayor edad –por lo tanto las que tienen menos oportunidades y recursos para emprender cualquier iniciativa orientada a la obtención de ingresos, o bien, presentan limitaciones para realizar alguna actividad productiva–, las que presentan los ámbitos de acción más limitados en términos espaciales –que se reducen a la colonia– y, además, están satisfechas con su situación actual (aunque no son las únicas), puesto que es mejor que aquella que tenían en su hogar de origen; esto último quizá les haya limitado la búsqueda o la autoconstrucción de las condiciones que les hubiesen resultado en una mejor situación en términos de sus relaciones de género, pero esto también es consecuencia, en parte, de sus historias.

Por su parte, en relación con las mujeres que mantienen relaciones de género de menor subordinación, los resultados obtenidos plantean nuevas preguntas, a saber: si su relativa

autonomía obedece a su menor edad, al ámbito urbano en que se desarrollaron y siguen haciéndolo, o si en ellas además influye el contexto fronterizo –lo que implicaría realizar estudios comparativos urbano-rural y entre ciudades fronterizas con las de otras latitudes del país–; además, queda por indagar si existen diferencias marcadas en el empoderamiento entre las mujeres de los estratos medios y altos en relación con las que viven en condiciones de pobreza y en cuáles prácticas difieren, así como también en la intervención del varón en la administración de los recursos monetarios, por mencionar algunos temas pendientes.

Antes de finalizar, hay algunos temas que conviene mencionar y a los cuales se les dedican estas últimas líneas. Aunque el análisis se centró en el consumo de bienes materiales, dejando de lado los significados que dicho consumo pueda implicar, los resultados obtenidos dejan entrever la posible presencia del consumo simbólico, por ejemplo en los hijos adolescentes de las entrevistadas, particularmente por el tipo de apropiación y exclusividad en el uso de ciertos bienes (como electrónicos) y quizá también en los jefes del hogar. En relación con estos últimos, si bien aquí se reconoce que la concentración del uso del teléfono celular por parte del jefe del hogar, pero particularmente del automóvil, puede deberse al desempeño de sus actividades productivas, llama la atención que dicha concentración sea mayor en los hogares pobres y sin acceso al mercado estadounidense (pues ambos ejes están asociados); esto sugiere que dichos comportamientos pueden ser manifestación del consumo simbólico, como expresión de su posición de autoridad en la familia, tema que requiere investigarse en los hombres.

Además del consumo como medio para expresar significados, hay otros temas que emergieron en el estudio realizado que requieren ser investigados más detenidamente, a saber: 1) la proclividad de los varones a administrar los recursos monetarios del hogar, que quizá pueda deberse a una forma de destacar su papel de proveedor, por tanto, su rol masculino; 2) la presencia de hombres que viven solos, en particular aquellos de edad avanzada; y 3) un tema en el que no se profundizó y que también requeriría de mayor investigación es el de las redes sociales de apoyo mutuo, pues sólo se indagó acerca de la existencia de aquellas referentes al consumo, en las que predominan las relaciones de parentesco; por ello, habría que investigar en otros ámbitos acerca de la existencia de dichas redes en tanto expresión del capital social, tema en el que incluso el Banco Mundial (2002) ha dado muestras de cierto

interés, al señalarlo como elemento que facilita el éxito de los esfuerzos en el combate contra la pobreza.

En torno a la pobreza, en este trabajo se pusieron de manifiesto las diferencias entre algunos métodos para abordar el tema, pues aquí se utilizaron diferentes formas de aproximación: la primera referida a los hogares, mediante el uso de un método indirecto o línea de la pobreza; la segunda —también con el hogar como unidad de análisis, pero en la que se combinaron indicadores individuales y colectivos— permitió valorar algunos logros en términos de satisfacción de las necesidades básicas o método directo; mientras que la tercera se efectuó a nivel individual, en este caso de las mujeres entrevistadas, en donde se incluyó en el análisis el empoderamiento femenino como dimensión del bienestar. En este sentido, cabe reconocer que mucha razón tiene Amartya Sen al proponer una valoración amplia del bienestar, centrada en las personas y no en los hogares, en las capacidades —o al menos en sus logros en términos de bienestar— y no en los ingresos; pues una de las riquezas de las entrevistas fue que permitieron constatar las diferencias y desigualdades entre los integrantes de las unidades domésticas.

Por otro lado, y en relación con las políticas públicas, sería conveniente que la Secretaría de Salud llevara a cabo un programa de promoción del seguro popular entre la población de la colonia Hidalgo, en especial entre los adultos mayores, pues los hogares en dispersión son los que proporcionalmente presentan las mayores carencias en acceso a servicios médicos; así mismo, se podrían diseñar mecanismos para hacerlo accesible —en términos de facilidades de pago— a una mayor cantidad de personas.

En materia de consumo alimentario también se podrían buscar mecanismos que se orientaran a mejorar la dieta de las familias a un menor costo, quizá a nivel de organización comunitaria —ya fuese como iniciativa del sector público o de las organizaciones de la sociedad civil—, mas no en términos de asistencia, sino como un esfuerzo en el que participaran los beneficiarios. En este sentido, cabe destacar que, como consecuencia de la liberalización del comercio, desaparecieron las tiendas Conasupo que tenían esa función —cuyo impacto en la economía familiar es desconocido—. Así, al menos en la ciudad de Mexicali, las únicas alternativas de que dispone la población para reducir el gasto en bienes de consumo frecuente en el hogar son las tiendas del ISSSTE y la del IMSS, pero cuyos beneficios se limitan a los hogares de ingresos medios, pues su localización es distante de las

colonias populares más empobrecidas de la ciudad y, como se mencionó, las familias más pobres también son las que presentan limitaciones para desplazarse por la ciudad, lo que las confina al mercado del barrio.

Por último, conviene destacar que, a pesar de que en la literatura sobre reproducción de las unidades domésticas abundan las alusiones al consumo, en México el estudio del consumo en las estrategias de reproducción ha estado un tanto al margen del análisis, pues –salvo el trabajo pionero de González de la Rocha– el tema ha sido abordado principalmente como gasto de los hogares. Sin embargo, dichas alusiones tienen razón de ser, puesto que el consumo es el objetivo de los esfuerzos productivos de las unidades domésticas de los sectores populares y, por su vía, el de la reproducción material cotidiana o manutención de la familia.

Así, este trabajo puso de manifiesto la vinculación de la esfera de la producción con la del consumo doméstico, como también lo han mencionado varios autores –entre ellos Oliveira y Salles (1989)–, lo que se logró mediante dos vías, una de ellas fue la combinación de fuentes de información y de aproximaciones para el análisis del consumo –una cuantitativa y la otra cualitativa–, que permitieron integrar las generalidades y las especificidades de los hogares estudiados. La segunda vía fue la definición misma de consumo –como uso de recursos monetarios y no monetarios– y su vinculación con las actividades que se orientan a obtener y distribuir los recursos del hogar, que, a su vez, permitió destacar los esfuerzos y la diversidad de estrategias que realizan las unidades domésticas, tanto en la búsqueda de recursos para la subsistencia de la familia, como para optimizar y hacer un uso eficiente de ellos, especialmente en las unidades domésticas que viven en condiciones de pobreza. Esta concepción del consumo, al incluir el análisis del mercado y de los bienes, mostró que el contexto transfronterizo de la ciudad de Mexicali facilita que los hogares de escasos recursos se provean de artículos de diversa índole, pero también introduce un elemento de diferenciación social adicional, en particular en los hogares que carecen de redes que les permitan el acceso al mercado del otro lado de la frontera.

NOTA METODOLÓGICA

Los propósitos de esta sección son, por un lado, narrar a grandes rasgos el proceso de investigación que aquí se reporta –desde cómo surgió la idea del tema hasta la terminación del documento– y, por el otro, explicitar algunos criterios adoptados durante su realización.

Como estudiante de doctorado, el primer problema a resolver fue el de proponer un proyecto de tesis que cumpliera varios requisitos a la vez (algunos de ellos eran más que requisitos, inquietudes personales), a saber:

- 1) que fuese un tema que me resultase atractivo para mis intereses de investigación;
- 2) que me permitiera aprendizajes nuevos, especialmente en el plano metodológico, pues quise aprovechar una de las ventajas de ser estudiante, a saber: contar con asesoría y retroalimentación durante el proceso de investigación;
- 3) que aportara conocimientos nuevos, aunque fuese a pequeña escala, en torno a algún fenómeno propio de la región fronteriza, en especial de la ciudad de Mexicali, que hubiese sido poco estudiado; y
- 4) que fuese una investigación viable, dadas las restricciones, tanto de tiempo como de recursos, para realizarla.

Dados los requisitos arriba mencionados, la elección del tema mismo, y su problematización, constituyó un primer reto a vencer. En este sentido, debo reconocer que, al inicio de mis estudios de doctorado, el conocimiento que tenía sobre los temas de familia y de estrategias de reproducción era limitado, ya que estaba más familiarizada con la literatura sobre pobreza desde la perspectiva económica, que fue de donde surgió mi interés por el consumo diferenciado entre los miembros de la familia en dos sentidos: por un lado, al notar las limitaciones de la economía del bienestar que considera a los hogares como unidades de análisis indivisibles y centra la atención en el gasto como aproximación del consumo y, por el otro, influida por algunos textos de Amartya Sen quien, además de criticar las formas como tradicionalmente se analiza el bienestar, presenta una propuesta mucho más amplia en esa dirección. Afortunadamente, conté el apoyo y generosidad del Dr. Germán Vega, coordinador del programa de doctorado, quien me facilitó buena parte de los textos que me permitieron incorporar la literatura sobre familia y estrategias de reproducción, y después de la Dra. Silvia

López, directora de esta tesis, quien no sólo continuó la labor iniciada por el Dr. Vega, sino también me brindó asesoría y le dio seguimiento a todo el proceso de investigación, pues ambos me facilitaron el camino para poner al consumo y a la pobreza en la perspectiva de dichos temas (familia y estrategias de reproducción). Así, quedó resuelta la primera dificultad de la definición del tema y del problema de investigación.

En relación con el segundo requisito, debo reconocer que si bien éste era más una inquietud personal que un requisito –ya que mi experiencia en investigación había sido exclusivamente de corte cuantitativo, de aquí mi interés en ensayar de manera guiada el uso de instrumentos y formas de análisis que me significaran aprendizajes nuevos y valiosos–, la atención puesta en el consumo como parte de la dinámica familiar en sí misma constituyó la vía de su cumplimiento; pues en la investigación se plantearon algunas preguntas cuyas respuestas requerían de una aproximación cualitativa. De esta forma, para cumplir con los objetivos de la investigación, se optó por una estrategia metodológica combinada que incluyó tanto métodos cuantitativos como cualitativos. En el primer caso, se llevó a cabo una encuesta a hogares a fin de recoger información relativa a las características de los hogares y, de manera importante, aquella referida a las prácticas de consumo de los mismos. En el nivel cualitativo se llevaron a cabo entrevistas enfocadas con algunas mujeres, ya que se deseaba obtener información más detallada sobre las estrategias de consumo en el marco de la organización y dinámicas de las unidades domésticas en estudio. De esta forma, la investigación se llevó a cabo en varios niveles de análisis: la ciudad, la colonia y los hogares encuestados –analizados con métodos estadísticos en relación con contextos más amplios– y las mujeres entrevistadas y sus hogares –abordados desde una perspectiva cualitativa.

La aportación de conocimientos novedosos quedó resuelta –al menos a nivel de expectativa– cuando encontré el resquicio que el consumo como tema representaba en la perspectiva de las estrategias de reproducción, y cuando constaté que era un tema poco investigado a nivel cualitativo, y que además existían pocos estudios al respecto en la región fronteriza del norte de México, en especial en la ciudad de Mexicali. En relación con la viabilidad del proyecto, las limitantes de tiempo y de recursos para llevar a cabo la investigación se resolvieron al plantear la realización de un estudio de caso. No obstante, en la investigación realizada el caso en estudio fue un medio para tener una aproximación de los hogares de una colonia popular de la ciudad Mexicali, es decir, como un ejemplo; de aquí que

su elección no obedeció a un interés basado en las particularidades del lugar donde éste se llevó cabo –i.e. la colonia Hidalgo de la ciudad de Mexicali–, sino todo lo contrario, ya que se trata de una colonia popular como hay muchas en la ciudad. Queda claro, pues, que la elección del lugar donde se llevó a cabo el estudio respondió a propósitos meramente instrumentales (v. Gundermann, 2001).

Los apartados que integran esta nota metodológica están dedicados a lo siguiente: *a)* explicitar los criterios seguidos para la elección de la colonia donde se realizó el estudio; *b)* presentar la estrategia seguida para seleccionar las familias encuestadas y las mujeres entrevistadas; *c)* hacer un breve recuento de cómo se analizó la información; y *d)* presentar algunos criterios operativos utilizados en la clasificación de las unidades domésticas.

A. La elección del lugar donde se realizó el estudio

El lugar donde se realizaría el estudio debía cumplir con dos requisitos: contar con hogares transfronterizos y que entre estos hubiese diversidad en cuanto a las intensidades de pobreza y/o condición de pobreza, pues, para fines de análisis no era deseable que todos los hogares vivieran en condiciones de pobreza extrema.

Entre las diversas opciones de lugares en los cuales se podía efectuar el estudio se escogió la colonia Miguel Hidalgo. Esta decisión obedeció a que esta colonia fue creada *ex profeso* como una de las acciones llevadas a cabo en el marco del programa “Fraccionamientos Populares” –puesto en operación a mediados de los ochenta por el gobierno del estado–, cuyo objetivo fue el de regularizar predios invadidos y dar alternativas a la población que, por sus escasos ingresos, no tenía acceso al mercado libre de vivienda ni de suelo urbano. Así, el origen de la colonia aseguraba, en principio, la inclusión del segmento de la población que se deseaba captar en el estudio: popular y de escasos recursos. Además, se aprovechó la ventaja de que su delimitación corresponde con la de áreas geoestadísticas

básicas (AGEB) completas, lo que permitió analizar la evolución de algunos indicadores de la colonia en dos momentos censales (1990 y 2000).⁷⁰

La decisión final acerca del lugar fue resultado de un recorrido de la colonia, donde se constató la diversidad de las intensidades de pobreza de los hogares –al menos perceptible a la vista a través de la imagen del exterior de las viviendas– y de la posible presencia de hogares transfronterizos, ambos criterios se explicitan en la siguiente sección.

B. La selección de los sujetos de estudio

En esta sección está dedicada a explicitar los criterios que guiaron la selección de los hogares así como de las mujeres entrevistadas; así mismo, se presenta la estrategia seguida para la recopilación de información en cada una de dichas etapas.

a) Viviendas y hogares

Con el propósito de tener información un poco más detallada de los hogares de la colonia Hidalgo que aquella procedente de los censos de población, así como para estar en posibilidad de describir sus características sociodemográficas y tener una primera aproximación de algunos rubros asociados a los recursos y al consumo –como los tradicionalmente abordados en los estudios de estrategias de reproducción (ocupación, ingreso, gasto, entre otros), más aquellos asociados al mercado y al uso de algunos bienes–, en los meses de octubre y noviembre de 2004 se recopiló información de cien hogares. Se trató de una muestra intencional, de aquí que los resultados no pueden ser generalizables a toda la colonia; a pesar de esta limitación, los resultados obtenidos son consistentes con la información censal e ilustran algunos comportamientos generales que bien pueden ser comunes entre algunas familias de los sectores populares, puesto que la elección del lugar donde se realizó el estudio obedeció, en parte, al hecho de que no presenta rasgos que lo hagan excepcional.

⁷⁰ En principio se seleccionaron tres colonias: Robledo, Vicente Guerrero y Nacionalista, las tres con los mismos orígenes que la colonia Hidalgo; sin embargo, sólo esta última coincidía con la delimitación de AGEB.

Se optó por un muestreo no probabilístico porque, para los propósitos de esta investigación, era conveniente garantizar la inclusión de hogares transfronterizos y de distintos niveles de económicos –i.e. hogares pobres y no pobres o al menos con diferentes intensidades de pobreza– a fin de identificar las posibles diferencias entre ellos, en especial las relacionadas con el consumo; es decir, la lógica que subyace a esta decisión fue la posibilidad de observar comportamientos diferenciados en el consumo según se trate o no de unidades transfronterizas, o bien, según las limitaciones económicas de los hogares; motivo por el cual se sacrificó la representatividad estadística –y por tanto la generalización de los resultados– en aras de garantizar dicha diversidad. Además, la otra finalidad de la encuesta era disponer de información lo suficientemente diversa para poder seleccionar a las mujeres que posteriormente serían entrevistadas. Por otro lado, la falta de apoyos para realizar la encuesta reforzó la idea de un muestreo intencional, pues el número de hogares a entrevistar con un diseño de muestreo probabilístico excedía las 300 viviendas a visitar, entre otras limitaciones que se debían zanjar.⁷¹ Aun así, originalmente se planeó recopilar información de los hogares correspondientes a 120 viviendas; sin embargo, las inusuales condiciones climáticas del invierno de 2004-2005 (lluvias constantes) impidieron cumplir esa meta, motivo por el cual el número de cuestionarios válidos se cerró cuando se obtuvo información de cien viviendas que albergaban a igual número de hogares.

La colonia Hidalgo es un barrio bravo. La falta de pavimentación y el insuficiente alumbrado público –que no está presente en toda la colonia–, la hacen propicia para que la vigilancia de la policía municipal sea rara o nula y, consecuentemente, para que en ella se asienten pandillas y se establezcan “tienditas” (término utilizado para designar a las viviendas particulares cuyos residentes se dedican a la venta de drogas al menudeo, que por cierto no son exclusivas de esta colonia); lo anterior ha motivado que esta colonia sea conocida en la ciudad por su presencia en las notas “rojas” de los periódicos y de los noticieros locales. La peligrosidad de la colonia fue confirmada por personal del INEGI que tuvo a su cargo la

⁷¹ El muestreo probabilístico presentaba un problema adicional: construir el marco muestral –es decir, representar en el plano manzanero las viviendas habitadas de cada una de las manzanas de la sección norte, para así disponer de un marco muestral actualizado y confiable –al eliminar predios baldíos, con usos no habitacionales y con viviendas deshabitadas–, tarea que, de haberse realizado, habría demorado el inicio de la aplicación de la encuesta. También cabe mencionar que la colonia tiene una característica que habría hecho difícil la construcción del marco muestral y de respetar la aleatoriedad de la selección de las viviendas cuyos hogares se encuestarían, puesto que es un barrio inseguro (al menos algunas zonas).

elaboración del mapa de riesgos del conteo 2005, quienes recomendaron evitar la sección sur en el levantamiento de información. Por tal motivo, la información se recopiló en las secciones de la parte norte que presentaban menores riesgos, pues en ella se asienta la infraestructura educativa, la cual suele estar más vigilada por la policía, al menos durante las horas que operan las escuelas.⁷²

Por otro lado, para asegurar, en la medida de lo posible, la inclusión de hogares transfronterizos así como con diferentes intensidades de pobreza, se hizo otro recorrido de toda la parte norte de la colonia para, mediante observación, seleccionar las manzanas o los lados de éstas que se encuestarían; es decir, se seleccionaron grupos de viviendas. La selección se hizo a partir de dos criterios: 1) que en la sección seleccionada de la manzana hubiera viviendas con automóviles con placas de Estados Unidos, dada la posibilidad de que ello significara la existencia de hogares transfronterizos, puesto que en Baja California sólo pueden manejar automóviles con placas estadounidenses las personas que cuentan con documentación que las acredite como residentes o como trabajadores legales en ese país –salvo riesgo de ser multados y de que el automóvil le sea retenido y enviado al “corralón”–; y 2) que la apariencia de las viviendas sugiriera la presencia de hogares con niveles económicos diversos a fin de captar diferencias en el consumo.

Los criterios operativos para seleccionar un lado de las manzanas fue que en él hubiese al menos dos viviendas con automóviles con placas estadounidenses y/o que al menos la imagen de dos de las viviendas sugiriera que sus ocupantes fuesen no pobres; en relación con esto último, la observación se centró en la apariencia de las paredes (no deterioradas y con pintura relativamente en buen estado), disponibilidad de rejas en las ventanas y que el piso de la cochera tuviera algún recubrimiento (cemento u otro material durable).

Con este procedimiento se seleccionaron alrededor de 15 manzanas, de las cuales una de sus caras o lados presentaban las características buscadas, mismas que fueron jerarquizadas según cumplieran con los dos o con uno de los criterios mencionados.

⁷² A pesar de haber tomado estas medidas, hubo necesidad de sustituir dos manzanas que habían sido seleccionadas en la visita a campo, pues al encuestar al primer hogar de esa sección, los vecinos y los miembros del hogar entrevistado nos recomendaron que no siguiéramos recopilando información en esa cuadra. En el caso de la segunda, fue el dueño de una tienda de abarrotes de la colonia quien nos recomendó no continuar entrevistando en esa sección, debido a que esa cuadra era territorio y centro de reunión de una pandilla poco afecta a permitir el tránsito a personas ajenas al barrio.

De esa manera se seleccionó casi el doble de las cien viviendas (en los lados de mayor longitud de las manzanas, que fueron los que se encuestaron, se contaron entre 15 y 20 viviendas habitadas), pues se previó la posibilidad de sustituir manzanas en caso de que por algún motivo hubiera necesidad de su reemplazo (como ocurrió con dos de ellas). La encuesta se aplicó siguiendo la jerarquía determinada en la selección de las caras de las manzanas hasta contar con cien cuestionarios válidos.

Cabe mencionar que si bien los esfuerzos por incluir en la muestra suficientes hogares transfronterizos rindieron sus frutos –pues 30 de los cien hogares declararon tener vínculos intensos con familiares en Estados Unidos y en 29 unidades domésticas al menos uno de sus integrantes contaba con antecedentes laborales en ese país–, sólo se obtuvo información de 12 unidades domésticas que al momento de la aplicación de la encuesta alguno de sus miembros percibía ingresos procedentes de Estados Unidos; en nueve de esos 12 hogares los ingresos procedían de la realización de alguna actividad productiva y en los tres restantes los ingresos procedían de la recepción de pensión o de seguro de desempleo. Así, en materia laboral, el procedimiento seguido apenas logró captar nueve hogares con nexos laborales activos en el vecino país; en este sentido, cabe recordar que el INEGI estima que entre el 8 y el 9% de la PEA ocupada de la ciudad Mexicali labora en Estados Unidos (v. capítulo 2).

Antes de iniciar el levantamiento, se realizó una prueba piloto del instrumento. Para ello se entrevistaron ocho hogares en manzanas no seleccionadas y posteriormente se hicieron los ajustes correspondientes en el cuestionario (ver anexo B). Finalmente, y en relación con el cuestionario, cabe mencionar que éste se diseñó de manera que incluía algunos elementos para verificar la consistencia de la información proporcionada (por ejemplo: los ingresos frente a los gastos, algunas características sociodemográficas, entre otros).

b) Las mujeres entrevistadas

Antes de explicitar la estrategia del trabajo campo, conviene explicar por qué se entrevistó sólo a mujeres. Tal decisión está asociada al propósito de, por un lado, indagar acerca de las actividades relativas al consumo, generalmente realizadas por las mujeres –al menos teóricamente– en el desempeño de su rol de amas de casa y, por el otro, analizar la posición

que en términos de poder guarda la mujer respecto del varón en las relaciones domésticas, que, de acuerdo con la literatura, favorece a los varones.

En relación con la composición de la muestra, cabe mencionar que ésta obedece a un diseño de tipo teórico (Sierra, 1998; Vela Peón, 2001), debido a que la literatura sobre el tema es enfática en las diferencias de comportamientos de las mujeres –y de las unidades domésticas que integran– según la etapa del ciclo doméstico y la ocupación de la mujer, entre otras características. En este sentido, cabe mencionar que se recopiló información de dos unidades de análisis: las mujeres y, a través de ellas, sus hogares.

El criterio que prevaleció en la selección de las mujeres a entrevistar fue el de captar al menos una entrevista correspondiente a cada tipo de actividad de las mujeres (ama de casa o trabajadora) para cada una de las etapas del ciclo doméstico (expansión, consolidación y dispersión). Además, en la medida de lo posible, se buscó la diversidad en la composición de parentesco, en la condición de pobreza de las unidades domésticas y en la existencia de vínculos laborales en Estados Unidos –ya fuera de la entrevistada o de su cónyuge–. La información de tales características se obtuvo de los resultados de la encuesta reportada en los capítulos tres y cuatro; sin embargo, la información procedente de la entrevista en ocasiones resultó diferente a la captada en la encuesta (como se manifiesta en las notas del cuadro 5.1); en parte ello se debió a que el instrumento utilizado en la encuesta –cuestionario mayormente estructurado– impidió captar detalles de las características del hogar; por ejemplo, los reconstituidos y en especial los referentes a la historia de las mujeres; además, entre un levantamiento de información y otro transcurrieron alrededor de seis meses, periodo en el que hubo cambios en la composición del hogar y en la situación económica de la familia.

Las entrevistas se realizaron durante los meses de abril y mayo de 2005, una vez que se había analizado la información procedente de la encuesta;⁷³ de manera que las primeras permitieron complementar la segunda y triangular los datos (v. Rodríguez Gómez *et al.*, 1999; Janesick, 2000), como la existencia de nexos familiares y/o laborales en Estados Unidos, la composición del hogar, el número de perceptores, entre otros. En este sentido, cabe mencionar que si bien se trata de entrevistas cualitativas, éstas no fueron en profundidad o de corte

⁷³ Originalmente se había pensado realizar las entrevistas en enero y febrero de 2005; sin embargo, de enero a marzo no hubo semana alguna en la que no lloviera al menos una vez, lo que impidió el acceso a las viviendas de las entrevistadas.

etnográfico, sino “enfocadas” –como las denominan Sierra (1998) y García y Oliveira (1994)–, pues en su realización siempre hubo un tema o foco de interés que guió la conversación, además de que el contacto con las mujeres entrevistadas fue breve, pues cada entrevista se llevó a cabo en una sola visita (con excepción de una entrevista) y su duración fue alrededor de dos horas. Por su parte, la guía de entrevista se organizó a partir de cinco grandes temas (v. anexo C):

- 1) *Características sociodemográficas de la entrevistada*: edad, lugar de nacimiento, estado civil, ocupación, condición de unión, escolaridad.
- 2) *Familia de origen*: condiciones materiales de existencia, relación entre los miembros del hogar, fuente de recursos materiales y su distribución.
- 3) *Uniones, nacimiento de hijos y trayectoria laboral*: edad de las uniones, motivos de las uniones, decisión en el número y espaciamiento de los hijos, entradas y salidas del mercado laboral.
- 4) *Hogar actual*: obtención de recursos, crianza de los hijos, relaciones de pareja, autonomía, ámbitos de decisión y conflictos, valoración de su vida y de su situación como mujer.
- 5) *Consumo*: distribución del gasto, bienes consumidos cotidianamente, distribución de alimentos, conflictos en torno al uso de los bienes.

Para seleccionar a las mujeres informantes, los hogares encuestados fueron clasificados según las diferentes combinaciones de las características buscadas. Una vez obtenido un grupo de posibles entrevistadas para cada una de las combinaciones de dichas características, se procedió a visitarlas. En esa visita, además de la presentación –y de la entrega de una tarjeta como parte de ello–, se recordó a las mujeres que ya habían colaborado antes al responder un cuestionario, y que ahora se les solicitaba su consentimiento para ser entrevistadas. Una vez obtenida su aprobación, se acordó el día y la hora que les resultara más cómodo para platicar; asimismo se les explicó cuál sería el uso de la información y se les dijo que el tema de la entrevista giraría en torno a su vida y a su familia; además se les garantizó el anonimato (motivo por el cual los nombres de las entrevistadas han sido cambiados). Este procedimiento permitió un buen *rapport* con ellas, y al momento de la entrevista ninguna mostró desconfianza ni objeciones a la solicitud de que ésta se grabara. Sin embargo, cabe mencionar que se intentó entrevistar a más mujeres, una de las cuales –de edad avanzada– se

negó a ser entrevistada; hubo otra que sí accedió a ser entrevistada, pero el día acordado para realizar la entrevista ella no estaba en casa, pues se dedica a vender productos a domicilio, motivo por el cual posteriormente se le buscó en su vivienda en tres ocasiones diferentes a fin de reprogramar la entrevista, pero no fue posible encontrarla (posiblemente porque no deseaba ser entrevistada y no se atrevió a decirlo directamente).

Finalmente, debo reconocer que las entrevistas se llevaron a cabo en un ambiente de cordialidad y excelente disposición de las entrevistadas para confiarme aspectos sensibles de su vida, en especial aquellos que les significan recuerdos dolorosos; quizá a ello contribuyó tanto mi calidad de mujer y mi edad, como el hecho de que, igual que ellas, desempeño los roles de esposa-madre-ama de casa, lo que nos puso en condiciones de igualdad.

C. La estrategia analítica

Las fuentes de información que dan contenido a este trabajo son de naturaleza diversa, por tanto, implicaron estrategias de análisis diferentes. La información cuantitativa es tanto directa como indirecta, pero en ambos casos el análisis fue el mismo: de corte estadístico mediante el manejo de bases de datos. El censo de población de 2000 sirvió para poner al municipio y a la ciudad de Mexicali en relación con contextos más amplios y así destacar sus particularidades. Además, se aprovechó el recurso de la muestra censal del 10% para construir el contexto de los hogares de la ciudad, no sólo de las variables sociodemográficas que reporta dicha base de datos, sino también en cuanto a la pobreza y a la disponibilidad de bienes de las unidades domésticas de la ciudad.

En cuanto a la información directa procedente de la encuesta realizada en la colonia Hidalgo, si bien no se trata de una muestra probabilística, el análisis se efectuó recurriendo al uso de técnicas estadísticas que permiten identificar generalidades; por ello, en la medida en que los datos lo permitieron, cuando se analizaron simultáneamente dos variables en la búsqueda de asociaciones, se efectuaron pruebas no paramétricas —específicamente pruebas de independencia—, no sólo por el origen de los datos, sino también porque la mayoría de las variables construidas son categóricas. En este sentido, cabe mencionar que detrás de buena parte de los cruces de variables que se efectuaron, había una hipótesis implícita.

Por otro lado, debido a mi inexperiencia en investigación cualitativa, el mayor reto lo representó el manejo de la información procedente de las entrevistas. En dicho análisis hay dos temas centrales que corresponden a los dos capítulos en los que se recurre a la información de las entrevistas –por un lado, los recursos materiales del hogar (abordado principalmente en el capítulo cinco) y, por el otro, el de las relaciones de género y el empoderamiento femenino (correspondiente al capítulo seis)–; sin embargo, se analizaron de manera distinta.

En el caso del la obtención, distribución y uso de los recursos el análisis se elaboró a partir de los relatos de las entrevistadas a la luz de sus diferencias sociodemográficas, de la estimación de los ingresos y gastos de algunos hogares (v. capítulo cinco). Posteriormente, a fin de diferenciar la intensidad de la pobreza de los hogares de las entrevistadas, recurrí al manejo de información que en lo personal me resulta muy familiar: “los números”, así como a uno de los métodos de medición de la pobreza: las necesidades básicas insatisfechas –incluida la valoración de la ingesta de proteínas–; no obstante, cabe aclarar que la intención del procedimiento utilizado no fue hacer una “medición” en sentido estricto, sino que fue un recurso para obtener las posiciones de las mujeres entre sí, es decir, en sentido relacional, pues la idea subyacente de tal construcción fue la del espacio social de Bourdieu, en el que los agentes sociales tienen una posición social relativa en función de sus capitales o poderes (aunque este autor lo ejemplifica gráficamente en dos ejes que semejan los de las coordenadas cartesianas; v. Bourdieu, 2002a), aunque en este caso fue de la pobreza de los hogares de las entrevistadas.

El análisis presentado en el capítulo seis es otra historia, pues es resultado de dos ideas que en ese entonces (agosto de 2005) “me daban vueltas en la cabeza”; por un lado, la afirmación de Stromquist (1998) en el sentido de que hay pocas tipologías en América Latina acerca de los patrones de autoridad. Por el otro, la lectura del trabajo de Bastos (1999b), en donde plantea la dificultad de los hombres de los sectores populares de encontrar el punto medio, o la combinación de prácticas, que les permita cumplir con los dos roles que socialmente les son asignados, y que en cierta medida los conduce a adoptar la posición extrema del *continuum*. De dichas lecturas surgió mi idea de construir una tipología de las relaciones de género de las mujeres entrevistadas, sólo que, a mi parecer, construir una tipología de tipos extremos presentaba dos limitantes: por un lado, no me resultaba del todo

claro cómo organizar las prácticas que no eran extremas y, por el otro, si bien contaba con un ejemplo correspondiente al extremo de mayor subordinación en varias de las dimensiones consideradas, entre las mujeres no había un ejemplo de lo opuesto, además de que, de haberlo encontrado, quizá igualmente hubiese correspondido a una situación de subordinación, pero en ese caso del varón. Así, me di a la tarea de construir una tipología graduada; en tal labor, obtuve las dimensiones (o temas) a considerar en la tipología a partir de los comportamientos reportados en la literatura acerca del modelo tradicional –pues en esas fechas había encontrado otro texto, en mi opinión igualmente valioso, el cual advertía de los peligros de no considerar las prácticas correspondientes al contexto en estudio (v. Kabeer, 1999)–; mientras que la intensidad de cada dimensión la construí a partir de las prácticas declaradas por las mujeres entrevistadas. Sin embargo, debido a que estas últimas no cubrían toda la gama de indicadores para cada dimensión, estos fueron complementados con situaciones reportadas por la literatura (generalmente referidas a una subordinación intensa), o bien, con situaciones ideadas, particularmente en los indicadores correspondientes al tipo democrático.

Una vez ubicadas las prácticas de las mujeres en la tipología, el siguiente paso fue tratar de comprender, o explicar, los resultados a la luz de sus características sociodemográficas que la literatura ha reportado y de sus historias. En este sentido, la sección del capítulo seis, denominada “hacia la comprensión de los resultados”, no es otra cosa que una manera de interpretar los resultados obtenidos desde el punto de vista de quien esto escribe, de aquí que puede haber otras interpretaciones posibles.

Por otro lado, influida por mis lecturas previas de algunos textos de Amartya Sen y de Kabeer –y por el hecho de que ya contaba con la ubicación de las mujeres en términos de los aspectos tangibles del bienestar (expresados y diferenciados en su pobreza)–, decidí “estirar el análisis” y orientarlo hacia una concepción del bienestar más amplia, en donde, de acuerdo con Kabeer, el empoderamiento femenino es una dimensión más de aquel, lo que me permitió relacionar los dos aspectos del bienestar: las dimensiones más o menos tangibles (en términos de pobreza o de su opuesto, el bienestar material) con aquellas menos tangibles (en este caso el empoderamiento). Esto fue posible porque la tipología la había construido como una progresión, igual que la identificación de la intensidad de la pobreza (cuyo procedimiento se presenta más adelante). Sin embargo, el paso de clasificar las prácticas de las mujeres entrevistadas en la tipología a la identificación de su posición relativa en el grupo en términos

de empoderamiento, tuvo como trasfondo la obtención de sus posiciones en un espacio relacional (también con la idea de Bourdieu del espacio social).

D. Criterios operativos para la clasificación de las unidades domésticas

En esta sección se explicitan los criterios que se utilizaron para, por un lado, clasificar a los hogares encuestados según composición de parentesco y ciclo doméstico –los cuales son usados a partir del capítulo tres–y, por el otro, obtener la posición de los hogares de las mujeres entrevistadas de acuerdo con la intensidad de la pobreza, a la cual se hace referencia en los capítulos cinco y seis.

a) Tipos de familias: composición de parentesco y ciclo doméstico

Debido a que la información que sirve para describir el contexto, tanto de la ciudad de Mexicali como el de la colonia Hidalgo, procede mayoritariamente del INEGI, se optó por utilizar la clasificación elaborada por dicha institución para diferenciar a los hogares según la relación de parentesco de sus integrantes con el jefe del hogar. Así, el cuadro A muestra los criterios seguidos para clasificar a cada una las unidades domésticas encuestadas.

De los once tipos que resultan de las combinaciones e intersecciones de la clasificación de hogares del INEGI (v. cuadro A), en la muestra recopilada en la colonia Hidalgo sólo se identificaron seis tipos de hogares familiares y uno no familiar, por ello, y a fin de abreviar los nombres, se eliminó la palabra “familiar”; puesto que, en este caso, sólo los hogares unipersonales no están integrados por personas emparentadas, con lo que se confirma que la principal fuente de reclutamiento de los miembros del hogar es la familia, es decir, personas con la que se mantienen lazos de parentesco (Jelin, 1998; Tuirán, 1993).

Cuadro A. Clasificación de hogares según relación de parentesco de los integrantes con el jefe del hogar.

<i>Tipos de hogares</i> ¹	<i>Definición</i> ¹	<i>Combinaciones resultantes por extensión</i>
1. Familiar	En el que por lo menos uno de los miembros tiene relación de parentesco con el jefe. Los hogares familiares se clasifican en: nucleares, ampliados y compuestos. ²	1. HOGARES FAMILIARES
1.1. Nuclear	Constituido por: un jefe y un cónyuge; un jefe y su cónyuge con hijos no casados; o un jefe con hijos no casados ³	1.1. Nuclear completo
1.1.1. Completo	Constituido por un jefe y su cónyuge, o un jefe, su cónyuge y sus hijos; dentro de estos hogares puede o no haber otros parientes y/o no parientes del jefe.	1.2. Nuclear completo ampliado 1.3. Nuclear completo compuesto 1.4. Nuclear completo ampliado-compuesto
1.1.2. Monoparental	Constituido por el jefe y sus hijos, sin cónyuge; dentro de estos hogares puede o haber otros parientes, y/o no parientes del jefe.	1.5. Nuclear monoparental 1.6. Nuclear monoparental ampliado 1.7. Nuclear monoparental compuesto 1.8. Nuclear monoparental ampl-compuesto
1.2. Ampliado ⁴	Formado por un hogar nuclear con otros parientes, o un jefe con otros parientes (<i>sic</i>). ⁵	
1.2.1. Sin núcleo familiar de jefe	Constituido por el jefe y otros parientes, sin cónyuge ni hijos del jefe; dentro de estos hogares puede, o no, haber otros parientes y/o no parientes del jefe.	1.9. Sin núcleo familiar del jefe
1.3. Compuesto ⁴	Formado por un hogar nuclear o ampliado y con personas sin lazos de parentesco con el jefe.	
2. No familiar	Hogar en el que ninguno de los miembros tiene lazos de parentesco con el jefe.	2. HOGARES NO FAMILIARES
2.1. De corresidentes	Formado por dos o más personas que no guardan relaciones de parentesco con el jefe.	2.1. De corresidentes
2.2. Unipersonal	Formado por una persona.	2.2. Unipersonal

1. Elaborado a partir de las definiciones del glosario en: *Los hogares en México*, INEGI, Aguascalientes, 1997. Cabe aclarar que en las definiciones se omitió las alusiones a la inclusión de empleados domésticos.

2. En este grupo de hogares familiares, el INEGI también debió de haber incluido a los hogares “sin núcleo familiar del jefe”, puesto que está integrado por parientes.

3. Son hijos no casados: los hijos solteros, divorciados, viudos y separados que viven con sus padres y los hijos casados que viven con sus padres y no viven con su pareja.

4. Según el glosario del INEGI, los hogares ampliados y los compuestos integran el subconjunto de los *hogares no nucleares*, lo que contradice estas definiciones, pues ambas inician con la inclusión de los hogares nucleares.

5. En el segundo caso de esta definición (un jefe con otros parientes), el INEGI debió de haber especificado que se trata de un jefe, *sus hijos* (*i.e.* monoparental) y otros parientes, de lo contrario la definición es igual de la de hogares “sin núcleo familiar del jefe”.

De igual forma, dado que, con excepción de los hogares “sin núcleo familiar del jefe” (aquí denominado como “no nuclear”), todos los tipos de hogares familiares son nucleares –completos o no– se obvió el término “nuclear” en los hogares monoparentales. Así, los tipos de unidades domésticas identificados son:

Hogares familiares

1. Nuclear completo, que aquí se refiere a ellos como “nuclear”.
2. Nuclear completo ampliado, aquí denominado como “nuclear extenso”.
3. Nuclear completo extenso-compuesto.
4. Monoparental.
5. Monoparental extenso.
6. Sin núcleo familiar del jefe, que en este trabajo se les denomina como “no nuclear”; a pesar de que el INEGI usa el término “no nuclear” para referirse a los hogares ampliados y compuestos, lo que resulta una contradicción conceptual, puesto que estos últimos, de acuerdo con sus propias definiciones, incluyen a los hogares nucleares (v. cuadro A).

Hogares no familiares

7. Unipersonales

En la muestra se captaron dos hogares que no corresponden con exactitud a alguno de los tipos descritos. Sin embargo, se optó por agruparlos en alguna de las categorías mencionadas porque no hacerlo habría significado crear dos tipos adicionales, cada uno con un solo hogar. Las características de los hogares en cuestión, así como la clasificación a ellos asignada, son las siguientes:

- a) Se trata de una unidad doméstica que consta de un joven soltero de 25 años de edad, sin descendencia, y su madre de 72 años. Aunque la jefatura declarada y *de facto* recae en el joven, se consideró como monoparental, pues el parentesco entre ambos es de hijo-madre, por lo tanto tiene un componente nuclear.
- b) Es un hogar de jefatura femenina compartida. Esta unidad doméstica está integrada por dos hermanas de 29 y 24 años de edad (las jefas del hogar), los hijos de ambas –uno de

cada una— y la pareja de una ellas. Dada la presencia de un hogar nuclear completo, se consideró como nuclear extenso con jefatura femenina.

Por otro lado, y debido a que en la muestra sólo se captó un hogar completo que fuese a la vez extenso y compuesto, para fines de análisis y presentación de resultados, éste fue sumado a los hogares nucleares extensos.

La clasificación de hogares según la relación de parentesco que sus integrantes guardan con el jefe o jefa del hogar no era la única que resultaba de interés en este trabajo. Los textos sobre el tema de la familia son enfáticos en la importancia del factor tiempo. En este sentido, a pesar de que el concepto “curso de vida” surge como respuesta a las críticas al modelo del ciclo de vida familiar en tanto patrón general normativo de comportamiento secuencial esperado por las unidades domésticas (Ojeda, 1989), aquí se utilizó este último, pero no como fases por las cuales necesariamente debe pasar una familia, sino más bien como un elemento que refleja la edad de los miembros del hogar.

Con el propósito de clasificar a las unidades domésticas según su ciclo vital se tomaron como base los criterios utilizados por Benería y Roldán (1992: 38),⁷⁴ quienes lo dividen en dos grupos de fases: tempranas y avanzadas. Aunque los criterios de estas autoras se acercan a aquellos de García, Muñoz y Oliveira (1989) —quienes combinan la edad de los jefes con la de los hijos mayores—, para fines de este trabajo se tomaron los criterios de Benería y Roldán con algunas precisiones acerca de las edades de los hijos; por su parte, en los hogares sin descendencia se usó la edad de la mujer para identificar la fase del ciclo, como lo hicieron García, Muñoz y Oliveira. La forma en que se usaron dichos criterios se presentan en el cuadro B.

La combinación de las seis fases del ciclo doméstico con los tipos de hogar según composición de parentesco trajo como consecuencia la atomización de la muestra; por ello, las fases se reagruparon en tres. La primera incluye a las tres primeras fases tempranas de Benería y Roldán, la segunda consta de las dos primeras fases avanzadas y la tercera se integra por la última —como se muestra en el cuadro B—, con lo que se puede hablar de tres etapas correspondientes a las fases temprana, intermedia y avanzada del ciclo vital de las unidades domésticas, y a las cuales aquí se les denomina como etapas de expansión,

⁷⁴ Tuirán (2001) utiliza criterios semejantes a los de Benería y Roldán; sin embargo, sólo considera la edad de 15 años de los hijos como punto de referencia para ubicar las etapas.

consolidación y dispersión –nombres utilizados por González de la Rocha (1994)–. Cabe destacar que las fases o etapas procuran reflejar el ciclo de la reproducción generacional o biológica del hogar, a saber:

Cuadro B. Criterios usados para la identificación de la fase del ciclo doméstico.

Fases	Criterios de Benería y Roldán	Criterios aquí utilizados	Clasificación resultante usada
Tempranas:			
Formación	Pareja sin descendientes	Igual, en combinación con la edad de la mujer.	Expansión
Expansión	Familias nucleares completas o incompletas con niños menores de 7 años.	Igual	
Expansión plausible	Familias nucleares completas o incompletas con descendencia masculina y/o femenina entre 7 y 17 años y entre 7 y 15 años respectivamente.	Igual, aunque también incluye familias con hijos/as menores de 7 años	
Avanzadas:			
Fisión-expansión	Familias nucleares completas o incompletas con descendencia de 18 años o más en varones y de 16 años o más en mujeres, más niños menores de 7 años.	Igual, aunque también pueden estar presentes hijos varones de 7 a 17 años y/o hijas de 7 a 15 años.	Consolidación
Fisión	Igual que arriba pero sin niños menores de 7 años	Con hijos varones de 18 años o más y/o hijas de 16 o más años, además de hijos hombres entre 7 y 18 y/o hijas entre 7 y 16, sin niños menores de 7 años.	
Sustitución	Familias nucleares completas o incompletas con toda su descendencia de 18 años o más en varones o de 16 años o más en mujeres	Igual, pero en caso de ausencia de hijos se tomó la edad de la mujer.	Dispersión

Fuente: Elaborado a partir del trabajo de: Benería, Lourdes y Martha Roldán. 1992. *Las encrucijadas de clase y género. Trabajo a domicilio, subcontratación y dinámica de la unidad doméstica en la ciudad de México*. El Colegio de México-FCE, México, p. 38.

- a) *Etapas de expansión.* Corresponde a los hogares con niños (menores de 7 años) con o sin hijos hasta de 15 años para mujeres y 17 para varones. Si se trata de pareja sin descendientes, la edad de la mujer definió la inclusión en esta etapa.

- b) *Etapas de consolidación.* Incluye a los hogares con hijos varones de 18 años y más y/o con hijas mayores de 16 años que coinciden con la presencia de hijos menores a las edades antes mencionadas (*i.e.* de cero a 17 en hombres y de cero a 15 en mujeres).
- c) *Etapas de dispersión.* Se refiere a los hogares con toda su descendencia de 18 años o más en varones y de 16 años o más en mujeres.

Finalmente, en la siguiente y última sección se presentan los criterios que guiaron la obtención de la posición de los hogares de las mujeres entrevistadas en términos de bienestar.

b) Indicador de bienestar combinado: individual-colectivo

Una manera de sintetizar los hallazgos reportados en el capítulo cinco es hacer un esfuerzo por diferenciar la intensidad de la pobreza de las unidades domésticas de las cuales forman parte las mujeres entrevistadas, tarea que ahora debe ir un poco más allá del método utilizado en el capítulo anterior –*i.e.* línea de pobreza que sólo considera el ingreso per cápita y tiene dos clasificaciones, en su versión dicotómica, o bien, cuatro, si se consideran los niveles de pobreza—. Con tal propósito, aquí se muestran de manera resumida algunos indicadores que se orientan hacia la valoración del bienestar, entendido éste como “estar bien”; como lo plantea Amartya Sen: “el «bienestar» se relaciona con los logros de una persona: ¿qué tan «bien» está él o ella?” (Sen, 1987: 3). Aunque este concepto es muy amplio, Sen plantea que un primer acercamiento al bienestar se podría alcanzar mediante la valoración de los funcionamientos de una persona (lo que ésta puede realizar), en tanto formas diferentes de hacer, de ser o de estar; es decir, sus logros, que pueden consistir en actividades (como el comer o el leer o el ver) o en estados de existencia, por ejemplo estar bien nutrido.

Aunque la propuesta de Sen va más lejos de la valoración de logros o realizaciones personales, lo que a continuación se presenta es un esfuerzo intermedio entre ese primer acercamiento reconocido por el autor (logros o realizaciones) y una de las formas tradicionales de valoración del bienestar: la satisfacción de las necesidades básicas; pues aunque el análisis que se presenta a continuación está centrado en la unidad doméstica (como

colectividad y no exclusivamente en las personas como propone Sen), también considera algunos indicadores de realizaciones o logros a nivel individual.

A nivel *colectivo* o de la unidad doméstica se consideraron las siguientes dimensiones de logros de bienestar:

- *Alimentación.* Que todos los miembros del hogar ingieran alimentos al menos tres veces al día y que el consumo de alimentos no manifieste deficiencias en la ingesta de proteínas.
- *Salud.* Que los integrantes del hogar tengan acceso a servicios médicos y a medicamento sin menoscabo de los recursos del hogar; además, que ningún miembro padezcan alguna enfermedad crónica o que impida su funcionamiento pleno y, en caso de que se presente esta situación, que la persona enferma tenga acceso a atención médica y medicinas sin que ello genere una carga adicional en el hogar.
- *Vivienda.* Que la familia habite una vivienda no precaria, es decir, aislada del medio ambiente exterior, sin problemas de hacinamiento (dos personas por dormitorio) y con sanitario dentro de la vivienda.⁷⁵
- *Vestido.* Formar parte de una familia que dispone de los medios para destinar recursos a la adquisición de ropa en buen estado (nueva), ya sea ocasionalmente o cuando sea necesaria su reposición.
- *Tipo de trabajo.* Que el trabajo realizado por al menos uno de los proveedores de recursos monetarios esté protegido por los derechos y obligaciones que establece la ley (formalidad en el empleo).

A nivel *individual* se valoran las siguientes dimensiones:

- *Alimentación.* Ingerir alimentos al menos tres veces al día.
- *Salud.* No padecer alguna enfermedad crónica o que impida el funcionamiento pleno del individuo.
- *Escolaridad.* En las personas mayores de 15 años, tener una escolaridad al menos de secundaria terminada, de manera que el individuo cumpla con las exigencias del mercado laboral y pueda entrar a éste sin desventajas.

⁷⁵ No se incluyó la disponibilidad de servicios dentro de la vivienda (como energía, eléctrica, agua entubada y drenaje) porque todas las viviendas de las entrevistadas disponen de ellos.

Cuadro C. Resumen de la valoración del bienestar de los hogares de las entrevistadas.

Cuadro C. Resumen de la valoración del bienestar de los hogares de las entrevistadas.								
Nombre	Indicadores						Col + indiv.	Jerarquía
	Colectivos							
	Aliment.	Salud	Vivienda	Vestido	Tipo trab.	Total		
Diana	0	0	0	0	0	0	0.40	1
Irma	1	0	1	0	1	3	5.83	2
Natalia	1	0	1	1	1	4	6.75	3
Pilar	1	1	1	1	1	5	8.13	4
Julia	1	1	1	1	2	6	8.43	5
Lucía	1	1	1	2	1	6	10.00	6
Hilda	1	2	2	2	1	8	10.33	7
Leticia	1	2	2	2	2	9	12.17	8

Fuente: Elaborado con la información de los cuadros A5.1 a A5.8 del anexo.

* Es la fracción correspondiente al número de miembros del total del hogar que cubre los criterios individuales indicados más abajo.

Criterios de la valoración de los indicadores colectivos:

Alimentación: 2 = No deficiente.

1 = Deficiente en la ingesta de proteínas o en el número comidas diarias.

0 = Muy deficiente: en número de comidas diarias y en ingesta de proteínas.

Salud: 2 = Sin miembros del hogar enfermos y todos con servicios de salud.

1 = Sin acceso a servicios de salud o con un miembro con padecimiento crónico.

0 = Algún miembro enfermo y todos o la mayoría sin servicios de salud.

Vivienda: 2 = No precaria.

1 = Precaria debido a algún tipo de problema (hacinamiento, sanitario, constructivo).

0 = Muy precaria: existencia de más de uno de los problemas mencionados.

Vestido: 2 = Sin problemas para vestirse al menos modestamente con ropa nueva.

1 = Situación mixta, se visten mayormente de ropa regalada de reuso y adquieren nueva.

0 = Sólo se visten de ropa usada, ya sea que la compren o se la regalen.

Tipo de trabajo: 2 = Procede del trabajo formal de al menos un miembro del hogar (con prestaciones).

1 = Procede del trabajo informal pero con regularidad en el empleo.

0 = Procede del trabajo informal con irregularidad en el empleo.

Criterios de la valoración de los indicadores individuales:

Alimentación: Representa el número de miembros del total del hogar que comen tres veces al día.

Salud: Representa el número de miembros del total del hogar que no padece enfermedades.

Escolaridad: Se refiere a la fracción de los miembros del hogar mayores de 15 años que al menos terminaron secundaria.

Generación de ingresos: Se refiere a la fracción de los miembros del hogar mayores de 15 años que perciben ingresos.

- *Generación de ingresos*. Ser económicamente autosuficiente (ocupación) si se es mayor de 15 años.

Los indicadores correspondientes a cada uno de los ocho hogares se detallan en los cuadros A5.1 al A5.8 en el anexo, mientras que la síntesis de estos se muestra en el cuadro C; en este sentido, cabe hacer dos aclaraciones: en primer lugar, los indicadores de bienestar no están ponderados, es decir, todos se presentan con puntuaciones iguales, a pesar de que algunos pueden tener una mayor relación con el bienestar (como la alimentación o la salud) y, en segundo lugar, el puntaje final que se presenta en el cuadro en cuestión es sólo el resultado de sumar los valores de los dos tipos de indicadores usados –i.e. colectivos e individuales–, esto último más como un medio para diferenciar los hogares y ajustar los resultados –al incluir las particularidades de sus integrantes– que para obtener un número en escala continua como resultado de una medición, puesto que el propósito es obtener una jerarquía en el bienestar de las unidades domésticas y una idea de diferencia o distancia entre éstas.

El resultado de la suma de los puntajes de los indicadores colectivos da una aproximación a la posición que, en términos de bienestar, guardan entre sí estos ocho hogares. En la columna del “total” correspondiente a los indicadores colectivos del cuadro C, se observa que las familias de Julia y Lucía aparentemente tendrían una situación igual en términos de los logros de bienestar (ambas con seis puntos); además, las diferencias en el total de puntos entre una unidad doméstica y la siguiente en magnitud no rebasan los tres puntos (por ejemplo Diana obtiene cero e Irma tres). Sin embargo, al introducir los logros o realizaciones individuales la situación de igualdad de Julia y Lucía desaparece y las brechas entre las unidades domésticas se amplían, especialmente entre Diana e Irma, pero también entre Irma y Natalia o entre esta última y Pilar.

Las posiciones resultantes, así como una aproximación de las distancias entre los hogares, se muestran en las dos últimas columnas del cuadro C, en donde el mayor bienestar logrado corresponde a la familia Leticia y el menor al de Diana. Sin embargo, si se usa el lente de la pobreza, es decir, el de las carencias o, para decirlo en términos de Kabeer (1998: 150), “de los que están privados de las necesidades humanas básicas”, ningún hogar se puede calificar como no pobre en sentido estricto, pues todos presentan limitaciones en materia de alimentación, ya sea en el número de comidas diarias y/o en la ingesta de proteínas (v. cuadro 5.7); incluso si alguna persona de la familia alcanzara a cubrir sus requerimientos de este

nutriente, ello implicaría una mayor deficiencia en algún otro miembro del hogar. Estos resultados contrastan con los reportados en el cuadro 5.1, en donde los hogares de Julia, Leticia y Lucía aparecen como no pobres desde una perspectiva de los ingresos per cápita. En este sentido, las limitaciones de los métodos indirectos que utilizan la vía de ingreso se hacen evidentes, como mucho se ha insistido en la literatura sobre el tema.

BIBLIOGRAFÍA

a) Libros y revistas

- Acuña G., Beatriz *et al.* (1983). *El trabajador agrícola transmigrante de la frontera, municipio de Mexicali-condado Imperial*. IIS-UABC, Mexicali (reporte terminal del programa de investigación).
- Adorno, Theodor y Max Horkheimer (1944). "The Culture Industry: Enlightenment as Mass Deception". Reproducido en: Juliet B. Schor y Douglas B. Holt (eds.). 2000. *The Consumer Society Reader*. The New Press, Nueva York.
- Aguirre Bernal, Celso (1983). "Desarrollo inicial de Mexicali". En: David Piñera Ramírez (coord.). *Panorama histórico de Baja California*. Centro de Investigaciones Históricas, UNAM-UABC, Tijuana.
- Alegria, Tito (1990). "Ciudad y migración en la frontera de México con Estados Unidos". *Frontera Norte*, vol. 2, núm. 4, julio-diciembre, El Colegio de la Frontera Norte, México.
- Álvarez de la T., Guillermo y Guadalupe Ortega (1991). "Vivienda popular en Baja California". Ponencia presentada en la reunión anual de la ABS, (mimeo).
- *et al.* (2005). "Estudios exploratorios de marginalidad en Baja California". En: *Ciudadanía, pobreza y marginación*. RNIU-UAP, México. (3er. Congreso Internacional: Balance y Perspectivas del Análisis Territorial).
- Álvarez S., Roberto *et al.* (1995). "Epidemiología de la úlcera péptica en siete consultorios del médico de la familia". *Revista Cubana de Medicina General Integral*. Julio-septiembre.
- Argüello, Omar (1981). "Estrategias de supervivencia: un concepto en busca de su contenido". *Demografía y economía*, vol. XV, núm. 2 (46) El Colegio de México, México.
- Ariza, Marina y Orlandina de Oliveira (2001). "Familias en transición y marcos conceptuales en redefinición". *Papeles de Población*, núm. 28. Centro de Investigación y Estudios Avanzados de la Población/UAEM, México.
- (2002a). "Acerca de las familias y los hogares: estructura y dinámica". En: Catalina Wainerman (comp.). *Familia, trabajo y género. Un mundo de nuevas relaciones*. UNICEF/Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- (2002b). "Cambios y continuidades en el trabajo, la familia y la condición de las mujeres". En: Elena Urrutia (coord.). *Estudios sobre las mujeres y las relaciones de género en México: aportes desde diversas disciplinas*. El Colegio de México, México.
- Banco Mundial (1992). "La medición de la pobreza". *Comercio exterior*, vol. 42, núm. 4. México.
- (2002). "¿Qué es el capital social?" (consulta electrónica el 11 septiembre de 2002). www.worldbank.org/poverty/spanish/scapital/index.htm

- Barsotti, Carlos A. (1981). "La organización social de la reproducción de los agentes sociales, las unidades familiares y sus estrategias". *Demografía y economía*, vol. XV, núm. 2 (46), El Colegio de México. México.
- Bastos, Santiago (1999a). "Concepciones del hogar y ejercicio del poder. El caso de los mayas de Ciudad de Guatemala". En: Mercedes González de la Rocha (coord.). *Divergencias del modelo tradicional. Hogares de jefatura femenina en América Latina*. CIESAS/SEP-Conacyt/Plaza y Valdés, México.
- (1999b). "Más allá de la dominación masculina. Algunas propuestas para la comprensión de la dinámica de poder en los hogares populares". En: Rocío Enríquez Rosas (coord.). *Hogar, pobreza y bienestar en México*. ITESO, México.
- Baudrillard, Jean (1981). *El sistema de los objetos*. Siglo XXI Editores, México, 6ª ed.
- (1982). *Crítica de la economía política del signo*. Siglo XXI Editores, México, 4ª ed.
- Benería, Lourdes y Martha Roldán (1992). *Las encrucijadas de clase y género. Trabajo a domicilio, subcontratación y dinámica de la unidad doméstica en la ciudad de México*. El Colegio de México/Fondo de Cultura Económica, México.
- Berger, Peter y Thomas Luckmann (1968). *La construcción social de la realidad*. Amorrortu editores, Buenos Aires.
- Blumberg, Rae Lesser (1991). "Introduction: The «Triple Overlap» of Gender Stratification, Economy, and the Family". En: Rae Lesser Blumberg (ed.). *Gender, Family and Economy. The Triple Overlap*. Sage Publications, Newbury Park.
- Boltvinik, Julio (1994). *Pobreza y estratificación social en México*. Tomo X. INEGI/Colegio de México/IIS-UNAM, México.
- 2001. "Opciones metodológicas para medir la pobreza en México". *Comercio exterior*, vol. 51, núm. 10, octubre.
- Bourdieu, Pierre (1990). *Sociología y cultura*. Consejo Nacional para la Cultura y las Artes-Ed. Grijalbo, México.
- (1993). *Cosas dichas*. Ed. Gedisa, Barcelona.
- (2002a). *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*. Ed. Anagrama (Colección Argumentos), Barcelona, 3ª ed.
- (2002b). *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*. Ed. Taurus, México.
- (2005). *La dominación masculina*. Ed. Anagrama (Colección Argumentos). Barcelona, 4ª ed.
- Camarena C., Rosa María (1999). "Estado y curso de vida". En: Beatriz Figueroa Campos (coord.). *México diverso y desigual: enfoques sociodemográficos*. V Reunión de Investigación sociodemográfica en México (vol. 4). El Colegio de México/Sociedad Mexicana de Demografía, México.
- Casique, Irene (2001). *Power, Autonomy and Division of Labor in Mexican Dual-Earner Families*. University Press of America, Maryland.
- (2004). *Poder y autonomía de la mujer mexicana. Análisis de algunos condicionantes*. CRIM-UNAM, México.
- CEESEM (2003). *Tendencias de consumo y gasto de los mexicalenses. Estudio para el área urbana de Mexicali*. Centro de Estudios Económicos del Sector Empresarial de Mexicali, A.C. (Compendio de Estadística Económica, Mexicali. Serie Documentos de Investigación, enero 2003).

- Chafetz, Janet Saltzman (1991). "The Gender Division of Labor and the Reproduction of Female Disadvantage. Toward an Integrated Theory". En: Rae Lesser Blumberg (ed). *Gender, Family and Economy. The Triple Overlap*. Sage Publications, Newbury Park.
- Chant, Sylvia (1988). "Mitos y realidad de la formación de las familias encabezadas por mujeres: el caso de Querétaro, México". En: Luisa Gabayet, *et al.* (comps.). *Mujeres y sociedad. Salario, hogar y acción social en el occidente de México*. El Colegio de Jalisco/CIESAS del Occidente, Guadalajara.
- (1991). *Women and survival in Mexican cities. Perspectives on gender, labour markets and low-income households*. Manchester University Press. Manchester y Nueva York.
- (1999). "Las unidades domésticas encabezadas por mujeres en México y Costa Rica: perspectivas populares y globales sobre las madres sin pareja". En: Mercedes González de la Rocha (coord.). *Divergencias del modelo tradicional. Hogares de jefatura femenina en América Latina*. CIESAS/SEP-Conacyt/Plaza y Valdés, México.
- Cohen, Ira J. (1991). "Teoría de la estructuración y Praxis social". En: Anthony Giddens, Jonathan Turner y otros. *La teoría social, hoy*. Conaculta-Alianza Editorial, México.
- Conapo-Conepo (1984). *Estudio sociodemográfico del estado de Baja California*, México.
- Conasami (2005). Salarios mínimos regionales. Portal electrónico de la Comisión Nacional de los Salarios Mínimos. www.consami.gob.mx
- Coplamar (1982). *Necesidades esenciales en México. Vol. 1, Alimentación*. Coplamar-Siglo XXI Editores, México.
- Cortés, Fernando *et al.* (2002). *Evolución y características de la pobreza en México en la última década del siglo XX*. Secretaría de Desarrollo Social (Serie: documentos de investigación núm. 2), México.
- Cortina, Adela (2002). *Por una ética del consumo. La ciudadanía del consumidor en un mundo global*. Ed. Taurus, España.
- CTMP (2002). *Medición de la pobreza. Variantes metodológicas y estimación preliminar*. Secretaría de Desarrollo Social, serie: documentos de investigación, no. 1, México.
- De la Rosa, Martín (1990). "Estrategia popular para tiempos de crisis". En: Guillermo de la Peña, *et al.* (comps.). *Crisis, conflicto y sobrevivencia. Estudios sobre la sociedad urbana en México*. Universidad de Guadalajara/CIESAS, México.
- Douglas, Mary y Baron Isherwood (1990). *El mundo de los bienes. Hacia una antropología del consumo*. Ed. Grijalbo-Conaculta, México.
- Enríquez R., Rocío (2002). "Women and Survival Strategies in Poor Urban Contexts: A case Study from Guadalajara, Mexico." En: *Journal of Developing Societies*, no. 18 (Structural Changes and Gender Relations in Latin America and the Caribbean), de Sitter Publications.
- y Ana Paola Aldrete G. (1999). "Características de los hogares pobres urbanos. El caso Las Flores". En: Rocío Enríquez Rosas (coord.). *Hogar, pobreza y bienestar en México*. ITESO, México.
- Feijoó, María del Carmen (1999). "De pobres mujeres a mujeres pobres". En: Mercedes González de la Rocha. *Divergencias del modelo tradicional. Hogares de jefatura femenina en América Latina*. CIESAS/SEP-CONACYT/Plaza y Valdés, México.
- Fine, Ben (2002). *The World of Consumption. The Material and Cultural Revisited*. Routledge, Londres y Nueva York, 2ª ed.

- Folbre, Nancy (1991). "Women on Their Own: Global Patterns of Female Headship". En: Rita S. Gallin y Anne Ferguson (eds.). *The Women and International Development Annual*. (vol. 2). Westview Press, Boulder, Co.
- Foucault, Michel (1979). *Microfísica del poder*. Las ediciones de La Piqueta, Madrid, 2ª ed.
- García Canclini, Néstor (1993). *El consumo cultural en México*. CONACULTA, México.
- García Guzmán, Brígida (1998). "Dinámica familiar, pobreza y calidad de vida: una perspectiva mexicana y latinoamericana". En: Beatriz Schmukler (coord.). *Familias y relaciones de género en transformación. Cambios trascendentales en América Latina y el Caribe*. Population Council/EDAMEX, México.
- Humberto Muñoz y Orlandina de Oliveira (1982). *Hogares y trabajadores en la ciudad de México*. El Colegio de México/UNAM, México.
- Humberto Muñoz y Orlandina de Oliveira (1983). *Familia y mercado de trabajo. Un estudio de dos ciudades brasileñas*. El Colegio de México/UNAM, México.
- Humberto Muñoz y Orlandina de Oliveira (1989). "Familia y trabajo en México y Brasil". En: Orlandina de Oliveira, et al. *Grupos domésticos y reproducción cotidiana*. UNAM/El Colegio de México/Miguel Ángel Porrúa. México.
- y Orlandina de Oliveira (1994). *Trabajo femenino y vida familiar en México*. El Colegio de México, México.
- (2003). "Empoderamiento y autonomía de las mujeres en la investigación sociodemográfica actual". *Estudios demográficos y urbanos*. Vol. 18, núm. 2, mayo-agosto. El Colegio de México, México.
- García Montaña, Jorge (1992). "Configuración económica de Baja California". *Estudios fronterizos*, núm. 27-28, enero-abril/mayo-agosto, UABC, Mexicali.
- Germani, Gino (1973). *El concepto de marginalidad. Significado, raíces históricas y cuestiones teóricas, con particular referencia a la marginalidad urbana*. Ediciones Nueva Visión, Colección Fichas, Buenos Aires.
- Giddens, Anthony (1991). *Modernity and Self Identity. Self and Society in the Late Modern Age*. Stanford University Press, California.
- (1995). *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración*. Amorrortu editores. Argentina.
- (1997). *Las nuevas reglas del método sociológico. Crítica positiva de las sociologías comprensivas*. Amorrortu Editores, Buenos Aires, 2ª ed.
- Gobierno del Estado de Baja California (2005). *IV Informe de gobierno*. www.bajacalifornia.gob.mx/IV_Informe/6economico/6economico.htm
- González Aréchiga, Bernardo (1985). "Aspectos estructurales del comercio fronterizo entre México y Estados Unidos". *Estudios fronterizos*, núm. 6, UABC, México.
- González de la Rocha, Mercedes (1988). "De por qué las mujeres aguantan golpes y cuernos: un análisis de hogares sin varón en Guadalajara". En: Luisa Gabayet, et al. (comps.). *Mujeres y sociedad. Salario, hogar y acción social en el occidente de México*. El Colegio de Jalisco/CIESAS del Occidente, Guadalajara.
- (1994). *The Resources of Poverty. Women and Survival in a Mexican City*. Blackwell, Cambridge, Mass.
- et al. (1990). "Estrategias versus conflicto: reflexiones para el estudio del grupo doméstico en época de crisis". En: Guillermo de la Peña, et al. (comps.). *Crisis, conflicto y sobrevivencia. Estudios sobre la sociedad urbana en México*. Universidad de Guadalajara/CIESAS, México.

Pilar: Porque la gran diferencia que hay entre ella y yo es que a ella como que mi abuelito decía «esto se hace» y eso se hacía. Y aquí él me dice «haz esto» y si no me parece no lo hago, y yo no pido permiso, yo nomás le digo «¿sabes qué?, ahorita vengo, voy a ir a la escuela, voy a llegar tarde y que no sé qué» y es todo, yo no le digo «¿me dejas?», y mi abuelita sí.

GOV: ¿A qué cree que se deba esa diferencia entre su abuelita y usted?

Pilar: Porque ya las mujeres pensamos diferente que antes y es que... como le digo a mi esposo, «nosotros también sentimos, nosotros también somos seres humanos, que nos haigan tenido aplastadas, oprimidas es muy diferente, pero nosotros también tenemos necesidades, igual que ustedes de divertirse, de no estar a lo que ustedes digan». Ahora, le digo a él: «uno se hace de dos, entonces la responsabilidad es de los dos», porque muchos hombres dicen «ay, tú las pariste y tú, es tu responsabilidad, tú eduéalas y tú a ver cómo le haces».

En el fragmento anterior de la entrevista de Pilar emerge una ruptura respecto de las relaciones de género que mantuvo su abuela, pues si bien valora la maternidad y la domesticidad, y deja la responsabilidad de la manutención de ella y sus hijas en manos de su marido, también muestra la búsqueda de relaciones de género más equitativas con su pareja en comparación a las que observó en su hogar de origen.

En general, los relatos de estas tres mujeres (Natalia, Irma y en menor medida de Pilar) dejan entrever una aceptación de roles de género tradicionales –aunque menos asimétricos que los descritos por el “patrón de dominación patriarcal”, pues sus relaciones de pareja no son de total subordinación; además, sus cónyuges son más participativos y menos autoritarios en relación con los roles a ellos asignados por el modelo tradicional–, especialmente porque ellas están satisfechas con su relación de pareja y con el papel que juegan en la familia; lo que bien puede ser manifestación de la violencia simbólica, ya que ésta se ejerce de manera suave y a menudo invisible, y “no se produce en la lógica pura de las conciencias conocedoras, sino a través de los esquemas de percepción, de apreciación y de acción” (Bourdieu, 2005: 53).

d) Agencia

Las reflexiones que las mujeres declararon haber hecho sobre sus vidas y sobre la que desean para sí mismas y para sus hijos han sido el principal motivo de cambio en algunas de sus prácticas aquí valoradas como indicadores de empoderamiento –principalmente en sus roles domésticos–, ya sea respecto de los comportamientos vividos en la familia de origen o de aquellos observados en el hogar que formaron. Estos cambios han surgido de una estrategia

consciente, orientada hacia un resultado deseado, y son manifestación del ejercicio de su capacidad transformadora o agencia, esto es, de “la capacidad de los actores para «modificar» de la producción de resultados definidos [...] Puesto que este «modificar» significa transformar algún aspecto de un proceso o acontecimiento” (Cohen, 1991: 365), o como dice Kabeer (1999) “la habilidad de definir las propias metas y actuar hacia ellas”. Sin embargo, cabe mencionar que los resultados del ejercicio de la agencia no necesariamente, o no siempre, se han traducido en mayores niveles de empoderamiento, aunque ayudan a comprender el desempoderamiento en algunas dimensiones de la tipología construida.

Irma, por ejemplo, tuvo que posponer la realización de la entrevista porque, al acudir a la cita previamente establecida, ella estaba atareada poniendo leña en el patio de su casa para calentar agua para que uno de sus hijos se bañara, porque no tenía gas para calentarla (ni dinero para comprarlo). Irma hace todo el trabajo doméstico sin pedir ayuda a sus hijos ni a su hija porque ella conscientemente decidió actuar de esa manera, pues es su forma de demostrarles cariño y aligerarles la vida. Al respecto, comentó:

Siempre me he echado la culpa que yo fui. Y yo veo que todos los hijos les ayudan a sus mamás, tan solo en su comida, en todo lo que son los quehaceres de la casa... ¡Ah! pues cuando usted llegó, ¿no vio que andaba arreglándole l’agua a mi’jo para... ? [en alusión a la cita previa que tuvo que ser pospuesta]. Y le dice mi’jo grande al otro: «¿qué no podías arreglártela tú?». Les digo: «¡ay mi’jos! denle, pídanle a Dios que les dé licencia que su madre pueda caminar pa’ que les ande arreglando todo». Dice [su hijo mayor] «¿cómo va a ser posible que hasta l’agua?». Tenía que llevarle de aquí l’agua caliente al baño para echársela en una cubeta... y pues el otro nomás se queda callado, y que porque eres consentido... que esto. Pero ya le digo, yo soy la de la culpa. Todo me hizo falta a mí y según yo quise darles todo. Y ahora pues lo reconozco... [se le llenaron los ojos de lágrimas].

Algo parecido ocurre con Hilda, quien no desea que sus hijos padezcan la dureza del trato que ella recibió, principalmente de su padre. Ella reconoce que durante muchos años reprodujo el comportamiento de sus padres, pero el recordar la falta de libertades que padeció y que tuvo que enfrentarse a ellos para ingresar a la universidad –y no a la normal como deseaban–, la hicieron reflexionar y cambiar la forma de tratar a sus hijos.

GOV: Entonces tú eras la responsable [de la casa y del cuidado de los hermanos menores].

Hilda: Sí. Sí, pues es una de las desventajas de ser uno el mayor.

GOV: Cuidar a los hermanitos.

Hilda: Sí, abrocharle los zapatos, cosas así. Y me quitaba tiempo a veces. Y mi papá era de las personas que él llegaba y no quería ruido, no quería focos prendidos en los cuartos, no quería nada; o sea que si no alcanzaste a hacer la tarea ya te amolaste. Y levantarte temprano, era su odio de mi papá que nos levantáramos temprano y a planchar,

- «pudiendo hacer...». Pero los hombres nunca ven todo el trabajo de amos de casa, porque ahí éramos todos amos de casa. Yo he querido para mis hijos eso, que no, que nunca me reprochen de que «tú me pusiste a hacer eso y no llevé la tarea y por esto y por esto otro».
- GOV: ¿Tú fuiste igualmente dura con tus hijos, como fueron contigo?
- Hilda: Cometí ese error. Sí, hubo un tiempo que sí.
- GOV: ¿Cuándo te diste cuenta de que era un error?
- Hilda: ¿Cuándo me di cuenta? Verás... fui dura con ellos yo creo que de los 5 a los 10-11 años, y ya cuando dije: «¿pero qué me está pasando?, ¿por qué estoy echando a perder a mis hijos del error que yo tenía?». No bueno, del error que mi papá tenía. Yo creo que ya cuando ellos tenían unos 13 años dije... «¿por qué?». Aparteirme a trabajar a la escuela me abrió también los ojos, parece que no.
- GOV: ¿Y eso lo aprendiste en la escuela? ¿De ver los problemas de los niños con los que tratas?
- Hilda: No. Es que mira, desde que era yo niña lo que mi papá decía se hacía, y mi mamá también, era de que tenía que hacerlo. Yo ya tuve poca libertad cuando ya tenía la edad de ellos [19 y 18 años], y si yo quería... porque yo también hice la prueba en la normal, hice la prueba pues en la Uni, y yo dije: «no, yo me voy a la Uni, a la normal no»; porque mis primos [...] todos son maestros. Tengo un primo que es maestro y nunca le gustó la carrera, nomás por darle el gusto a su papá; es contador ahorita, dejó la carrera y entró a la universidad, es contador y dejó su carrera... o sea, no le gustaba. Y son cosas que vas viendo conforme vas creciendo. Yo por eso les di libertad a ellos, «yo te digo esto, esto y esto. Tú sabrás. Yo te doy mi opinión, y tú sabrás si te inclinas en eso o te inclinas en lo que tú haces, y lo que tú hagas pues yo te apoyo», lo mismo con su embarazo [refiriéndose a su hija].

Hilda declaró que sus hijos no le ayudan con el trabajo doméstico porque a causa de tener que realizarlo ella en su hogar de origen no le quedaba tiempo suficiente para realizar sus tareas escolares, así que ella conscientemente adoptó un trato diferente con sus hijos en lo que se refiere al trabajo doméstico y al autoritarismo de su padre. El cambio de comportamiento respecto de su carga doméstica en su hogar de origen se ha traducido en una doble jornada para ella, mientras que el abandono de actitudes autoritarias con sus hijos le ha permitido tener un mejor relación con ellos y una mejor comunicación; es decir, tiene resultados negativos en lo que a trabajo doméstico y disponibilidad de tiempo libre se refiere, pero saldo positivo en el trato con sus hijos.

De acuerdo con su experiencia, Leticia está consciente de que el ambiente familiar puede orillar a los hijos a una salida rápida del hogar por la vía del matrimonio, tal como le sucedió cuando se casó a los 16 años con el padre de su hijo mayor, quien era afecto al alcohol y de quién recibió golpes e infidelidades. Por ello, no tiene reparos en platicárselo a su hija, pues quiere evitar que reproduzca su situación.

... como con el muchacho con el que yo me casé, yo con él no ocupé conocerlo tanto porque nos conocíamos desde niños, mis papás y sus papás se conocían. Mi papá era de Guadalajara y su papá de él era de Guadalajara también, cuando se volvieron a encontrar ellos aquí, nos juntaron a las familias y ahí fue donde yo me... pos no te podría decir que me enamoré de él, no, no. No sé

qué pasó, yo digo que a la mejor fue porque me quería salir de la casa, tanto problema, quería huir de la casa. Y es lo que yo le comenté a mi hija. Por lo mismo yo trato de que no haiga problemas en mi hogar para que ella no haga lo que yo hice, que no cometa el error que yo hice, porque yo se lo he platicado a ella, le he platicado.

El trato igual que Leticia da a sus hijos e hijas también es resultado de su propia experiencia, pues si bien su madre fue violenta con todos sus hijos e hijas, las agresiones verbales, intrigas y mofas que hasta la actualidad recibe de ella, Leticia se las explica porque cree que son celos o una especie de venganza, pues ella era quien le hacía compañía a su padre cuando se iba a visitar a los amigos a echarse la copa, ya que había cierta complicidad entre padre e hija; de aquí que ella no hace diferencias entre sus hijos para evitar el surgimiento de rivalidades. Además, la experiencia con su primer pareja le enseñó que no debe reproducir de nuevo el tipo de relación que mantenía con él:

GOV: ¿Tú consideras que tienes una buena relación con él [en alusión a su pareja actual]?

Leticia: Sí.

GOV: ¿No es golpeador como era tu primer (no dejó terminar la pregunta)?

Leticia: Ah no, no, no. Ya le he dicho yo: «el día que me... Con una cachetada que me pongas me divorcio», le digo yo. Y dice mi'jo: «uuu no. No alcanza a ponértela», dice mi'jo el mayor, «no alcanza a ponértela amá» [riéndose].

La reflexión sobre sus experiencias como hija y sobre su vida en pareja con su primer marido, han hecho de Leticia una mujer asertiva, de aquí que su empoderamiento se asocie a en buena medida a su labor de auto-transformación y de empeñarse en que ella y sus hijos vivan en un ambiente diferente al de su hogar de origen.

De acuerdo con los indicadores de empoderamiento resumidos en el cuadro 6.1, si el comportamiento de Irma en cuanto a la limpieza del hogar corresponde al tipo más tradicional, es por que ella conscientemente así lo decidió, igual que Hilda, lo que a su vez les ha significado una menor disponibilidad de tiempo libre; esta última además modificó la forma de tratar a sus hijos (aunque en el cuadro 6.1 se registró el comportamiento que mantuvo con ellos durante su infancia). Por su parte, Leticia, igual que Hilda, también mantiene un relación con sus hijos diferente a la que recibió en su hogar de origen, y en ella además se observa un cambio en sus relaciones de género con su pareja actual en comparación con su pareja anterior. Así, la puesta en práctica de la capacidad transformadora de las entrevistadas se observa mayoritariamente en el eje de los roles domésticos –en particular en las tareas de limpieza del hogar y en la forma de relacionarse con sus hijos–, y si bien los ámbitos de su vida que estas mujeres estratégicamente modificaron no les ha

significado un mayor empoderamiento, sino más bien al contrario en algunos casos –que cabe reconocer que la intención de las entrevistadas no fue la de empoderarse, salvo Leticia en su relación con su pareja actual–, sí se ha traducido en un mejor ambiente familiar y en un cambio de este último de una generación a otra.

6.3. Empoderamiento pobreza y consumo: síntesis y conclusiones

En las secciones anteriores de este capítulo se valoraron algunas dimensiones del bienestar que se orientan a identificar el empoderamiento de las mujeres entrevistadas a la luz de sus relaciones de género en dos ámbitos de su vida: como miembros de una colectividad y como individuos. Para ello, se recurrió a la creación de una tipología para cada uno de esos dos ámbitos del aquí analizados: roles domésticos y autonomía; el primero capta algunas dimensiones del empoderamiento de las mujeres entrevistadas en tanto integrantes de una colectividad (*i.e.* la familia), mientras que la autonomía lo hace desde una perspectiva individual. Ambas tipologías constan de tres tipos jerarquizados que manifiestan intensidades del empoderamiento (o desempoderamiento).

Las tipologías sirvieron a la vez como expresión de las prácticas de las mujeres entrevistadas y como herramienta de análisis y clasificación de dichas prácticas relativas a sus relaciones de género en los dos ámbitos de su vida mencionados, que en conjunto permitieron obtener un perfil general de este grupo de mujeres, por un lado, y establecer una ubicación o posición entre ellas, por el otro.

En relación con el perfil de las mujeres, sus prácticas permiten advertir la vigencia del modelo tradicional de la vida en familia en sus roles de género en la esfera doméstica, que, de acuerdo con la tipología elaborada, en términos generales se caracteriza como una organización familiar tradicional no autoritaria; sin embargo, las entrevistadas también gozan de cierta autonomía respecto de sus cónyuges, o bien, muestran una subordinación moderada, pues la jerarquía obtenida entre las mujeres en los dos ámbitos de sus relaciones de género –roles domésticos y autonomía– es similar, aunque entre las mujeres menos empoderadas se observa una cierta independencia de las prácticas de un ámbito respecto del otro, mientras que

la jerarquía de las mujeres en las posiciones superiores se mantiene igual en los dos ámbitos (v. cuadro 6.2).

A su vez, al considerar en conjunto los dos ámbitos de las relaciones de género se obtuvo una jerarquía relacional única que sintetiza el empoderamiento de las mujeres, y aunque este último aquí se considera como una dimensión del bienestar (menos tangible que las analizadas en el capítulo anterior), ambas se mantuvieron separadas –necesidades básicas insatisfechas (que en lo sucesivo se usa sólo el término “pobreza” para aludir a la dimensión más tangible del bienestar) y empoderamiento– con el propósito de contrastar ambas dimensiones en las entrevistadas. Al analizar en conjunto esas dos dimensiones se observa que éstas guardan una estrecha relación aunque en sentido inverso, pues las mujeres que presentan una pobreza más intensa son las menos empoderadas.

El grupo de mujeres menos empoderadas y más pobres presenta un perfil que corresponde con algunos hallazgos que ya han sido reportados por otros estudios: son las de más edad, de origen rural y no realizan una actividad productiva. La escolaridad, sin embargo, no muestra una clara influencia en las dos dimensiones analizadas. Además de los anteriores, hay otros factores que ayudan a entender los roles de género asumidos por las entrevistadas y, por tanto, sus diferencias en lo que empoderamiento se refiere. Dichos factores no obedecen a un perfil sociodemográfico determinado, sino a la historia de cada una de ellas y a sus esfuerzos por modificar sus condiciones de vida, entre ellos destacan: la influencia del hogar de origen –especialmente en la reproducción tanto de las pautas de conductas en él observadas como de las condiciones materiales de vida–; las relaciones de pareja, que a su vez están influidas o condicionadas por los roles de género asumidos por ambos (hombre y mujer); la interiorización de normas y valores tradicionales; y finalmente, pero no menos importante, el ejercicio de su capacidad transformadora en tanto agentes sociales.

Aunque el consumo es un componente central en la valoración de la pobreza (o de los aspectos relativamente tangibles del bienestar) presentada en el capítulo anterior –por ejemplo en alimentos y ropa–, también está presente en la valoración del empoderamiento –vía decisiones en el consumo en la forma de gasto–; por ello a continuación se presenta el cuadro 6.4 donde se intenta sintetizar la relación entre empoderamiento, pobreza y algunos aspectos del consumo, o que están asociados a éste (como los recursos monetarios), que manifiestan desigualdades entre los miembros del hogar.

En relación con los recursos monetarios, en el cuadro 6.4 se observa, en primer lugar, que los hogares donde el cónyuge retiene una fracción variable de sus ingresos para sus gastos personales con conocimiento de la mujer –principalmente para el consumo de bebidas alcohólicas–, en general corresponden a aquellos con una pobreza más intensa y en los que la mujer presenta un nivel bajo de empoderamiento en relación con el resto de las entrevistadas, lo que es indicador de relaciones de género menos favorables para las mujeres; en segundo lugar, destaca que la forma como el cónyuge asigna los recursos monetarios al hogar es independiente de la pobreza y del empoderamiento logrado por las mujeres.

Cuadro 6.4. Pobreza, empoderamiento, asignación monetaria y algunas características del consumo.

Nombre	Empoderam.*	pobreza*	Recursos monetarios		Tipo de uso de los bienes		Desigualdad en aliment.	
			Retenc.cón.	Entrega del cóny.	Exclusivo	Colectivo	A favor	En contra
Diana	1	8	NA	No aporta		Ropa	Hijo aportador	Diana
Pilar	2	5	Sí	Asignación mínima		Ropa		Pilar
Irma	2	7	Sí	Asignación fija	Carro			
Julia	3	4	NA	NA		Ropa	Nieto	
Natalia	4	6	Sí	Asignación mínima	Electrónicos		Hija menor	
Lucía	4	3	No	Asignación fija	Carro			
Hilda	5	2	NA	Asig. fija (ex cóny.)	Carro, electrón.	Computadora		
Leticia	6	1	NE	Asignación mínima	Carro, compu.			Leticia

Fuente: Elaboración propia con información proporcionada por las mujeres entrevistadas.

* Se refiere a la posición o jerarquía que guardan entre sí las mujeres entrevistadas.

NA = No aplica.

NE = No especificado.

Aunque la desigualdad en el consumo de alimentos entre los miembros del hogar ya está considerada en la posición de la pobreza –pues es una de las dimensiones que en ella se valoran–, se incluyó en el cuadro 6.4 porque la alimentación representa el gasto que absorbe la mayor parte de los recursos monetarios de las unidades domésticas (v. capítulo cuatro). En este rubro, en el cuadro destaca la presencia de desigualdades de género y generación, pues las de género se presentan en detrimento de las mujeres entrevistadas; sin embargo, no hay una clara relación con la intensidad de la pobreza ni con el empoderamiento, pues si bien dos de las tres mujeres que regularmente comen menos veces que el resto de su familia son las menos empoderadas y viven en condiciones de pobreza relativamente intensa, también se observa esta situación en la mujer que pertenece al hogar menos pobre y quien es la más empoderada del grupo; no obstante, estas tres mujeres tienen en común que en sus hogares de origen vivieron en condiciones de pobreza extrema o severa (v. cuadro 6.3). Por su parte, las

desigualdades en la generación se observan en favor de los miembros de menor edad y sólo se presentó un caso en favor del aportador de los recursos del hogar —en el más pobre de los ocho.

Además de los bienes que por sus características son de uso común, como el aquí denominado “equipamiento básico” (v. capítulo cuatro), también se identificó que la ropa es usada por varios miembros del hogar, en particular en aquellas familias donde el sexo, la edad y la talla de los integrantes lo permite, situación observada particularmente en las unidades domésticas de mayor pobreza.

Finalmente, el uso reservado de bienes prácticamente se limita a aquellos incluidos en la categoría de “modernos”; sin embargo, cabe mencionar dos características: por un lado, son bienes de propiedad individual, que pueden ser utilizados por otros miembros de la familia en calidad de préstamo y, en segundo lugar, la presencia de estos bienes, especialmente los electrónicos, obedece a la presencia de hijos mayores de 15 años que trabajan (o trabajaron) para poder adquirirlos —o fueron regalados—, de aquí que su presencia en el hogar no se asocie con la intensidad de su pobreza.

Así, aunque en la mayoría de los hogares de las mujeres entrevistadas no se captaron diferencias de género en materia de consumo, cuando éstas se presentan son en perjuicio de las mujeres en un aspecto de su bienestar que tiene un doble impacto: la alimentación, pues no sólo ingieren menos alimentos que el resto de la familia, sino que ello también tiene consecuencias en su salud y en su rendimiento físico; por otro lado, destaca la libertad de los hombres para usar los recursos por ellos retenidos en los rubros que ellos consideren convenientes, sean personales o no. En cuanto a las diferencias en el consumo relativas a la generación, éstas son en favor de los hijos menores, al menos en el rubro de alimentos. Por su parte, y en relación con los bienes modernos, también hay diferencias en su uso, pero éstas generalmente están asociadas a los recursos que el miembro del hogar en cuestión obtenga para su beneficio personal (principalmente los hijos).

CONCLUSIONES

El objetivo principal de la investigación aquí reportada fue el de identificar y analizar las estrategias de reproducción relativas al consumo en un grupo de hogares de una colonia popular de la ciudad de Mexicali, Baja California; en donde el consumo fue considerado como el uso de los recursos materiales –monetarios y no monetarios– de que disponen las unidades domésticas.

Al ser el consumo el uso de los recursos materiales de las unidades domésticas, emergen otras dos actividades previas al uso de dichos recursos que realizan las familias: su obtención y distribución que, en conjunto, constituyen la propuesta del estudio del consumo en las estrategias de reproducción que guió esta investigación. De acuerdo con esto, en primer lugar, se dio atención al contexto y se analizó el carácter transfronterizo que, en ciudades como Mexicali, adquieren los mercados de trabajo y de consumo, así como las relaciones familiares. En segundo lugar, se identificaron y analizaron las estrategias de consumo en los hogares de una colonia popular de la ciudad de Mexicali, información que fue captada mediante una encuesta y, finalmente, se analizó la dinámica intradoméstica en torno al consumo.

Al estar las estrategias de reproducción condicionadas por el contexto socioeconómico y cultural en que se desenvuelven las familias, se partió del supuesto de que, en el caso de la ciudad de Mexicali, el contexto transfronterizo influye en las estrategias de consumo que llevan a cabo las unidades domésticas, en particular las de los sectores populares, pues estos pueden presentar limitaciones para tener acceso al mercado de consumo transfronterizo –i.e. en ambos lados de la frontera–; en este sentido, y dada la importancia que adquiere el contexto, conviene detenerse un poco en el tema.

De las cinco ciudades principales de Baja California –i.e. las cabeceras municipales–, Mexicali se distingue por ser una de las tres que están ubicadas en el límite norte del territorio nacional, contiguas a la línea internacional entre México y Estados Unidos. Históricamente, la proximidad con este último país ha marcado el tipo de desarrollo de la entidad, en particular de sus ciudades fronterizas, que tradicionalmente han mantenido vínculos económicos y sociales estrechos con Estados Unidos; además, ha sido un factor que ha favorecido la migración al estado. Sin embargo, en el conjunto de los principales centros urbanos de Baja

California, y en general del estado, la ciudad de Mexicali se distingue porque, a diferencia de aquellos, su población en el año 2000 era mayoritariamente nacida en la entidad, con una mayor presencia de mujeres –lo que contribuye a la también mayor proporción de hogares con jefatura femenina–, menores tasas de analfabetismo, mejores indicadores de escolaridad a nivel básico, así como también porque su población mostraba un envejecimiento relativo y porque los hogares, en promedio, eran más pequeños. Estas diferencias de la ciudad de Mexicali obedecen, en buena medida, a que no es de los principales centros receptores de población migrante, como sucede en las localidades ubicadas en la costa del Pacífico o en sus proximidades.

La contigüidad geográfica con Estados Unidos se ha traducido en un contexto de transfronterización al menos en tres ámbitos que son de interés en este trabajo: laboral, familiar y del mercado de consumo. En términos laborales, alrededor del 9% de PEA ocupada de Mexicali labora en el país vecino; mientras que si bien no existen datos acerca de la cantidad de hogares que mantienen lazos familiares transfronterizos, estos son comunes en la población de las ciudades fronterizas. Por su parte, el mercado de consumo históricamente ha sido transfronterizo, no sólo porque la población residente del lado mexicano de la frontera tiene acceso al mercado estadounidense, sino también porque las ciudades fronterizas se han convertido en centros de reciclado de una diversidad de bienes que son desechados en el vecino país los cuales entran al mercado local para ser vendidos como bienes usados. Esto ha facilitado el acceso de dichos bienes a los hogares, especialmente en los sectores populares, por la accesibilidad de su precio, lo cual se ha traducido en una mayor disponibilidad de bienes por parte de los hogares fronterizos en relación con aquellos que no lo son.

Las características del mercado de consumo antes mencionadas se manifiestan en el hecho de que los hogares de la ciudad de Mexicali presentan una mayor disponibilidad de los bienes incluidos en el censo de 2000 en comparación con el estado y con el total de las cabeceras municipales –particularmente de televisión y automóvil–; además de que la disponibilidad de ellos en Baja California es superior a la registrada por el conjunto de los estados de la frontera norte y por el país. Sin embargo, la disponibilidad de bienes por parte de los hogares no significa que la pobreza esté ausente en la ciudad, pues de acuerdo con los criterios del Comité Técnico para la Medición de la Pobreza (CTMP), alrededor del 45% de los hogares de la ciudad de Mexicali eran pobres en el año 2000, porcentaje que se reduce al

34% según criterios de la Sedesol, proporciones que, si bien son inferiores a las estimadas para el país, no son nada despreciables. No obstante, es posible que dichas proporciones se hayan incrementado durante los primeros años de la presente década, pues en dicho periodo la economía de la ciudad perdió dinamismo, especialmente empleos formales.

Características de la colonia Miguel Hidalgo en el año 2000

La información del censo de 2000 puso de manifiesto el carácter popular de la colonia Miguel Hidalgo –lugar donde se realizó el estudio– en el contexto de la ciudad de Mexicali, pues las diferencias entre ambas así lo indican. En este sentido, los residentes de la colonia mostraban un perfil educativo orientado hacia el cumplimiento de la escolaridad mínima exigida para que una persona se incorpore al mercado formal de trabajo (incluso estos porcentajes son superiores a los de la ciudad); los resultados de la encuesta concuerdan con esto, pues no se identificó población en edad de cursar educación básica (hasta secundaria) que no asistiera a la escuela. Además, a diferencia de la ciudad, en la colonia hay una ligera mayoría relativa de población masculina, de población menor a 14 años –por lo tanto, la tasa de dependencia es más alta– y de uniones libres. También se observa un mayor promedio de hijos nacidos vivos y una mayor tasa de hijos fallecidos, lo que concuerda con las características de las unidades domésticas de los sectores populares (v. Wartenberg, 1999).

En general la PEA ocupada de la colonia trabajaba jornadas completas (40 o más horas), situación que también se observó en la encuesta. Más de la mitad de la PEA ocupada percibía ingresos bajos (hasta dos salarios mínimos), lo que confirma la presencia de población en pobreza.

Por otro lado, en términos relativos y en comparación con la ciudad de Mexicali, la colonia presenta el doble de viviendas de un cuarto, además de que las viviendas tienen: un menor acceso a infraestructura urbana, un mayor número de personas por vivienda y un mayor promedio de personas por cuarto. En cuanto a los bienes disponibles, más de la mitad de los hogares disponían de los bienes incluidos por el censo –excepto videocasetera y computadora–, pero con diferencias marcadas respecto de la ciudad en disponibilidad de

calentador de agua, videocasetera, teléfono y computadora, que parecen funcionar como discriminadores entre hogares pobres y no pobres.

El perfil de los hogares estudiados

Aunque el diseño de muestreo de la encuesta no fue probabilístico, los resultados obtenidos, en general, son consistentes con la información censal. Así, todas las viviendas albergan a un solo hogar y, salvo los hogares unipersonales, todas las unidades domésticas son familiares –mayoritariamente nucleares y en menor medida monoparentales–, con un mayor peso de aquellas en etapa de expansión. Por otro lado, algo que llama la atención fue el hecho de que los hogares unipersonales estén integrados por hombres, algunos de ellos de edad avanzada. En la información obtenida también destaca que los hogares encuestados están predominantemente jefaturados por varones (84%) y son familias que poco cambian su lugar de residencia, pues 60% hogares tiene más de 10 años en la vivienda que ocupan.

El perfil sociodemográfico de jefes(as) y cónyuges muestra que son predominantemente jóvenes (75% menores a los 50 años); 4.4 de cada diez presentan rezago educativo en educación básica –acentuado en las mujeres, en particular en las jefas de mayor edad, debido a que la mitad de ellas está en etapa de dispersión–, y un poco más de la mitad de este grupo sólo cursó secundaria, a lo sumo una carrera técnica, pero la escolaridad es mayor en las mujeres que son cónyuges en relación con las jefas y los jefes. En cuanto a la ocupación de ambos, destaca que casi nueve de cada diez hombres (88.5%) se dedica a trabajar –porcentaje que se eleva al 90.5% en los jefes, además de que el jefe-varón es el principal aportador de recursos monetarios al hogar–, mientras que la proporción de las mujeres no representa ni la mitad de aquellos (39.5%, que se incrementa al 50% en las jefas); más de la mitad están ocupados como empleados u obreros (61.3%) y un poco más de una tercera parte son trabajadores por su cuenta o en un negocio familiar. Sin embargo, entre las mujeres hay diferencias, pues es más común que las jefas tengan empleo formal en comparación con las cónyuges, situación que se acentúa en los hogares monoparentales, lo que trae aparejado el acceso a servicios médicos y otras prestaciones. En este sentido, si bien el 61.3% de los jefes(as) y cónyuges se ocupan como empleados u obreros, sólo el 56% tiene acceso servicios

médicos y aguinaldo –i.e. empleo formal–, concentrados en los hogares en expansión, lo que hace que aquellos en dispersión, es decir, los de mayor edad, presenten la proporción más alta de todas las etapas de jefes(as) y cónyuges sin ninguna prestación –con lo que se evidencia su vulnerabilidad, pues es común que las personas de edad avanzada suelen requerir de atención médica frecuente–. En términos de acceso a los servicios médicos, sólo en una tercera parte de los hogares la totalidad de sus integrantes tienen acceso a ellos, distribuidos más o menos en proporciones iguales entre las etapas del ciclo vital, aunque relativamente concentrados en las unidades domésticas monoparentales; mientras que el 48% de todas las personas que integran los hogares encuestados no tiene acceso a dichos servicios, pero en proporciones superiores en las unidades domésticas en dispersión.

Pobreza, consumo y transfronterización

De acuerdo con la metodología del CTMP, dos terceras partes de los hogares encuestados viven en condiciones de pobreza; y aunque no hay grandes diferencias en la proporción de hogares pobres por etapa del ciclo doméstico, la pobreza tipo I –la más intensa– se concentra en los hogares en dispersión y, según su composición de parentesco, en los monoparentales –especialmente en los extensos. La búsqueda de indicadores socioeconómicos asociados a la pobreza no fue muy fructífera, ya que la pobreza sólo muestra asociación estadísticamente significativa con el tamaño del hogar y con la disponibilidad de pasaporte por algún miembro del hogar; sin embargo, destaca, por un lado, que proporcionalmente son más los hogares pobres jefaturados por una mujer (75%) que aquellos con jefe varón (65%) y, por el otro, que la proporción de hogares donde la cónyuge se dedica a las actividades domésticas es significativamente mayor en aquellos que son pobres.

Por otro lado, aunque el interés se centró en tres ámbitos de la transfronterización: familiar, laboral y del consumo, debido a que: 1) los tres están asociados entre sí –en particular la transfronterización familiar con las dos restantes, lo que evidencia que el trabajo en Estados Unidos puede estar apoyado en las redes de parentesco establecidas en dicho país–, 2) se captaron pocos hogares con vínculos laborales activos en Estados Unidos, y 3) el reducido número de hogares encuestados condujo a la atomización de la muestra en los cruces

de variables, se optó por trabajar por separado la transfronterización familiar y la del consumo, en el entendido de que la de carácter laboral está representada en las otras dos.

De las tres modalidades de transfronterización, la más frecuente es la del consumo (62% de los hogares, siete de cada diez de estos últimos tiene acceso directo al mercado estadounidense). Desde el punto de vista sociodemográfico, no hay diferencias estadísticamente significativas en la transfronterización de las unidades domésticas; sin embargo, en términos relativos son más frecuentes los nexos familiares en el país vecino en los hogares en la última etapa del ciclo vital y en los monoparentales extensos; mientras que el consumo directo en el mercado estadounidense es más frecuente entre las unidades domésticas en consolidación y dispersión, así como en los nucleares de acuerdo con la composición de parentesco. Por otro lado, de las tres modalidades de transfronterización, sólo la del consumo muestra una asociación estadísticamente significativa con los hogares no pobres. En este sentido, destaca la no asociación entre ingresos en dólares y la no pobreza en los hogares encuestados, situación que se puede explicar por el tipo de trabajo que realizan —principalmente agrícola, que se caracteriza por su estacionalidad—, o bien, porque el monto de la pensión o del seguro de desempleo que reciben es magro, como efecto de lo anterior.

En relación con el consumo transfronterizo, en las ciudades fronterizas el acceso a los mercados de ambos lados de la frontera es un recurso para optimizar los ingresos del hogar y, como se ha mostrado, su no acceso es un elemento de diferenciación social. Estas diferencias se explican, en buena medida en la formalidad del empleo, pues constituye un requisito para la obtención de la visa que permite el ingreso a territorio estadounidense. Sin embargo, la formalidad del empleo guarda relación con el tiempo de residencia, pues siete de cada diez jefes con empleo formal y acceso al mercado transfronterizo tienen más de diez años de vivir en la ciudad, mientras que casi ocho de cada diez, también con empleo formal pero sin acceso a dicho mercado, tienen menos de cuatro años en la ciudad. Esto plantea la posibilidad de que los migrantes recientes y/o quienes no han logrado cierta permanencia en un empleo como asalariado —o teniéndola sus ingresos son muy bajos—, están en una situación de marginación o de un agravante de la pobreza propio de las ciudades fronterizas, puesto que, al no poder aprovechar las oportunidades que brinda el contexto en materia de consumo, están en desventaja frente a la población que sí lo hace. Estas desventajas se agudizan en los recién llegados que no disponen de familiares o conocidos que les faciliten el acceso indirecto a

dichos mercados, pues finalmente se trata de optimizar recursos escasos, y el mercado transfronterizo de bienes de consumo es una vía para hacerlo. En este sentido, las redes familiares o de amistades constituyen una alternativa para aprovechar el mercado transfronterizo cuando se carece de visa, como se observó en algunos hogares; sin embargo, si además de la informalidad en el desempeño de una actividad productiva dichas redes son inexistentes –ya sea porque se carece de familiares en la ciudad o porque aún no se han establecido lazos amistosos–, entonces las personas en esta situación están en desventaja en materia de consumo.

Estrategias de reproducción asociadas al consumo

Una idea que guió el estudio fue que el consumo en las estrategias de reproducción ha sido estudiado de manera parcial, por ello aquí se partió de una definición de consumo que lo concibe como el uso de los recursos materiales o bienes, por ello también se consideró materia de análisis la obtención y distribución de dichos recursos. Adicionalmente, se partió del supuesto de que el contexto transfronterizo condiciona o influye en las estrategias de reproducción relativas al consumo, pues tener o no acceso directo al mercado estadounidense es un elemento de diferenciación social, así como también lo son las condiciones materiales de vida de las unidades domésticas, es decir, según sean o no pobres.

En torno a las estrategias de reproducción, en la información captada mediante la encuesta se identificaron algunas estrategias que ya habían sido reportadas por la literatura revisada, tanto en materia de obtención de recursos como de su uso en la forma de gasto de los hogares, denominadas aquí como “estrategias típicas”, dentro de las que destacan las siguientes referentes a la obtención de recursos:

1. *Prolongación de la jornada laboral.* Alrededor de cuatro de cada diez jefes(as) labora jornadas que exceden las ocho horas diarias; sin embargo, dicha proporción se incrementa a cinco de cada diez en las unidades domésticas más jóvenes (*i.e.* en expansión). Según composición de parentesco, esto se observó en todos los tipos de hogar, pero especialmente concentrados en los hogares monoparentales extensos

–práctica realizada por todos los jefes(as)– y en el 60% de los nucleares extensos; mientras que proporcionalmente es más frecuente en aquellos que viven en condiciones de pobreza.

2. *El incremento del tamaño de hogar.* Esta estrategia está presente sólo en los hogares nucleares extensos, pero no en los monoparentales extensos, a pesar de que estos últimos todos son pobres.
3. *Incorporación de más miembros del hogar a actividades productivas,* observada en el 42% de los hogares encuestados, mayoritariamente entre las unidades domésticas no pobres, pues en esta familias, además del jefe, al menos hay una persona más que realiza actividades productivas, ya la cónyuge o uno o varios de los hijos.

Por su parte, las estrategias típicas relativas al consumo que se identificaron en los hogares encuestados son:

1. *Redes de apoyo mutuo.* La encuesta reveló que el 38.9% de los hogares que tienen acceso al mercado estadounidense lo hacen vía sus redes familiares, principalmente unidades domésticas pobres.
2. *Disminución del consumo de alimentos.* Más de la mitad de los hogares sólo come dos veces al día, concentrados en aquellos en dispersión y en los que viven en condiciones de pobreza.
3. *Mayor peso de la alimentación en el gasto de los hogares.* El gasto está orientado principalmente a garantizar un consumo mínimo de alimentos, pues representa más de la mitad del gasto de los hogares, y es aún mayor en las unidades domésticas en dispersión, en las que viven en condiciones de pobreza, en los hogares extensos (tanto nucleares como monoparentales) y en los que no consumen productos procedentes de Estados Unidos. Por otro lado, tres rubros del gasto representan alrededor del 80% de las erogaciones de las familias encuestadas: alimentación, transporte y pago de servicios (agua y energía eléctrica). Asimismo destaca que al menos la mitad de los hogares no efectúan gastos frecuentes o regulares en educación (debido a la gratuidad de la educación pública), vivienda (pues la mayoría son propietarios de la vivienda), esparcimiento, ni vestido y calzado.

Así, los resultados obtenidos permitieron identificar algunas estrategias diferenciadas entre los hogares; por ejemplo, del conjunto de hogares encuestados, son las unidades domésticas en la etapa más avanzada del ciclo doméstico las que están en posibilidad de recibir apoyos de los hijos que ya han dejado el hogar y que constituyen un recurso para sobrellevar su pobreza. Mientras que en los hogares en la etapa más temprana es precisamente la juventud del jefe del hogar la que constituye un recurso, pues son las unidades domésticas donde está concentrada la mitad de los jefes que extienden sus jornadas laborales más allá de las ocho horas diarias.

En relación con la adopción de una perspectiva más amplia en el estudio del consumo aquí propuesta, además del gasto y de las estrategias antes mencionadas, se exploraron los siguientes aspectos: el mercado de consumo, los bienes duraderos disponibles en el hogar y el uso de los bienes para el esparcimiento y para las comunicaciones y el transporte.

a) El mercado de consumo

El análisis del mercado de consumo se efectuó desde el punto de vista de la frecuencia con que los bienes se adquieren en el hogar –que a su vez se asocia con su durabilidad– y con la condición de los bienes (nuevos o usados) al momento de ingresar al hogar, especialmente los duraderos. Ello permitió constatar la segmentación del mercado de consumo, así como identificar los segmentos a los que concurren las unidades domésticas a abastecerse según su condición de pobreza y de acceso al mercado del otro lado de la frontera.

1. *El mercado de bienes de consumo frecuente.* Se observa una segmentación del mercado de consumo, en particular en el de alimentos, de ropa y de útiles de aseo. En el mercado de alimentos destaca la importancia de los supermercados en el abasto familiar, pero sobre todo entre los hogares no pobres, que también son los que concurren a los establecimientos del otro lado de la frontera. En oposición, los comercios del barrio son más frecuentemente concurridos por los hogares pobres sin acceso al mercado estadounidense. En relación con el mercado del vestido, más de la mitad de los hogares que no tienen acceso al mercado estadounidense, mayoritariamente pobres, se proveen de ropa por la vía de la dádiva o en comercios

del barrio (en el mercado sobre ruedas y en el tianguis); por su parte, la mayoría de las unidades domésticas no pobres se surten en tiendas de departamentos o en establecimientos del otro lado de la frontera. En el rubro de artículos de aseo personal y del hogar también tres de cada diez hogares sin acceso al mercado estadounidense obtienen los artículos de aseo en comercios de la colonia y en tiendas de descuento, proporción que se reduce a menos la mitad en sus contrapartes.

2. *El mercado de consumo de bienes duraderos.* En los hogares encuestados destaca la importancia del mercado nacional en el abasto de estos bienes, y dentro de éste los mercados de segunda, pues más de la mitad de los artículos analizados se adquirieron en calidad de usados; mientras que aquellos adquiridos en Estados Unidos fueron comprados, en su mayoría, como nuevos y en establecimientos formales. Por otro lado, destaca que no hay diferencias marcadas entre hogares pobres y no pobres en la adquisición de bienes usados en los comercios de la localidad.

b) Los bienes duraderos disponibles en el hogar

Para fines de análisis, los bienes duraderos disponibles en el hogar se clasificaron en tres categorías: equipamiento básico, equipamiento para el esparcimiento y el correspondiente a comunicaciones y transporte. Sin embargo, cabe mencionar que se excluyeron los bienes que no requieren de energía eléctrica o de combustible para su funcionamiento. Así, de acuerdo con esta clasificación, se obtuvieron los siguientes resultados.

1. *Equipamiento básico.* Los hogares encuestados muestran una muy buena disponibilidad de los bienes incluidos en esta categoría, en particular de estufa, refrigerador y lavadora; de estos dos últimos bienes incluso en proporciones superiores a las de la ciudad y sin diferencias marcadas por etapa del ciclo doméstico, composición de parentesco, condición de pobreza o transfronterización del consumo. Más de la mitad de las unidades domésticas cuenta con calentador de agua –aunque en proporción inferior a la de la ciudad– y la disponibilidad de este bien sí parece marcar diferencias entre hogares pobres y no pobres, especialmente entre los que tienen acceso directo al mercado estadounidense y los que no. En cuanto al equipo

para el acondicionamiento térmico de la vivienda, hay una mayor presencia de equipos de refrigeración que de *coolers*; sin embargo, la presencia de la refrigeración aumenta conforme se avanza en la etapa del ciclo doméstico, mientras que, desde el punto de vista de la composición de parentesco, las unidades extensas presentan una mayor disponibilidad que sus respectivas contrapartes (nucleares y monoparentales no extensas) y sin diferencias significativas según condición de pobreza ni consumo transfronterizo, aunque sí notorias de acuerdo con esta última clasificación.

2. *Bienes para el esparcimiento.* En materia de disponibilidad de radio, grabadora de casetes y televisión, los hogares encuestados muestran porcentajes casi iguales a aquellos correspondientes al conjunto de la ciudad –sin diferencias muy marcadas por etapa del ciclo doméstico, composición de parentesco, condición de pobreza o acceso al mercado estadounidense– de los cuales el más común es la televisión, cuyo uso está casi generalizado; mientras que la disponibilidad de videocasetera, como ya se había sugerido, sí muestra diferencias significativas, pues su disponibilidad es mayor en hogares en expansión y consolidación –i.e. donde hay presencia de niños–, en hogares no pobres y con acceso directo al mercado estadounidense. Por su parte, si bien no hay diferencias estadísticamente significativas en la disponibilidad de reproductor de discos compactos en los hogares de acuerdo con los ejes de análisis, su presencia sí es mayor en aquellos correspondientes a las dos etapas tempranas (expansión y consolidación), en las dos modalidades de hogares nucleares (extensos y no extensos), en los no pobres y que acuden frecuentemente al mercado del otro lado de la frontera; mientras que las diferencias en la disponibilidad de juegos electrónicos muestra un comportamiento similar, con la única diferencia que su presencia es significativamente mayor en hogares en consolidación (i.e. donde hay adolescentes).
3. *Bienes para la comunicación y el transporte.* Los bienes incluidos en este grupo (teléfono de línea, teléfono celular y automóvil) son los que muestran diferencias más notorias en todos los ejes de análisis. Así, la disponibilidad de automóviles es mayor en hogares en las fases tempranas del ciclo vital (expansión y consolidación), en unidades domésticas no pobres y en aquellas que concurren frecuentemente al mercado estadounidense; la proporción de hogares con teléfono celular es significativamente mayor en hogares no pobres y con acceso directo al mercado del

otro lado de la frontera, mientras que las diferencias en disponibilidad de teléfono fijo sólo son significativas por tipo acceso al mercado estadounidense.

c) El uso de los bienes duraderos

Finalmente, en la encuesta también se preguntó el uso de los bienes para el esparcimiento y para la comunicación y el transporte arriba mencionados.

1. *Bienes para el esparcimiento.* De los bienes para el esparcimiento, la televisión es el de uso colectivo por excelencia en las familias encuestadas, así como la videocasetera –en los hogares donde se dispone de ésta–; por su parte, el uso del reproductor de discos compactos y de los juegos electrónicos es prácticamente de los hijos; mientras que, de acuerdo con la condición de pobreza y de acceso al mercado estadounidense, los hogares pobres y sin acceso directo a dicho mercado presentan un mayor porcentaje de los jefes del hogar como el principal usuario de estos bienes en comparación con sus contrapartes (pobres y sin acceso al mercado estadounidense).
2. *Bienes para la comunicación y el transporte.* De este grupo, el uso del teléfono fijo es el único de carácter colectivo o más compartido; mientras que el jefe del hogar es el principal usuario del teléfono celular y particularmente del automóvil, con algunas diferencias de intensidad en la concentración del uso de estos bienes por parte del jefe de acuerdo con los ejes de análisis. Así, la proporción correspondiente al jefe de hogar como principal usuario del teléfono celular es mayor en hogares no pobres y en aquellos sin acceso directo al mercado estadounidense en relación con sus respectivas contrapartes. Por su parte, la concentración del uso del automóvil por parte del jefe es superior en los hogares pobres y sin acceso directo al mercado estadounidense, en comparación con sus opuestos.

Es evidente que el contexto transfronterizo de la ciudad de Mexicali introduce un elemento de diferenciación social adicional entre la población de los sectores populares: el acceso al mercado estadounidense; pues dicho acceso no sólo es superior entre los hogares que no viven en condiciones de pobreza, sino que también marca diferencias entre los que son pobres, ya que aquellos que no tienen forma de aprovechar las ventajas de la competencia –de

precios y calidad de los productos– del mercado de ambos lados de la frontera comparativamente están en desventaja frente a las unidades domésticas que, siendo pobres, si tienen acceso a él.

Por otro lado, la segmentación del mercado es evidente en las familias más pobres, pues éstas concurren principalmente a los comercios de la colonia (tiendas de abarrotes, carnicerías, entre otros), los cuales no están en posibilidad de competir en precios con las grandes cadenas de supermercados asentados en la localidad, lo que es una forma de intensificar su pobreza.

La disponibilidad de bienes en los hogares muestra que el ciclo doméstico constituye un criterio de selectividad, ya que se puso de manifiesto la preferencia de las unidades domésticas en dispersión por el equipamiento básico, mejor que el de las unidades domésticas en expansión; estas últimas, así como aquellas en consolidación –i.e. donde los niños y/o adolescentes–, presentan una mayor diversificación en el resto de las clasificaciones aquí utilizadas, especialmente de bienes para el esparcimiento. Una posible explicación de estas diferencias está en la composición por edad de las familias y en el tipo de actividades que en su tiempo libre llevan a cabo los niños y los jóvenes –ver televisión y/o videos, a las que se suma la de escuchar música en los jóvenes–; pues el clima de la ciudad poco se presta para que el esparcimiento se realice al aire libre durante el día –en el verano– o después de que se pone el sol –en invierno–, además de la inseguridad de la colonia. Este comportamiento, sin embargo, no es exclusivo de la colonia, pues un estudio realizado en la ciudad encontró que esta práctica es común en otros sectores de población (Ortega, 2006).

Por otro lado, los hallazgos arriba reseñados muestran que la pobreza no se capta por la vía de los bienes disponibles, puesto que, el hecho de que no haya diferencias entre hogares pobres y no pobres en equipamiento básico y en algunos otros bienes (como: televisión, radio o una grabadora de casetes) indica que incluso aquellos que son pobres están provistos de una diversidad de aparatos que facilitan las labores domésticas y garantizan una distracción mínima dentro de la vivienda; sin embargo, no disponen de alimentos suficientes. Posiblemente la lógica subyacente de este comportamiento sea que el disponer ocasionalmente de cierta cantidad de dinero resuelve el problema de la alimentación en el corto plazo –quizá días, a lo sumo algunas semanas–, pero no lo hace por un periodo mayor;

mientras que un bien durable que aligera las tareas domésticas (por ejemplo una lavadora) o que representa una distracción sí tiene esta particularidad, incluso si éste no es nuevo.

El consumo y la dinámica intradoméstica

Para analizar la dinámica intradoméstica se entrevistó a un pequeño grupo de mujeres. La riqueza de la información recopilada por esta vía sirvió para identificar otras estrategias de reproducción asociadas al consumo que no era posible captar en la encuesta, a la vez que permitió profundizar en el análisis del consumo desde diversos ángulos. Así, las estrategias identificadas a través de las entrevistas se agruparon en las siguientes categorías:

- 1) *Obtención de recursos*. Se observó que la mayor parte de los recursos de que disponen las unidades domésticas se obtienen en dinero como retribución al trabajo, aunque también ingresan recursos en especie, ya sea en la forma de bienes (alimentos, ropa, mobiliario y artículos diversos) o como servicios –i.e. prestaciones laborales como la atención médica, o bien, los que proporciona el Estado a través de servicios educativos de nivel básico–. Por otro lado, el principal proveedor de los recursos sigue siendo el jefe-varón, con excepción de los dos hogares monoparentales y de uno nuclear en el cual el cónyuge de la entrevistada no trabaja. En las unidades domésticas nucleares en las que la mujer desempeña una actividad productiva con regularidad, sus ingresos son complementarios a los del varón, mientras que en otros también nucleares la mujer realiza actividades productivas de manera ocasional. Así, además de aquellas derivadas de la encuesta, las estrategias identificadas en materia de obtención de *recursos monetarios* son: 1) la realización de dos o más actividades productivas, 2) la combinación de actividades a lo largo del año, 3) la venta de artículos usados que ingresan al hogar vía redes familiares en calidad de ayuda, y 4) la realización ocasional de actividades productivas que generan ingresos adicionales –aunque magros– a las mujeres que se dedican principalmente a las actividades domésticas. Por su parte, las relativas a la obtención de *recursos no monetarios* se refieren a: 1) recepción de pagos en especie; 2) el acceso a servicios médicos, ya sea mediante el mantenimiento de una ocupación formal, o bien, mediante el registro de los padres

como dependientes económicos por parte de algún hijo que ya no vive con la familia de origen; y 3) los servicios educativos de nivel básico.

- 2) *Distribución de recursos.* En este rubro se identificaron tres formas de asignación de recursos por parte su aportador (principalmente el jefe-varón), dos de ellas corresponden con las que mencionan Benería y Roldán (1992): asignación fija y fondo común, mientras que la tercera aquí se le denominó como “asignación mínima” porque consiste en reducir al mínimo el manejo de efectivo por parte de las mujeres. Sin embargo, esta última forma de asignación de los recursos parece no tener consecuencias negativas en el bienestar de la familia, pues el consumo, en particular el de alimentos, de estas unidades domésticas no es inferior al de aquellas en las que la mujer administra el dinero. Por otro lado, en los hogares de las entrevistadas es común que el cónyuge retenga una fracción variable de los ingresos monetarios para su consumo personal, como también lo observaron las autoras antes mencionadas. Dicha retención tiene impactos diferenciados en las unidades domésticas según los montos retenidos, pero es mayor en aquellas que viven en condiciones de pobreza más intensa —en las que, además, buena parte de las retenciones se usan en la adquisición de bebidas alcohólicas—; además de que permite a los hombres decidir o imponer el destino de dichos recursos.
- 3) *Uso de los bienes.* Lo dicho por las entrevistadas confirma muchos de los hallazgos identificados en la encuesta, a saber: que, en general, los integrantes de las unidades domésticas comen dos veces al día. Sin embargo, las entrevistas revelaron detalles tales como el hecho de que, cuando los miembros del hogar comen tres veces, las mujeres suelen hacer una comida menos que el resto de la familia, pues privilegian la ingesta de alimentos de los hijos(as), en especial de los menores. Por otra parte, se confirma el uso casi exclusivo por parte de los hijos de algunos electrónicos (videojuegos, reproductor de discos compactos e incluso de teléfono celular y automóvil cuando son de propiedad personal). Adicionalmente, se detectó el uso colectivo de ropa en los hogares más empobrecidos, en particular en aquellos cuya composición por edad y sexo del hogar lo permite.
- 4) *Optimización de los recursos.* Siete estrategias se identificaron en este grupo: 1) el consumo abundante de tortillas de maíz para suplir la falta de otros alimentos; 2) la

conservación de los sobrantes de los alimentos preparados para su posterior consumo; 3) el almacenaje de bienes no perecederos –principalmente alimentos y artículos de aseo– que funciona como un ahorro en especie; 4) el mantenimiento de una economía común en las actividades productivas y domésticas; 5) el reingreso a la economía del hogar de los sobrantes no vendidos en el negocio, los cuales son consumidos por la familia; 6) el uso colectivo de la ropa; y 7) la adquisición de ropa usada. En relación con el consumo de tortillas de maíz, cabe destacar que constituye la principal fuente de proteínas de los hogares que viven en condiciones de pobreza más intensa, en comparación con aquellos cuya situación económica es menos precaria, en los que la fuente de este nutriente es principalmente de origen animal.

Como parte del análisis de los hogares de las mujeres entrevistadas, se realizó un ejercicio para diferenciarlos entre ellos mediante la identificación de la posición –o ubicación relacional dentro del grupo– en términos de bienestar y/o de su pobreza; esto con fin de buscar posibles asociaciones con algunas características de las mujeres entrevistadas y de las prácticas familiares en torno al consumo. Este procedimiento permitió no sólo valorar una dimensión del bienestar –aquella relativa al logro de satisfacer o no las necesidades básicas de la unidad doméstica en tanto dimensión tangible del bienestar–, sino también constatar la importancia de los contextos familiares y socioeconómicos en que se desenvuelven los agentes sociales.

Así, como resultado del ejercicio mencionado, destaca que 1) las unidades domésticas más pobres consumen menos carne y más tortillas que aquellas en situación un poco más desahogada; 2) los hogares monoparentales no son los más pobres del grupo; 3) los ingresos en dólares no necesariamente se traduce en una condición de no pobreza (como ya se había identificado en la encuesta); 4) la forma de asignación de los recursos por parte del varón es independiente de la condición de pobreza o de su intensidad, puesto que se observó que el varón administra el dinero tanto en hogares pobres como en no pobres; y 5) la informalidad en el empleo sí parece guardar una estrecha relación con la pobreza, especialmente por los beneficios que significan las prestaciones (vales de despensa, servicios médicos, crédito para la vivienda, entre otras).

Resumen de las estrategias de reproducción social asociadas al consumo.

Tipo de estrategia	Descripción de la estrategia	Fuente de información	
		Encuesta	Entrevistas
Obtención de recursos	Prolongación de la jornada laboral	X	X
	Incremento del tamaño del hogar	X	
	Incorporación de más miembros al trabajo	X	X
	Incorporación al mercado laboral de Estados Unidos	X	X
	Recepción de transferencias monetarias	X	X
	Recepción de transferencias no monetarias	X	X
	Realización de dos o más actividades productivas		X
	Combinación de actividades productivas a lo largo del año		X
	Venta de artículos que ingresan al hogar como dádiva		X
	Realización de act. prod. ocasionales por parte de mujeres		X
	Recepción de pagos en especie		X
	Acceso a servicios médicos vía descendientes		X
Distribución de recursos	Proclividad en el manejo del dinero por parte del varón		X
	Administración de los bienes por parte de la mujer		X
	Retención de una fracción de los ingresos por parte del varón		X
	Privilegio en la alimentación de los menores	X	X
	Privilegio del vestido de los menores		X
Optimización en el uso de recursos	Reducción del número de comidas	X	X
	A través del gasto eficiente de recursos monetarios	X	X
	Consumo abundante de tortillas a falta de otros alimentos		X
	Conservación de comida sobrante p/su consumo posterior		X
	Almacenaje o ahorro en especie de bienes no perecederos		X
	Mantenimiento de una economía común (doméstica y produc.)		X
	Reingreso a la ec. doméstica de los sobrantes del negocio		X
	Uso colectivo de la ropa		X
Aprovechamiento del mercado de consumo	Adquisición de ropa usada		X
	Redes de apoyo para el consumo transfronterizo	X	X
	Selectividad del mercado transfronterizo (tipo de productos)	X	
	Selectividad del mercado nacional (tipo de establecimiento)	X	X
	Compra de bienes duraderos usados p/equipar el hogar	X	X
Equipamiento del hogar	Adquisición de ropa usada	X	X
	Selectividad en el equipamiento básico	X	
Uso de bienes	Selectividad en bienes para el esparcimiento	X	
	Uso colectivo de bienes p/ esparcimiento (TV, videocasetera)	X	
	Uso exclusivo de teléfono celular y automóvil	X	X
	Apropiación individual de bienes modernos (electrónicos)		X
	Uso colectivo de la ropa		X

Fuente: Elaborado con la información de la encuesta en la colonia Hidalgo (octubre-noviembre de 2004) y de las entrevistas realizadas a mujeres (abril-mayo de 2005).

Con el propósito de mostrar de manera sintética las estrategias de reproducción relacionadas con el consumo, se elaboró un cuadro donde éstas se resumen y en donde además se menciona la fuente donde fueron identificadas. En el cuadro en cuestión destaca la diversidad de estrategias que en torno a la obtención de recursos ponen en práctica las

unidades domésticas, seguida por otra actividad igualmente importante: la optimización del uso de dichos recursos. Por otro lado, en el cuadro se observa que el hecho de haber recurrido a dos fuentes de información no sólo permitió complementar y enriquecer la lista de estrategias, sino también confirmar algunas de esas prácticas por dos vías diferentes.

Analizada en conjunto, de la información procedente de ambas fuentes destaca que, desde el punto de vista de la condición de pobreza, aunque las unidades domésticas se clasificaron en dos grupos, pobres y no pobres, aquellos que viven en situación menos precaria no lo hacen en la abundancia, de aquí que hay una diversidad de estrategias en torno a la obtención y optimización de recursos que se observaron en familias de los dos grupos, como por ejemplo: la reducción del número de comidas, el esfuerzo productivo orientado a dotar al hogar de un equipamiento básico para su funcionamiento, la optimización del gasto, la compra de bienes usados, la selectividad en la concurrencia a los establecimientos comerciales del lado mexicano en la búsqueda de mejores precios para hacer eficiente el gasto —especialmente en alimentos y en artículos de aseo—. Así mismo, se puso de manifiesto que son las unidades domésticas en pobreza las que muestran un perfil más diversificado en las estrategias orientadas a la búsqueda y optimización de recursos.

Por otro lado, se identificaron diversas modalidades para allegarse de bienes sin intermediación del mercado, como los pago en especie y la compra directa a familiares y conocidos. Si bien no se puso mucho énfasis en esto último —debido a que la atención se centró en el mercado de consumo—, es una práctica que se observó en varios hogares encuestados (alrededor del 10% de ellos), así como también en aquellos de las mujeres entrevistadas. Se trata de redes de intercambio, pero no en términos de favores recibidos u otorgados hoy con la expectativa de una reciprocidad futura, ya que son bienes vendidos o comprados a conocidos sin intermediación del mercado para resolver necesidades mutuas e inmediatas, pues una de las partes recibe dinero y la otra el acceso a un bien que necesita, sin que en la transacción medie la búsqueda de una ganancia o excedente para alguna de las partes. Así, de los resultados obtenidos, sólo resta comentar aquellos correspondientes a las relaciones de género.

Consumo, relaciones de género y empoderamiento femenino

De cara a la dinámica introdoméstica en torno al consumo, se partió del supuesto de la vigencia del modelo tradicional, que a su vez se expresa en el consumo diferenciado por género y generación. Si bien ya se mencionaron las diferencias de generación y de género que fueron identificadas; las primeras en el privilegio otorgado al consumo de los integrantes del hogar que son menores de edad, así como en el consumo inferior de alimentos de las mujeres; mientras que las segundas se observaron, por ejemplo, en la retención de dinero por parte del jefe-varón y en la concentración en el uso del teléfono celular y del automóvil que él hace; tratar de identificar la vigencia del modelo tradicional o “patrón de dominación patriarcal” en los hogares de las entrevistadas implicó un esfuerzo adicional en el análisis. Con el propósito de abordar el tema, se hicieron propios los planteamientos de Kabeer (1998; 1999), quien sostiene que el empoderamiento femenino, en tanto manifestación de las relaciones de género, constituye una dimensión intangible a considerar en la valoración del bienestar. En tal labor, se construyó una tipología para cada uno de los dos aspectos de la vida de las mujeres que fueron analizados: como miembro de una colectividad (en el ámbito doméstico o familiar) y como individuo independiente de aquella (en el ámbito personal o autonomía). Cada tipología consta de tres tipos que van de mayor a menor intensidad de subordinación de las entrevistadas en sus relaciones de género en los ámbitos mencionados, mientras que las dimensiones o temas valorados en la tipología fueron tomados de los comportamientos reportados en la literatura revisada que han sido asociados al modelo tradicional.

Las posiciones resultantes de las entrevistadas en el ámbito familiar muestran que el trabajo doméstico –en especial la limpieza del hogar– sigue siendo una tarea principalmente de las mujeres, tal como lo indica la literatura (Oliveira, 1998; 2000; Ariza y Oliveira, 2002b), aunque en la preparación de alimentos se observa cierta colaboración ya sea de los hijos o del cónyuge; mientras que si bien el cuidado de los hijos sigue siendo labor de las mujeres, la mayoría de las entrevistadas parece no hacer diferencias en el trato entre hijas e hijos. En la construcción de la tipología correspondiente a los roles domésticos se incluyó el consumo a través de las decisiones del gasto; al respecto, se observó que las entrevistadas deciden acerca de los gastos menores –como también lo reportan los textos revisados (González de la Rocha

et al., 1990; Jelin, 1998)– y las decisiones relativas a los gastos mayores usualmente son consensadas. En general, las entrevistadas asumen los roles domésticos tradicionales aunque no en un ambiente autoritario y con algunas diferencias entre ellas según el indicador o tema de que se trate, por ejemplo en los temas ya mencionados del trabajo doméstico o en la promoción de relaciones de género más democráticas entre los hijos de diferente sexo.

Por su parte, en materia de autonomía personal se observa un perfil más homogéneo entre las entrevistadas. Todas gozan de libertad de movimiento, pues salen sin necesidad de autorización del cónyuge, y las que realizan una actividad productiva lo hacen ya sea independientemente de la voluntad de su cónyuge o con su consentimiento. En cuanto a su participación en la decisión de tener hijos, las más jóvenes han planificado su familia de común acuerdo con sus parejas, mientras que las de edad media –i.e. de edad un poco mayor a las anteriores– esto sucedió después de que nacieron los hijos mayores, y sólo las de edad más avanzada no tomaron decisiones al respecto, por lo que sus familias son más numerosas; en este tema sólo una entrevistada hizo uso de métodos anticonceptivos a escondidas de su marido. Por otro lado, las mujeres que generan ingresos monetarios deciden sobre su destino sin la intervención de su cónyuge.

En el tema que muestran un comportamiento más disímil es en el uso del tiempo libre, pues hay tres situaciones diferentes: 1) las que no tienen tiempo libre, ya sea porque llevan a cabo una doble jornada laboral (doméstica y productiva) o porque la carga de las tareas domésticas no les deja tiempo para otras actividades; 2) las mujeres que su tiempo libre lo dedican al esparcimiento dentro del hogar (que coincide con la escasez de recursos monetarios); y 3) las que disponen de tiempo y dinero para distraerse fuera de casa de manera independiente del resto de la familia.

Así, si bien las mujeres entrevistadas asumen sus roles domésticos tradicionales, gozan de cierta autonomía o de una subordinación moderada en términos de la tipología construida. Por otro lado, al comparar las posiciones de las mujeres en los dos ámbitos del empoderamiento se observa cierta correspondencia –al menos entre las más empoderadas– en sus roles de género en el ámbito doméstico y en el de la autonomía personal.

En la búsqueda de la comprensión de las posiciones o ubicación relacional de las mujeres en términos del empoderamiento –en tanto síntesis de los dos ámbitos mencionados–, este último se analizó a la luz de algunas características que los estudios han señalado como

influyentes. En este sentido, destaca que las de mayor edad y las más pobres son las más desempoderadas –lo que también coincide con su origen rural–; por el contrario, las más jóvenes y que realizan una actividad productiva permanente son las más empoderadas; mientras que pobreza y empoderamiento mantienen una relación inversa. Sin embargo, llama la atención que la escolaridad no muestra una clara relación con el empoderamiento femenino.

De esta manera, aunque algunas características individuales –como la edad y el origen– ayudan a entender las diferencias en el empoderamiento de las mujeres entrevistadas, no son suficientes, ya que también se identificaron otros aspectos de sus vidas que, en opinión de quien esto escribe, tienen una influencia decisiva en su situación actual, a saber: la familia de origen, sus relaciones de pareja, las normas y valores socialmente aceptados, y su capacidad transformadora o agencia, elementos que ayudan a explicar las diferencias y matices en las relaciones de género de las entrevistadas.

Por otro lado, de cara a algunos indicadores relacionados con el consumo, destaca que en las unidades domésticas en las que el cónyuge retiene ingresos para el consumo de bebidas alcohólicas, la mujer tiende a ocupar una posición de mayor subordinación y pobreza en relación con el resto; mientras que no es claro que la forma como el varón asigna los recursos se relacione con el empoderamiento femenino –al menos desde el punto de vista de las dimensiones aquí valoradas– ni con la pobreza.

También cabe destacar que las relaciones de género de las entrevistadas que mostraron comportamientos tradicionales lo son particularmente porque dejan la responsabilidad de la obtención de recursos para la manutención de la familia en manos del jefe-varón; mientras que ellas se hacen cargo de las tareas domésticas –i.e. división sexual del trabajo–. No obstante, los matices en relación con el modelo tradicional están dados en las relaciones de pareja, pues dan muestra de ser de menor subordinación que la dibujada por dicho modelo. Una de las áreas de no subordinación se manifiesta precisamente en el consumo –entre otras, como por ejemplo: la libertad de movimiento o en el uso de recursos por ellas generados–, especialmente en el de alimentos, puesto que los varones no son beneficiarios de privilegios en este rubro –lo que contrasta con la menor ingesta de alimentos por parte de algunas mujeres a favor de los hijos–; además, curiosamente la organización del consumo constituye una arena en la que los varones muestran una mayor participación en dos aspectos: 1) al acompañar a las mujeres al mercado o al acudir ellos en lugar de aquellas –aunque la